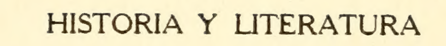
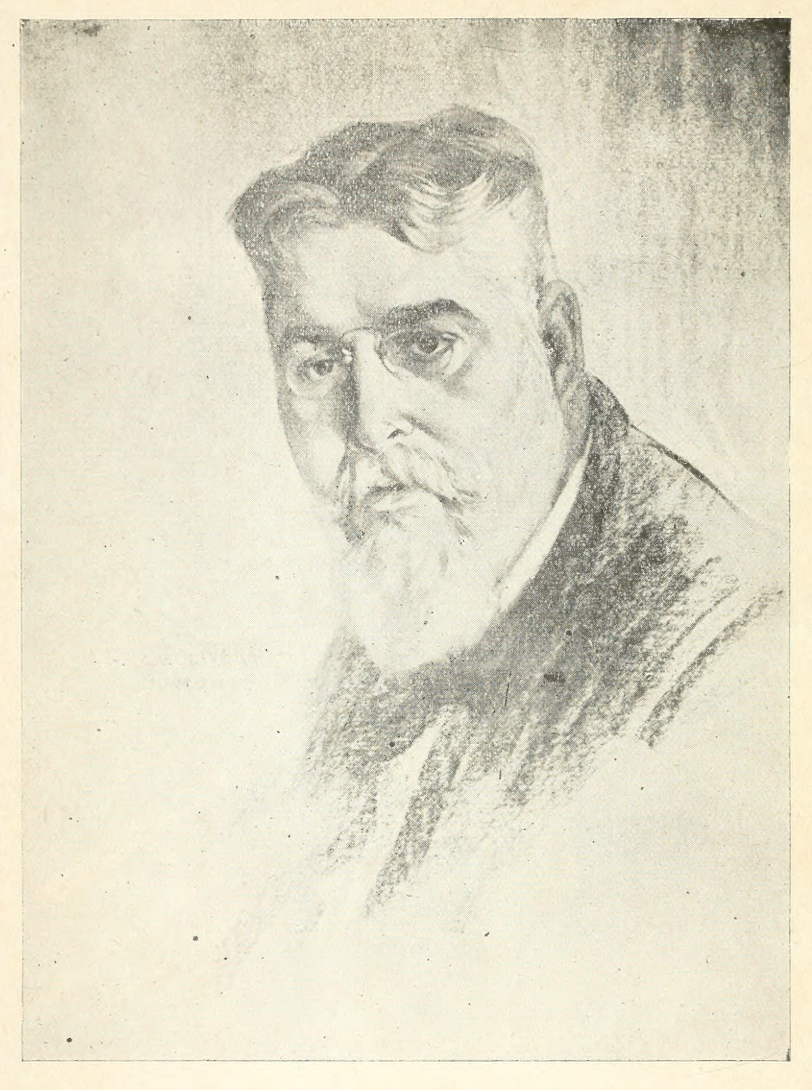

3 1761 04444 7415


HISTORIA Y LITERATURA





JOSE DE ARMAS Y CARDENAS

C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

ibujo al lápiz de Olivera)

BIBLIOTECA DE AUTORES CUBANOS
CONTEMPORANEOS

JOSE DE ARMAS Y CARDENAS

HISTORIA
Y
LITERATURA



HABANA
JESUS MONTERO, EDITOR
LIBRERIA "STUDIUM"
1915

INDICE

	Páginas
Prólogo	7
El martirio de Servet	13
Don Hernando de Acuña	49
Montaigne	59
Erasmo y su "Elogio de la locura"	77
La Rochefoucauld	89
Madame de Lafayete y "La Princesa de Cleves"	97
La Du-Barry	109
Diderot	119
Laurence Sterne	129
Una amiguita de Napoleón	141
Talleyrand	151
La calumnia de la señora Beecher Stowe ..	161
Nietzsche y Sepúlveda	171
La muerte de Lassalle	187
Algo sobre Wagner	197
Dostoiewsky	207
Edgard A. Poe	225
Whitman	233
Amores de Chateaubriand	245
Víctor y "Los trabajadores del mar"	253
Veuillot	265
El melodrama de Pixerecourt	273

PROLOGO

Los estudios que contiene este volumen, fueron escritos de 1911 a comienzos de 1914, y aunque publicados ya en periódicos de Cuba y España, su texto aparece ahora con notables adiciones y enmiendas.

Palpita en ellos, como impresión causada en mi ánimo por mis lecturas sobre los hombres ilustres, las obras maestras y los acontecimientos notables a que se refieren, la dolorosa decepción sobre el progreso moral de la especie humana producida casi siempre por las realidades de la historia.

Cada día parece alejarse más aquel dichoso estado en el cual los hombres han de vivir sin odios sociales, sin crímenes colectivos, sin injusticias de la fuerza. Cuando el siglo XX se creía tan próximo a los ideales de tolerancia que Miguel Servet predicó en el XVI; cuando las naciones estrechaban sus lazos de amistad, y la paz perpetua se veía no como una generosa ilusión, sino como un hecho cercano, las ambiciones de conquista, el absurdo monstruoso de que la supremacía industrial, comercial y hasta intelectual, se obtiene en los campos de batalla, las ideas de gobierno, en fin, más desacreditadas y odiosas, recobraron su im-

perio súbitamente, lanzando al mundo en los horrores de la guerra mayor que han visto las edades.

No falta quienes crean, cual creía don Hernando de Acuña ante las proezas de Carlos v, que es la hora de fundar en el mundo con el hierro y el fuego, el gobierno universal de "un solo señor" profetizado en el *Apocalipsis*. ¡Extraña idea, nacida de los feroces sentimientos de dominación causantes del terrible conflicto! Pensar en gobiernos despóticos y cetros universales (no en la paz libremente cimentada en la concordia y el derecho), es una vuelta desconsoladora a la mentalidad de hace cuatro siglos. Las doctrinas de Nietzsche, tan contemporáneas de nosotros al parecer, fueron expuestas ya, según pruebo en uno de estos ensayos, por Juan Ginés de Sepúlveda, cuando defendió en Valladolid, en 1550, contra el noble Las Casas, y ante una junta de teólogos, la esclavitud de los indios americanos. Montaigne, Swift y La Rochefoucauld, a quienes se dedican, también algunas páginas en este volumen, si resucitaran para contemplar un instante el espectáculo que ofrece nuestra época, ¿no reirían, sobre todo Swift, de cuantos nos empeñamos aún en creer en la superioridad moral del hombre sobre la fiera?

Mas por mucho que el cuadro de la desenfrenada barbarie de nuestros días no sea el más a propósito para inspirar en las buenas almas una fe inquebrantable en destinos mejores de la humanidad, tengamos la firme resolución de mantener nuestras más nobles convicciones, y de confiar hasta la hora última en el

triunfo definitivo de la razón y la justicia. Aunque esta sea la crisis más tremenda, tal vez, que ha pasado el progreso desde los orígenes de la historia, creamos en que saldrá victorioso, como de todos los anteriores combates. El imperialismo es el cesarismo de Roma, y César ya imitó a Alejandro. Es un viejo error, una abominable mentira, con la cual los tiranos han pretendido seducir a los pueblos; ofreciéndoles un falso bienestar. Siglos después de cada una de sus derrotas, alza la frente con otro nombre. El imperio de Carlo Magno sucedió al de Augusto; al de Carlo Magno el de Carlos V, al de Carlos V el de Napoleón. Pero si los pueblos se han desengañado siempre ¿por qué no han de desengañarse ahora? El pangermanismo desaparecerá, también, como todas las demás tiranías. Después de esta guerra, reanudarán su obra los reformadores, y los alemanes mismos comprenderán que en la violencia y la conquista no puede hallarse nunca la felicidad humana.

Estos ensayos representan una parte de mis estudios y meditaciones en modesto retiro, durante dos años de mi vida, bien llenos de personales amarguras. Su composición más que un trabajo, fué un consuelo. Ya que editor laborioso y entusiasta desea publicarlos hoy en un volumen, puedan hallar otra vez lectores que me acompañen en mis viajes al través de la literatura europea y americana. Sean cuales fueren los resultados de la guerra, arruínense imperios o surjan otros, los grandes pensadores y poetas de quienes hablo en este libro, no desaparecerán, y

en sus obras, desde la tierna novela de Madame de Lafayette hasta las sombrías creaciones de Dostoïewski; desde los agnósticos ensayos de Montaigne hasta los vuelos atrevidos de la fantasía de un Poe o de un Whitman; desde la irónica mordacidad de Sterne hasta la grandilocuencia de Víctor Hugo... hallaremos en toda hora, triste o feliz, excelentes amigos, dulce y amena compañía.

José de Armas y Cárdenas.

Madrid, noviembre, 1914.



EL MARTIRIO DE SERVET

EL MARTIRIO DE SERVET

I

Hoy—15 de octubre de 1911—se inaugurará en Vienne, capital del Delfinado, un monumento a la memoria de Miguel Servet. Antoine Dubost, presidente del Senado de Francia, y Dujardin Beaumetz, Subsecretario de Bellas Artes, presidirán el acto. Asistirán personalidades eminentes del mundo entero. Harán uso de la palabra Luzzati, por Italia, Curtis Guild, por los Estados Unidos, el doctor Berger, por la Universidad de Berlín, M. Gervais, por los "protestantes liberales" de Montpellier, el diputado Buisson, por los "libre-pensadores", y el doctor Charles Richet, por la Universidad de París.

La intervención de Richet a nadie puede extrañar. Es un apologista brillante y un reivindicador entusiasta de la gloria de Servet como descubridor de la circulación de la sangre. Pero el carácter sectario de otros oradores me hace temer que la cere-

monia se convierta en una de las muchas manifestaciones políticas y apasionadas tan en boga hoy día.

El Liberal, único periódico de Madrid que ha anunciado la importante fiesta, dice que asistirá "un delegado de España." Aquí, en la misma patria de Servet, nada se hará en esta ocasión, al menos que yo sepa—como nada se ha hecho antes—para honrar su memoria. Los republicanos suelen citar su nombre, como arma política, comparando su caso al de Ferrer, con el que no tiene relación alguna. Los concejales radicales del Ayuntamiento de Barcelona, con los mismos fines, intentan que el Municipio de esa ciudad le levante una estatua, y los elementos conservadores consideran la glorificación de Servet casi un acto revolucionario.

Fuera de aquí, lo propio ocurre. Como si estuviera palpitante aún la lucha enconada entre Servet y Calvino, el Ayuntamiento calvinista de Ginebra ha negado el permiso para erigir una estatua a Servet dentro de los límites de la ciudad, y ha sido necesario levantarla en Annemasse, es decir, en tierra francesa de la Alta Saboya. ¡Extraño destino, por cierto, el del hombre ilustre que en su vida y en su muerte fué un apóstol sublime de la tolerancia!

El notable publicista catalán don Pompeyo Gener es, según parece, el único en este país que se ha ocupado seriamente estos días de la memoria del insigne hombre de ciencia español. Acaba de dar a la estampa, con efecto, en Barcelona, un libro muy interesante, (*Servet. Reforma contra Renacimiento.*

(Calvinismo contra Humanismo), solo homenaje digno del inmortal descubridor de la circulación de la sangre que habrá en España el 27 de octubre, al cumplirse trescientos cincuenta y ocho años de su horrendo martirio.

Servet, sin embargo, merecía honores nacionales. Es una de las más legítimas glorias españolas; mejor, es uno de los pocos seres que han vivido en el mundo a quien con justicia se puede llamar orgullo del género humano.

* * *

El descubrimiento de la circulación, con ser tan alto, no es, sin embargo, su título mayor a la gloria.

Sin la menor duda, Servet fué el primero que conoció, o, al menos, que consignó por escrito su conocimiento de ese misterio de la fisiología, ignorado durante tantos siglos por la ciencia, y que el mismo año de su muerte, en 1553, reveló en una página inmortal de su libro *Reconstitución del Cristianismo*. También es cierto, aunque se haya negado por los que llaman a Harvey el único y absoluto descubridor del gran fenómeno, que Servet conoció no solamente la circulación pulmonar, llamada "pequeña circulación", sino todo el movimiento de la sangre.

Así resulta evidente en una frase de su libro mencionado, que el señor Gener cita, y en la cual,

después de refutar el error, tan extendido en su época, de que la sangre pasaba de un ventrículo al otro por orificios pequeños del tabique que los separa, y de explicar que como pasa en realidad es por los pulmones, donde se descompone por medio de la respiración, habla Servet también, aunque muy incidentalmente, de la circulación en el hígado y de la circulación total, o sea "la grande."

Mas para el mismo Servet todo esto era un detalle, un ejemplo bellísimo, entre muchos, para apreciar la obra divina de la Creación y la maravillosa estructura del hombre, formado "a imagen y semejanza de Dios" y al cual, como casi todos los grandes filósofos panteistas de su época, consideraban "un resúmen, un compendio sublime del Universo."

El mecanismo portentoso de la circulación de la sangre era para él, dentro de la constitución humana, algo así como la representación del movimiento circular inmenso, incomensurable, infinito, de la vida en nuestro mundo y los mundos siderales. Muerto diez años más tarde que Copérnico, conocía y aceptaba su gran hipótesis. En otros muchos casos, también se pueden comprobar su clarividencia científica y el adelanto asombroso que alcanzó sobre su tiempo. ¿Necesitaríase, acaso, un gran esfuerzo para considerarlo precursor ilustre del transformismo, de la evolución, hasta de la teoría nietzscheana del superhombre? La *Reconstitución del Cristianismo* y en general todas las obras con que ganó Servet un puesto tan notable entre los sabios del Renacimien-

to, están llenas de admirables anticipaciones sobre conquistas futuras de la ciencia y la filosofía.

Pero el propósito de Servet no era allí de vulgarización científica y carácter práctico, como lo fué en otro libro que publicó antes—en 1537—con el título de *Syruporum Universa Ratio*. Esta tendencia práctica de su espíritu duró poco tiempo, y embebido en sus ideas de reforma espiritual, se lanzó con entusiasmo delirante por el campo de la Teología. En el *Restitutio Christianismi*—donde consignó, de pasada y sin darle gran importancia, su maravilloso descubrimiento—su fin es sólo teológico y metafísico. Lo importante para él era destruir las doctrinas de la predestinación y de la gracia, bases de la Reforma; lo importante era libertar a la humanidad de tan graves errores, que Calvino elevaba a dogmas y pretendía imponer en el mundo, y a esto se encaminaron todos sus empeños y en esto se consumió toda su elocuencia.

Los médicos, los hombres de ciencia experimental, ningún gran provecho inmediato podían sacar de la página donde Servet se refiere a la circulación de la sangre. Su afirmación escueta, ¿no tenía que ser confirmada por largas observaciones y estudios antes de aceptarse científicamente?

Es innegable que él tuvo que hacer esas observaciones y estudios, para llegar a su absoluta convicción. Servet, gran discípulo de Vesalius, mereció de éste elogios entusiastas por sus disecciones anatómicas y sus trabajos de fisiología. Pero ¿qué adelanto,

repito, hubo de significar para la medicina en 1553 la mera afirmación de que la sangre circulaba de un ventrículo al otro por medio de los pulmones, y, luego, sin más datos, por todo el cuerpo, afirmación hecha de paso y brevísimamente en las páginas intrincadas de un libro de polémica teológica?

Así es que cuando en 1628—setenta y cinco años más tarde—Harvey publicó en Padua su famoso libro sobre *El movimiento del corazón y de la sangre*, su descripción minuciosa, completa, del fenómeno, fué un asombro para los hombres de ciencia, que tardaron algún tiempo, y después de muy rudas polémicas, en admitirlo como una realidad. He aquí un error importante en el sabio estudio del señor Gener: su menosprecio por Harvey, a quien sólo menciona de soslayo y como si fuera un usurpador, y su atribución a Servet de la gloria única del descubrimiento.

Harvey, aun después de convencido de la verdad, tardó diez años en darla a luz, comprobándola en numerosísimas disecciones y sometiéndola a la crítica de estudiosos amigos. Al fin, cuando publicó su obra, fué esta un tratado sobre el asunto, "el más hermoso libro de la Fisiología", como ha dicho Flourens, y tan detallado y preciso en sus cien páginas, que, exceptuando la circulación capilar—imposible de conocer en aquella época de imperfectos instrumentos y que sólo pudo descubrirse más tarde con el desarrollo del microscopio

—explica los demás movimientos de la sangre con igual exactitud a los fisiólogos de nuestros días.

El honor debido a Harvey en nada amengua la gloria de Servet. A este cabe la indiscutible prioridad, la honra del descubrimiento. Pero a Harvey —aun suponiendo que hubiera conocido la página de Servet, y que ella le inspirara el deseo de buscar su comprobación.—cabe la gloria, no menos grande, no menos evidente, de haber convertido lo que era todavía para muy pocos una mera sospecha, y lo que en absoluto ignoraba la inmensa mayoría, en una verdad científica de beneficiosos e instantáneos resultados para la ciencia y para la humanidad.

En la historia de la ciencia existe, por tanto, entre Miguel Servet y William Harvey la misma relación que entre Denys Papin y Fulton, entre Kepler y Newton, entre Lamarck y Darwin. Ningún gran adelanto se ha podido realizar por un hombre sólo. Así como Harvey mismo, en este caso, desconoció la circulación capilar, siempre queda, en todo descubrimiento, algún trabajo que hacer a las generaciones futuras.

Cábenos, sí, la conjetura—teniendo en cuenta su asesinato a los 42 años, en el pleno desarrollo de su intelecto—que Miguel Servet hubiera completado más tarde la explicación y la prueba de su revelación sorprendente. La muerte de Servet no es sólo una mancha imborrable en la historia del protestantismo. Fué, también, una pausa de casi cien años en la historia del progreso.

Calvino y Servet, estudiantes ambos y en el comienzo de sus carreras, se conocieron en París por 1533, o poco más tarde. Desde su primera entrevista surgió entre los dos una antipatía profunda. Servet era, más que un libre-pensador, un enamorado de la libertad del pensamiento; Calvino, un fanático, estrecho de ideas y de propósitos. Servet, muy equivocadamente, desde luego, lo juzgó un imbécil. Calvino creyó a Servet, o aparentó creerlo, un monstruo. En realidad, lo que sintió por él fué una envidia profunda. En todo se diferenciaban. Servet era hermoso, fuerte, sano, valiente. Calvino, raquítico, enfermizo, cobarde. Calvino, ciego de ira, retó a su rival a una discusión pública. ¿Qué pretendió con esto? Sin duda se le ocurrió por vez primera, el siniestro plan que realizó veinte años después. Poner de relieve las ideas de Servet ante un público de teólogos, era, en aquel tiempo, señalarlo a la Inquisición y condenarlo a muerte.

Servet, refrenando la natural imprudencia de su carácter, y comprendiendo el peligro, no aceptó la disputa. Ya en su libro *De Trinitatibus Erroribus,* publicado en Basilea en 1531 y en sus *Dialogorum de Trinitate,* publicados en 1532, había combatido públicamente nada menos que el dogma de la Trinidad. También en otro libro, *Apologética disceptacio pro Astrologia,* expuso después—en 1538—doctrinas tan contrarias a la ortodoxia, que la Facultad de Medicina de París lo acusó ante el Parlamento, de

ejercer la magia, y pidió para él la pena de muerte en hoguera. Salvóse de la sentencia por el esfuerzo de amigos y admiradores, quienes hicieron al Parlamento rechazar la acusación, pero quedó muy quebrantado ante la Facultad y muy expuesto a nuevas y muy temibles persecuciones en aquellos tiempos de intransigencia feroz contra las llamadas "ciencias ocultas."

Más que entre los católicos fué entre los protestantes donde algunas ideas de Servet causaron honda indignación. Ya en un viaje por Alemania, antes de conocer a Calvino, se había enemistado personalmente con los principales jefes de la Reforma, sobre todo con Escolampadio, que lo condenaron como hereje empedernido. Escapó de París; se estableció de médico en Charlieu, donde los otros médicos, envidiosos de sus triunfos quisieron asesinarlo y él tuvo que defenderse con la espada; estuvo luego en Lyon, donde se relacionó con Esteban Dolet, Rabelais, y otras grandes figuras del Renacimiento, y donde publicó, entre varias obras notables, una edición con notas de la Geografía de Ptolomeo, y, finalmente, después de mucho luchar y de mucho sufrir las variaciones de la fortuna, se estableció en Vienne capital del Delfinado.

Bueno es advertir que Servet, después de sus libros sobre la Trinidad, firmó dos "Miguel Servet, alias Rêves, del Reino de Aragón, en España"—o sea con el verdadero apellido de su familia—cambió de nombre, y llamándose Miguel de Vilanova o

Villeneuve, firmó de esta manera sus otras obras. *La Restitución del Cristianismo* apareció sin autor, y únicamente en la última página puso las iniciales M. V. S. Como Miguel de Vilanova fué acusado en París. Como tal vivió en Charlieu, en Lyon y en Vienne. Pero como Miguel Servet, Rêves, le conoció por vez primera Calvino.

También es preciso tener en cuenta que Servet tuvo nobles, generosos, apasionados amigos entre los católicos. El célebre Juan de Quintana, confesor y secretario de Carlos V, fué su protector entusiasta y le obtuvo una pensión del Tesoro imperial, con la que hizo sus viajes por Italia y Alemania. El mismo Emperador, en cuyo séquito figuró Servet, lo distinguía con especial cariño, y siguió distinguiéndolo—según parece—aun después de la muerte de Quintana. Y entre otros ilustres amigos, consuelo de su atribulada existencia, figuró, en primera línea, el eminente prelado francés Paulmier, una de las más nobles figuras que la Iglesia dió al Renacimiento, y quien al ser nombrado Arzobispo de Vienne, llamó al médico insigne, alojándolo en su palacio, consignándole un buen sueldo, y dándole, con su protección decidida, toda clase de honores y de influencia.

Doce años vivió Servet en Vienne dedicado a la práctica de la medicina y al estudio. Pero, dado su carácter, esencialmente luchador, y poseido, como estaba, de que sus ideas religiosas y sus doctrinas teológicas eran necesarias a la humanidad, no

dejó descansar su pluma de propagandista. Preparó en ese tiempo una edición de la Biblia, traducida del hebreo al latín por el doctor Sanctis Paganini, con notas y comentarios suyos, y la dió a luz en Lyon en 1542. Para publicar este libro—según aparece en su primer proceso—hizo a Lyon varios viajes, con objeto de entenderse con el impresor Gaspar Treschet.

También se dice que durante esta época viajó otra vez por Italia. Lo evidente es que Servet tuvo gran amistad y constantes relaciones en Italia con los franciscanos. Ferviente adorador de los Evangelios, y especialmente del de San Juan, admiraba en San Francisco de Asís la realización perfecta del ideal cristiano en el mundo.

Ni la protección del Arzobispo de Vienne, ni la amistad con los monjes, ni las buenas relaciones de Servet con altos príncipes de la Iglesia y el Emperador mismo, deben extrañar a los que conocen su heterodoxia casi fanática. La Iglesia Católica, muy al contrario de lo que afirman en acusaciones injustas historiadores apasionados, se inspiraba entonces en tolerancia tan grande, que aun hoy mismo no la tienen igual sus adversarios. La Inquisición existía, pero sin la influencia y el vigor que alcanzó años después. La ciencia y el arte, sobre todo, encontraban en el seno de la Iglesia calor y amparo. La intransigencia, el fanatismo, la ira ciega y sin límites contra las ideas, y contra los hombres que osaran emitirlas libremente, estaban del

lado de los protestantes, de los secuaces de Lutero, y de las varias ramas del árbol reformista.

Es natural que esta calma de una parte, y a la par este ensañamiento del otro, no pudiera durar mucho. Pero antes de estallar la horrible contienda que desde entonces ha separado con mares de sangre a la gran familia cristiana, bien podía Servet publicar su Biblia con notas, y su libro *La Reconstitución del Cristianismo*, y continuar en la amistad del Arzobispo de Vienne y de otros católicos. La Iglesia era todavía la gran impulsora y protectora del Renacimiento, y honra mucho al señor Gener, en estos tiempos en que la tolerancia y la justicia siguen siendo raras virtudes, reconocerlo así a pesar de sus ideas ultraradicales.

II

Mientras Servet parecía haber hallado en Vienne un descanso a las tormentas de su vida, Calvino realizaba su funesta obra de monomaniaco religioso. Aquel oscuro diácono picardo, que veinte años antes retó a Servet a una discusión pública en París sobre la Trinidad, había logrado, después de su condenación por hereje en Francia y de su establecimiento en Ginebra, a donde le llamó su fanático amigo Farel, ser el San Pablo de una nueva doctrina. En realidad, ésta nada tenía de nueva. "La religión de Zuinglio"—ha dicho Voltaire—"se llamó Calvinismo. Calvino le dió su nombre, como

Américo Vespucio dió el suyo al mundo descubierto por Cristóbal Colón."

Después de conmover a los teólogos, Calvino extendió su influjo sobre las masas publicando en 1541 —también en Basilea—la primera edición francesa de su libro duro, seco, profundo, sofístico, pero de apariencias rigurosamente lógicas para la mentalidad del siglo XVI, titulado *La Institución de la Religión Cristiana*. ¡Cuánta diferencia entre ese libro y el de Servet! Servet escribía para teólogos, Calvino para el pueblo. Servet apelaba a los grandes sentimientos cristianos y a los espíritus superiores; Calvino a las pasiones humanas. Hay entre ambos libros la misma distancia que había entre los dos hombres.

El señor Gener me parece que peca de injusto con Calvino como escritor, lo mismo que con Harvey como hombre de ciencia. Que Calvino fuera un monstruo, no seré yo, por cierto quien lo niegue. Que aquella obra fundamental suya—publicada por vez primera en latín en 1536, cuando tenía 26 años—merece, por su fondo cruel y su espíritu vesánico, toda la crítica demoledora de Servet: es, también, indiscutible. Pero ¡cómo no reconocerle sus condiciones maravillosas de escritor en lengua vulgar, que lo colocan en puesto tan notable entre los grandes fundadores de la prosa francesa!

La Institución de la Religión Cristiana, dice Brunetière, "está escrita en un lenguaje tan semejante al de nuestro moderno estilo científico, que se ade-

lanta en cien años, por lo menos, a las demás obras contemporáneas." He aquí un mérito que si no redime, presenta a Calvino en un aspecto mejor que el de criminal y tirano, y aun cuando repugne a nuestros sentimientos de admiración por Servet, en un aspecto superior al de su rival. Desde luego esta superioridad nada tiene de apetecible, siendo de mera forma literaria, y Servet, con todas las oscuridades y defectos de su estilo, continúa infinitamente más alto por la ciencia y por las ideas. Pero ¿a qué negarla si existe? ¿En qué daña al mismo Servet? No a Calvino, hasta al diablo—según la frase de Shakespeare—se le debe justicia.

* * *

Cuando Servet concluía la publicación de su obra *La Reconstitución del Cristianismo*, Calvino, al frente de sus hugonotes inflexibles, soldados de hierro que sólo tienen semejanza en la historia con los famosos puritanos de Cronwell, era ya el árbitro de los destinos de Ginebra. Desde allí, después de dominar por el asesinato a los patriotas ginebrinos que se oponían a su poder, tornaba su vista, inquieta y penetrante, hacia Francia. Su idea fué siempre la de dominar, también, a los franceses, extendiendo entre ellos sus sanguinarias doctrinas, y aniquilar, entre los mismos franceses y los extranjeros en Francia establecidos, a los que consi-

deraba sus enemigos personales. Que mucho de esto hubo de conseguirlo, ahí están "las guerras de Religión" para probarlo. Y entre los que tenía por enemigos, jamás se borraba de su memoria la figura generosa de Servet, en contra del cual la distancia y el tiempo, lejos de disminuir, habían acrecentado su odio.

En los anales de Europa y de aquel agitado y violento siglo XVI, se presenta como un caso verdaderamente extraordinario la tiranía absoluta y monstruosa que un extranjero, pobre y perseguido en su país, sin más apoyo, en los comienzos, que el de hugonotes, fugitivos de Francia y extranjeros como él, llegó a ejercer, en poco tiempo, relativamente, sobre la rica ciudad de Ginebra, tan celosa de su independencia y de sus libertades.

El señor Gener traza un cuadro elocuente y exacto de la espantosa situación en que puso a Ginebra el gobierno de Calvino, echando del poder a las autoridades civiles, o convirtiéndolas en meros instrumentos suyos. Precisamente el mismo año en que Servet cayó en sus garras, la tiranía de Calvino había llegado al apogeo. Su era de terror superó con mucho a la que han causado, en todo el curso de la historia humana, otros gobiernos crueles y fanáticos, y sin exageración ninguna se puede afirmar que el 93, en París, palidece comparándolo con la época espantosa del terror calvinista en Ginebra.

La guillotina se inventó con el humanitario

propósito de acelerar las ejecuciones y de ahorrar sufrimientos a los ajusticiados. Se aplicó y sigue aplicándose por consiguiente—como se aplica la silla eléctrica—con el único fin de causar una muerte instantánea. En cambio, los suplicios que hacía ejecutar en Ginebra la justicia calvinista se inventaron con el salvaje fin de prolongar la agonía. Su lista es bien larga. Baste citar el quebrantamiento de los huesos—la *estrapade*—la amputación de las manos antes de la decapitación, el descuartizamiento, las tenazas, el azufre y pez fundidos, el fuego lento, la hoguera sin humo, para impedir la muerte por asfixia antes que por el dolor de las quemaduras...

¡Y todo esto, a nombre de Jesucristo! Todo esto, se hacía sufrir por crímenes tales como el de haber tomado rapé durante un sermón, o el de comer en su casa más de dos platos, o dedicar versos a una novia, o haberse olvidado de rezar antes y después de la comida, o jugar a las cartas, o divertirse tocando músicas, o rizarse la barba y el pelo, o peinarse, siendo mujer, al uso de Italia. "En Ginebra—dice Voltaire—llegó a no haber un solo instrumento de música." Pero el crimen mayor—cuando uno de los más constantes argumentos de Calvino contra Roma, era que ésta impedía la libre interpretación de los Evangelios—era interpretar los propios Evangelios de distinta manera de lo ordenado por Calvino!

¿Cómo pudo Ginebra llegar a someterse de este

modo a una voluntad tan sanguinaria? No fué el contagio del fanatismo religioso, como parecen creer algunos historiadores, ni la elocuencia de Calvino, ni el odio popular contra los católicos, ni el miedo a las mesnadas del asesino Farel—brazo derecho del feroz picardo—lo que puede explicarnos hoy tan extraño fenómeno.

En Ginebra, como en todas las ciudades europeas, existía entonces, cual existe ahora, una honda división entre las clases sociales. El pueblo, mejor dicho, la plebe, odiaba y envidiaba profundamente con toda la fuerza de su pobreza, de su ambición y de su ignorancia, a los ricos, nobles o burgueses, a los que formaban el grupo al cual Calvino llamó de "los epicúreos", acusándolos, con razón, de amar el arte y los encantos materiales de la vida. Entonces, como ahora, la posición geográfica de Ginebra ayudaba poderosamente a su desarrollo comercial, y era fácil enriquecerse en empresas y relaciones de negocios con Francia, Italia y Alemania. Antes de llegar Calvino, ya la división entre los dos partidos existía y fué, precisamente, una de las razones de Farel para llamarlo. Después, nada más natural que una práctica religiosa severa, rayana en el ascetismo: que el voto de pobreza y la renunciación, bases de la propaganda calvinista, no hallaran prosélitos muy entusiastas entre los ricos y poderosos dominadores de la ciudad y su política.

Los primeros ataques de Calvino en su lenguaje

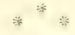
acerado y violento, contra la clase alta, halagaron a la plebe. Luego, su afirmación de que la absoluta soberanía en la Iglesia y el Estado radicaba en el pueblo, acabó por entusiasmar a la multitud, haciéndola desear un rápido cambio, favorable a sus intereses materiales. Por último, sus leyes hábiles y seductoras para los de abajo, ordenando la confiscación de los bienes de los herejes, la apropiación de los bienes muebles de los prisioneros por los que procedían a su arresto en auxilio de la justicia teocrática, y otras disposiciones por el estilo, encaminadas a consumar la ruina de sus adversarios y a favorecer a sus aliados, contribuyeron de manera decisiva a engrosar sus huestes con la hez de la población, con la parte más despreciable, sucia y salvaje, pero evidentemente la más numerosa.

"El calvinismo—dice Michelet—no fué más que una gran democracia." Mejor hubiera sido llamarle una gran demagogia. ¿Cómo extrañar que las ejecuciones por herejía, aquellas hecatombes ante las cuales parecen juegos inocentes los autos de fe en España en tiempos de Felipe II, y hasta los mismos martirios de los cristianos en el reinado de Nerón, fueran presenciadas con entusiasmo por las turbas, que aumentaban la agonía de las víctimas cubriéndolas de insultos y apedreándolas hasta rendirse de cansancio?

Calvino rechazaba el dinero, detestaba el lujo, consideraba la pobreza el único camino de salvación; pero, a la vez, como todos los tiranos de su

tipo, lo dominaba otra pasión más profunda que la codicia: el amor al mando, la ambición desenfrenada de autoridad, la locura de destruir todo obstáculo, hasta el más insignificante, que se opusiera al ejercicio de su voluntad omnipotente.

La historia no presenta un solo ejemplo de tirano de esta clase que no haya tenido el apoyo directo y entusiasta, a nombre de la libertad y de la virtud, de las masas anárquicas. Conservando ellos su autoridad personal y su odio a los bienes materiales, han corrompido el corazón de las multitudes. Han flajelado, han escarnecido a la bestia humana, pero han cabalgado sobre sus lomos a las cimas del poder. Robespierre ¿no fué un Calvino político, y sus procedimientos no fueron iguales a los del mónstruo de Ginebra? ¡Triste enseñanza de la historia esta de que las más odiosas tiranías surgen casi siempre del fondo de las democracias!



A los oídos de Calvino llegó la fama del médico español que realizaba en el Delfinado curaciones estupendas. Con aquella portentosa memoria, de la cual no se borraba el menor detalle, sospechó bien pronto que este médico era su antiguo rival de París; pero el mismo Servet le facilitó los datos para robustecer su sospecha. ¿Qué siniestro destino lo empujaba a su ruina? En las extrañas relacio-

nes de estos dos hombres, Servet aparece atraído hacia Calvino como la mariposa hacia la llama.

La sensación que produjo en todo el mundo teológico *La Institución de la Religión Cristiana* movió a Servet a realizar un esfuerzo para hacer comprender sus errores al reformista de Ginebra. De esta ilusión padecen todos aquellos que se creen poseedores de la verdad. Es porque hay cierto fondo de vanidad ingenua en estas almas de apóstoles, y Servet la tenía. Escribió a Calvino señalándole en su obra—sin ver que esto, lejos de convencerlo sólo podía irritarlo, hiriendo su desmesurada soberbia—los errores históricos y las faltas de lógica notables. Por último, entrando con él en honda disputa sobre la predestinación y la gracia, quiso probarle cómo ante los ojos misericordiosos de la Providencia, el hombre podía salvarse por sus obras, y le remitió las pruebas de la *Reconstitución del Cristianismo.*

Hay pocas figuras históricas más discutidas que la de Calvino. Su secta, poderosa aún, sigue comparándolo a San Pablo. Pero hasta los más entusiastas calvinistas han retrocedido espantados ante la revelación—negada al principio, pero que es incontrovertible—de la conducta de Calvino contra Servet, persiguiéndolo con cobarde saña por medio de una traición inícua, hasta en su mismo retiro de Vienne.

Está hoy demostrado de manera indudable que tan pronto como Calvino se convenció de que el

Miguel Vilanova o Villeneuve, de Vienne, era el mismo Miguel Servet, autor de los libros sobre la Trinidad, y no pudiendo hacerle por sí mismo ningún daño, porque Vienne era una ciudad católica, lo denunció por herejía al Tribunal de la Inquisición, aprovechándose de la llegada a la misma Vienne de un inquisidor fanático y estúpido, llamado Fray Mateo de Orry.

La denuncia, hecha en su propio nombre—siendo Calvino tan odiado entre los católicos franceses—no hubiera surtido el efecto que el denunciante se proponía, y hubo de valerse de un amigo llamado Guillermo de Trye, quien la firmó, presentándola con los datos proporcionados por Calvino, por medio de otro sujeto, establecido en Lyon y llamado Antonio Arneys.

El Cardenal de Tournon—autoridad eclesiástica de Lyon—a quien Arneys llevó la denuncia, le dió curso, sin tardanza. Orry citó al Tribunal para juzgar a Servet, y el Tribunal, reunido en el Obispado con Paulmier, absolvió al ilustre español, a pretexto de que el autor de la obra *Reconstitución del Cristianismo* impresa en Lyon, y de los demás libros y escritos citados por el denunciante, no era el médico Miguel de Villeneuve, establecido en Vienne.

Tan admirablemente trabajaron los amigos de Servet, que hasta los tipos de la imprenta de Lyon en que se hizo el libro, y todos los ejemplares de éste y cuantos pruebas pudiera haber descubierto Orry, se pusieron a buen recaudo, o se destruyeron.

Servet se creyó seguro; sus amigos lo creyeron, también; pero no contaron con que el veneno, sembrado ya hábilmente por Calvino en el alma de Orry, había de continuar produciendo sus efectos. Orry dió cuenta a Arneys de lo ocurrido, y le indicó que escribiera a de Trye pidiéndole más pruebas de la identidad de Servet. Así lo hizo Arneys, y fué en esta ocasión donde Calvino reveló mayor infamia. No contento con repetir y fortalecer—siempre con la firma de Trye—sus argumentos teológicos, como si fuera el católico más convencido, entregó las cartas particulares que tenía de Servet, hizo toda la historia anterior de éste, remitió la última página de las pruebas de la *Reconstitución*, con las iniciales M. S. V. y ratificó que el médico de Vienne "aunque se haya disfrazado haciéndose llamar Vilanova, tiene por nombre Servet, alias Rêves."

El resultado de tanta maldad, debía ser rápido y seguro. Preso otra vez, anonadado ante las nuevas pruebas de su acusador, ¿qué podía esperar Servet sino la muerte? Sin embargo, sus amigos, después del tercer interrogatorio, comprendiendo que la sentencia condenatoria era inevitable, prepararon su fuga. En ésta, fueron cómplices los jueces mismos del tribunal, exceptuando a Orry y al Vicario. Servet escapó fácilmente, hasta con el concurso de su carcelero, el 7 de abril de 1553, y provisto de una crecida suma que sus amigos le proporcionaron, equivalente a más de ochenta mil francos en moneda de nuestro tiempo, se dirigió a

caballo, en compañía de su criado, al convento o abadía de Belleville, de la Orden del Císter, en la Saboya.

Isabel de Salenove, la abadesa, para quien llevaba cartas de recomendación del Arzobispo Paulmier, y del Prior de la Costa de San Andrés—otro de sus protectores—lo recibió con gran afecto y le dió descanso y asilo. Y sólo después de estar seguro el Arzobispo de que no caería otra vez el médica aragonés en manos de la Inquisición, se firmó la sentencia condenando a Servet a ser quemado vivo a fuego lento.

Aquellos buenos prelados se equivocaron por segunda vez. El odio de Calvino era más fuerte que la generosa amistad de ellos por el ilustre español. La sentencia no se ejecutó en Vienne, pero Servet fué quemado en Ginebra.

III

Entre las emociones de mi juventud—casi podría decir de mi adolescencia—que han dejado en mi alma huellas más hondas, se cuenta la vez primera que ví representar el drama de Echegaray *La muerte en los labios.*

Su trágico argumento se desenvuelve alrededor del hecho histórico de la captura y muerte de Servet en Ginebra, y una de sus escenas mejores es la que pinta al célebre mártir, señalando al joven héroe del drama y discípulo suyo, en un ejemplar de

la *Reconstitución del Cristianismo*, el gran secreto de la naturaleza que si aquella página fuera destruida desaparecería de la memoria de los hombres....

A la mañana siguiente adquirí mi primer ejemplar de la *Historia de los Heterodoxos Españoles*, y antes de emprender su lectura ordenada y metódica devoré las páginas admirables en que Menéndez y Pelayo relata con su elocuencia y sabiduría de historiador insigne, el largo duelo entre Servet y Calvino, exponiendo punto por punto los dos terribles procesos: el de Vienne y el de Ginebra. Surgió entonces ante mi imaginación la figura de Servet con todo el colorido de la realidad y todavía me parece que le tengo delante de mi vista.

El proceso de Ginebra, según entiendo, no se ha publicado íntegro todavía. Dice el señor Gener que se guarda en el archivo municipal de aquella ciudad y no hay facilidades para su estudio. Pero sus documentos principales, sus hechos, los relatos de testigos, la correspondencia de Calvino y la de Servet, el proceso de Vienne, cuanto pone fuera de duda la gran infamia, se ha dado a luz en numerosos libros históricos de indiscutible honradez, para eterna vergüenza de aquellos protestantes.

Después de pasar dos meses en la abadía de Belleville Servet, que no podía discreta ni humanitariamente continuar allí comprometiendo a su noble protectora, y aún corriendo el riesgo de ser descubierto por calvinistas o por católicos, se decidió a

seguir camino para Italia, con cartas de recomendación de la excelente abadesa. Una vez en suelo italiano y con la protección de los hermanos de San Francisco, se podría creer en la seguridad de su vida. Pero su paso obligado—ya en el otoño, cuando la travesía de los Alpes resultaba dificilísima—era por Ginebra.

Tenía en esta ciudad la abadesa una buena amiga, dueña de la "Hostería de la Rosa." Creyó que esta mujer podría facilitar a Servet la manera de atravesar el lago en un bote, poniéndose fuera del alcance de la jurisdicción y el poder de Calvino y con semejante plan—el de pasar una noche en Ginebra—partió Servet solo, dejando en Belleville a su criado.

Muy conocida es la historia de como vestido ricamente de caballero, con espada y vistosas joyas, llegó a Ginebra, se instaló en la hostería y fué detenido un día y otro por dificultades del mal tiempo, o pretextos del botero, de acuerdo quizás con Calvino. Habiendo llamado la atención pública, como médico, en un caso, por su arrogante figura en otro, por sus actos caballerescos y su generosidad en más de una ocasión, y, por último vigilado por Nicolás Lafontaine—policía calvinista—fué identificado en la iglesia por el propio Calvino, quien desde el púlpito lo reconoció e hizo una señal a Lafontaine. Preso a las pocas horas, encerrado en oscura y malsana celda del antiguo palacio episcopal, desposeido de cuanto llevaba, trata-

do como un cerdo, procesado por hereje, acusándolo Lafontaine, después de horribles sufrimientos y de terribles escenas ante el tribunal para defenderse de los cargos espantosos de Calvino, lo condenaron a muerte.

Una triste mañana—el 27 de octubre de 1553—abrasado por la fiebre, desangrándose por una herida, cubierto de harapos fué conducido a Champel entre la plebe soez de los calvinistas y quemado con todos los ejemplares que se pudieron hallar de su *Reconstitución del Cristianismo.*

Escritores calvinistas han pretendido disculpar al fundador de su secta, recordando una carta de Calvino a Farel, en que le dice sobre Servet: "Espero que sea condenado, pero que la atrocidad de su suplicio le sea perdonada"; y otra que escribe al mismo: "Mañana será conducido al suplicio: nos hemos esforzado en vano por cambiar su género de muerte."

Pero estos rasgos de monstruosa hipocresía y el esfuerzo de sus apologistas en lanzar toda la culpa de la sentencia sobre el Consejo, no pueden destruir las numerosas pruebas documentales en que aparece Calvino persiguiendo a Servet en el proceso con saña increible, aterrorizando a los jueces, que hubieran de otro modo fallado a su favor, y apresurando la ejecución, en un domingo, contra todas las leyes vigentes, y con objeto de evitar un movimiento en pro del sentenciado.

Preciso es no olvidar, para que la culpa de Cal-

vino resalte en toda su magnitud, que desde el primer instante de la prisión de Servet, tuvo éste a su favor a los anticalvinistas, llamados también *perrinistas* por su jefe Perrin. Esta minoría de hombres, distinguidos y patriotas, fué la que hizo la última resistencia al tirano en nombre de los verdaderos intereses y libertades de Ginebra.

Perrin y sus amigos intentaron que la causa de Servet se juzgara en el *Alto Consejo*, en lugar del *Pequeño*, donde imperaban los calvinistas; trataron de salvar a Servet por muchos medios—entre otros el de aplicarle la ley favorable a los extranjeros detenidos por delitos cometidos en otro país—dulcificaron, en lo posible, las crueldades de su prisión, y tal fué su actitud, en suma, que hubo un momento de esperanza para el infeliz prisionero, en el cual la derrota de Calvino parecía inminente.

Comprendió entonces el astuto tirano que su suerte dependía del proceso. Triunfante Servet, la reacción anticalvinista le hubierra arrollado con fuerza avasalladora. Después de sus crímenes, del rencor secreto que en su contra había acumulado en tantos corazones, el fracaso del proceso significaba para Calvino la muerte. Así lo dijo el mismo en la hora más grave de la lucha refiriéndose a Servet: "O su vida, o la mía."

El señor Gener traza un cuadro magistral de la tramitación de la causa, del papel de Calvino y los calvinistas, y de los amaños e intrigas de éstos para obtener la sentencia. Después de leer esas páginas,

fundadas en hechos de histórica certidumbre, a nadie puede caber duda de la espantosa responsabilidad de Calvino.

Una vez triunfante, una vez ejecutado Servet, completó su obra aniquilando a los "perrinistas", hombres y mujeres. Casi todos murieron en el suplicio: sus familias fueron extinguidas o dispersadas; la horca, la máquina infernal para la *estrapade*, las calderas de plomo derretido y pez hirviendo, la hoguera, encendida con grandes trozos empapados en sustancias inflamables, funcionaron con redoblada fiereza hasta convencerse el tirano de que ya no había en los límites de su dominio quien se atreviera a combatir su voluntad ni aun con el pensamiento...

Es en verdad extraordinario que en pleno siglo XX haya todavía quienes intenten vindicar la memoria de esa fiera. Se comprende la respuesta, calificada por Voltaire de noble y prudente, dada por los calvinistas del siglo XVIII a los que pretendían echarles al rostro la muerte de Servet y los otros crímenes del fundador de su Iglesia: "Tenemos sus ideas religiosas, pero no hemos canonizado las pasiones de Lutero y de Calvino." Lo que no se concibe es que ahora, en nuestra época, ante los ojos del mundo entero, se pretenda atenuar la conducta de aquellos miserables, como un grupo de calvinistas ha pretendido hacer, erigiendo en el recodo de uno de los caminos que a Champel con-

duce un pequeño monumento, con la siguiente inscripción:

"El 27 de octubre de 1553, murió en la hoguera, en Champel, MIGUEL SERVET, de Villanueva de Aragón, nacido el 29 de septiembre de 1511. Hijos respetuosos y agradecidos de CALVINO, nuestro gran Reformador, pero condenando un error que fué de su tiempo, y firmes partidarios de la libertad de conciencia, según los verdaderos principios de la Reforma y del Evangelio, hemos elevado este monumento expiatorio el 27 de octubre de 1903."

¡Falaz argumento este de los errores de la época, con que se ha pretendido siempre atenuar la responsabilidad de los grandes crímenes históricos! La maldad no tiene épocas. En todo tiempo la hipocresía, la venganza cruel, la cobardía, el asesinato han repugnado a la conciencia humana; y ha hecho bien, por consiguiente, el señor Gener, en las páginas de su obra vibrante y erudita, en presentar a Calvino como un criminal, como una fiera sedienta de sangre, comparable únicamente—y aún así con ventaja para éstos—a Nerón y Calígula; como un envidioso rastrero, implacable en su odio y en su venganza contra Servet, y que halló, al fin, tras largo ejercicio de refinada y monstruosa astucia, el medio de encarcelar y luego de hacer quemar vivo en una hoguera, al hombre a quien detestaba, a pretexto de herejía, pero en el fondo sólo para satisfacer los negros instintos de su alma satánica.

* * *

Desde el momento de su prisión hasta el de su muerte, la conducta de Servet fué sublime. No rectificó, ni abjuró una línea de cuanto había escrito; porque convencido de que le asistía la razón, repugnaba a su alma de aragonés y de hombre honrado, incurrir en debilidad semejante. Otras veces era imposible que rectificara, como se le pedía, sin confesar una gran estupidez e ignorancia, o negar hechos de evidencia notoria. Por ejemplo, una de las mayores pruebas de la herejía, del ateismo de Servet, más señaladas por Calvino a Lafontaine y por éste al tribunal, fué un pasaje de su edición de la Geografía de Tolomeo, el cual dice que la Palestina es una tierra estéril.

Enfrente del feroz Farel—del amigo íntimo de Calvino—mantúvose digno y fuerte, hasta delante de la misma hoguera. En la terrible situación de debilidad física a que le había reducido su cruel encarcelamiento, marchó al suplicio, desde la prisión hasta Champel, con paso firme y cabeza erguida. Ni siquiera una justa indignación turbó un instante su aspecto sereno y tranquilo, ante las turbas miserables que lo insultaron hasta sus últimos momentos. Subió a la pira con plena conciencia del trágico instante, y al envolverlo las llamas, al entregar su espíritu, sólo lanzó un grito de dolor, que repercutió en las montañas, y conmovió la ciudad; grito tremendo que, como el lanzado en Tolosa por Vanini, en la misma circunstancia, sesenta y seis años más tarde, sumió en el remordimiento y en la

locura, a muchos espectadores del cruento suplicio.

En la pira, sobre los haces de leña, fueron colocados todos los ejemplares de la *Reconstitución del Cristianismo* que pudo acaparar la astuta policía calvinista. Sin duda que entre Calvino y Mateo de Orry lograron echar mano a la edición entera o a casi toda, porque en buen estado sólo se conserva un ejemplar del que se posesionó Colladón, abogado de Lafontaine en el proceso o sea lo que llamaríamos hoy en España y en Cuba el acusador privado. Ese ejemplar es el de la Biblioteca Nacional de París. Los otros pocos que existen—no creo que llegan a cuatro—son más o menos incompletos, y uno, que parece haber rodado de la hoguera y fué recogido subrepticia y osadamente por algún espectador, está chamuscado por las llamas.

Lo que más amaba Servet en su obra, lo que más odiaba Calvino—sus argumentos metafísicos y teológicos—no tiene hoy lectores. Mientras *La Institución de la Religión Cristiana* se ha salvado como clásico de la lengua francesa, y continúa siendo la Biblia de los calvinistas, lo único que sobrevive de la *Reconstitución del Cristianismo* es la página sobre la circulación de la sangre. Los arduos problemas teológicos que en el siglo XVI ponían sobre las armas a las naciones y encendían las hogueras, no conmueven hoy al mundo.

No creo por esto que nuestra época sea más tolerante, ni que los fanáticos de ahora sean mejores que los de entonces. Habiendo mayor descreimien-

to hay mayor indiferencia, y la espada y el fuego, la dinamita y el cañón se usan para defender o para aplastar otras ideas. Han cambiado los motivos de lucha; no ha cambiado la ferocidad. Mares de sangre humana se derraman y continúan derramándose, porque si lejos estamos del Gólgota, más lejos aun parece estar de nosotros el día bienaventurado en que el Reino de Cristo se fundará por el amor y la fraternidad entre los hombres.

Por este noble sentimiento de tolerancia, que probó hasta en los momentos más crueles de su existencia, merece Miguel Servet la admiración y el agradecimiento de los siglos. Libre, feliz, poderoso, lleno de la ilusión de sugerir en los demás sus ideas, escribió al intransigente Escolampadio, cuando su viaje por Alemania, que "la pena de muerte no se debía aplicar a ningún hombre por sus opiniones." En la apostólica afirmación de este principio consistió, muchos años después, su defensa, escrita sobre la única hoja de papel que le dieron sus verdugos y presentada al odioso tribunal de los calvinistas. Calvino, al verla, lanzó un grito de triunfo. Para él aquello significaba una confesión, y así consiguió fácilmente que lo entendieran los jueces estúpidos, incapaces de comprender la sublimidad de Servet ni la grandeza de su doctrina.

Tan profundamente arraigada estaba ésta en su corazón, que cuando todos creyeron en su triunfo y en la derrota de Calvino, en lugar de pedir contra el último la muerte——como era entonces su

derecho—pidió únicamente el destierro, para libertar a Ginebra de su siniestro influjo; y exactamente como hubiera hecho ahora un jurisconsulto del siglo XX, pidió que los bienes del reformador, si algunos tenía, se confiscaran en provecho de la ciudad. El tormento, la muerte, como castigo para su verdugo, jamás pasaron por su noble pensamiento. Todavía, próximo a la hoguera, casi desnudo, con las carnes azotadas por el viento matinal de octubre, al llegar a Champel su corazón de apóstol de la libertad y de la justicia halló una ocasión de enaltecer la tolerancia.—"Esto no debe hacerse"—dijo.—"No es propio de hombres que se jactan de amar a Jesús, arrancar a otro la vida por sus ideas." Sus palabras, tranquilas, serenas, sin odio, dirigidas a Farel, dejaron a éste perplejo. Aquel lenguaje no era, en verdad, el que podía parecer más lógico en tales momentos a un discípulo de Calvino. Hoy mismo, la mayoría de los hombres, si finge comprenderlas, no siente esas ideas en el fondo de sus almas. Tolerantes en el reposo y la indiferencia de los pleitos ajenos, se dejan arrastrar por la ira en los propios. Llegado el momento, siempre hay una disculpa, siempre hay una razón, para justificar la violencia. He aquí por qué Servet, no es un genio, ni un héroe universalmente reconocido aún, e ignorándose su verdadero carácter, alrededor de su memoria combaten las pasiones y los odios de partido.

¿Qué secta puede reclamarlo? Se equivocan to-

dos esos que levantan su nombre como una bandera para lanzarla en los motines. Servet no aceptaba otra fuerza que la del pensamiento, otra arma que la idea, otro triunfo que la convicción. El hombre que prefirió el martirio antes de imponer la muerte a su adversario, sólo será honrado y comprendido verdaderamente, cuando la paz universal y la fraternidad humana dejen de ser sueños en la tierra.

DON HERNANDO DE ACUÑA

DON HERNANDO DE ACUÑA

La historia literaria española, que tanto debe ya a la erudición y al preclaro ingenio de don Narciso Alonso Cortés, acaba de enriquecerse con una nueva monografía, modestamente titulada "Noticias biográficas", obra de la docta pluma de este historiador y crítico vallisoletano. (1)

Es una interesante narración de la vida romancesca de don Hernando de Acuña; de aquel ilustre militar y poeta del siglo XVI, émulo, amigo y compañero de armas de Garcilaso; de aquel que sirvió con su espada y su haciendo al Emperador y a Felipe II en las guerras contra luteranos y franceses, y expresó el ensueño gigante de Carlos V—la monarquía universal—, en uno de los más hermosos sonetos de la lengua castellana.

Acuña nació en Valladolid por los años de 1520

---

(1) Don Hernando de Acuña, noticias biográficas, por Narciso Alonso Cortés. "Biblioteca Studium."—Habana.—Valladolid.

a 1522. Don Nicolás Antonio, Sedano, y Alvarez Baena, le tuvieron por hijo de Madrid, sin fundamento alguno para ello; pero el señor Alonso Cortés le descubre citado entre los poetas nacidos a orillas del Pisuerga, en las obras de su coetáneo Jerónimo de Lomas Cantoral, también de Valladolid, y el testimonio es irrecusable.

De la familia vallisoletana de Acuña, portuguesa de origen y de nobleza esclarecida, también nos ofrece el señor Alonso Cortés valiosísimos datos. El padre del poeta, don Pedro, llamado "el Cabezudo", no por terco, sino por inteligente, fué un tipo de caballero español "de mucha autoridad y méritos", según el cronista Garibay. Su madre, doña Leonor de Zúñiga, no era de sangre menos noble, y aunque por línea bastarda, descendía del rey don Pedro el Cruel. De los seis hermanos que tuvo don Hernando, tres varones y tres hembras, su biógrafo nos refiere igualmente los hechos. El mayor—llamado como el padre, don Pedro—, se distinguió por su heroísmo en la Goleta, y murió sobre el campo de batalla, en Piamonte. El segundo, don Diego, caballero de Calatrava, de tal modo realizó—según dice el señor Alonso Cortés—, el ideal de Baltasar Castiglione, "que doquiera se le conocía por "el gran cortesano", y fué quien escribió las célebres "Coplas del Provincial Segundo", las cuales, por lo licenciosas y agresivas, le costaron un destierro.

"Muy muchacho", según él mismo consignó en

un memorial dirigido a Felipe II—de dieciséis años, según infiere su biógrafo—, entró don Hernando de Acuña en el ejercicio de las armas, para seguir una gloriosa tradición de su familia. Incorporóse al ejército de Carlos V en 1536, cuando la retirada de Marsella, y sirvió en la compañía de su hermano don Pedro, a las órdenes del capitán general y gobernador de Milán, marqués del Vasto, el mismo a quien pintó Tiziano dirigiendo una arenga a sus tropas en uno de los más notables lienzos suyos que el Museo del Prado conserva.

Al morir don Pedro, herido por los franceses en Moncaller, el marqués designó a don Hernando para seguir al frente de su compañía. El relato de sus servicios es el de aquella famosa campaña hasta que en 1544, sufrió el general español el desastre de Ceresola, y Acuña, después de haber desplegado un gran valor, cayó en poder del enemigo y estuvo cuatro meses prisionero.

Pagó de su propia hacienda la mayor cantidad de su rescate, y fué nombrado enseguida gobernador de Querasco, difícil puesto, en el cual demostró admirables dotes de militar y político. De allí salió a los dos años, al frente de su compañía, para ponerse a las órdenes de Carlos V en "toda la guerra de Alemania." La historia de esta guerra, que escribió don Luis de Avila y ha inmortalizado a Robertson en el siglo XIX, es harto conocida. En sus más célebres acciones estuvo Acuña. En la campaña de Sajonia y muerto Alonso Vivas en el asalto de Constan-

za, Carlos V le encomendó la misión de custodiar a prisionero tan importante como el duque Juan Federico. Al cuidado de éste, fué con el emperador a Flandes, y regresó a Alemania. En la lóbrega noche de Inspruck, cuando sorprendido por el súbito y traidor ataque del duque Mauricio, tuvo el Emperador que emprender su fuga de la ciudad, llevado en una litera, a causa de la gota, por extraviados caminos de las montañas, debió a la serenidad, a la nobleza y a la devoción de don Hernando de Acuña, que permaneció a la retaguardia para impedir la persecución, el salvamento de sus bienes y el de su propia vida.

Por toda recompensa, hubo de recibir el hábito de Alcántara, y la palabra de Carlos V de "tener memoria". Estuvo también en la rota de Metz, y acompañó al emperador a los Países Bajos. En Bruselas, en 1553, le dió Carlos V la misión más difícil, quizás. recaída nunca en un militar y un diplomático: la de reducir a obediencia, por la persuasión, a los soldados que se habían amotinado en la plaza fuerte de Africa, expulsando de ella a su capitán don Sancho de Leiva, porque, entre otras razones, se les debían "ciento cinco pagas." Dos años empleó Acuña en los viajes y negociaciones complicadísimas, que el señor Alonso Cortés refiere menudamente, y, al fin, presentándose solo ante la rebelde soldadesca, la dominó e hizo un concierto de inmensa ventaja para el soberano. Los mismos amotinados le ayudaron a destruir las defensas de la

plaza, conforme a las instrucciones de Carlos V, y regresó conduciendo los restos de los capitanes y caballeros de la orden de San Juan muertos en la toma de Africa a los infieles.

Consideraba éste, Acuña, su servicio más alto a la Corona. Mas siguió prestándolos, y muy grandes, a Felipe II. Estuvo en la jornada inmortal de San Quintín. Recibió órdenes de Felipe de entrar en Calais, cercada por los franceses, e informarle de la verdadera situación de la plaza. Púsose en camino; pero antes de llegar, Calais fué tomada por el duque de Guisa. Estuvo también en la victoria de Gravelinas, tan gloriosa como la de San Quintín para los tercios españoles. Por último, después de 1557—de una ausencia de veintiún años—, volvió a España, y por 1650 se casó con su prima doña Juana de Zúñiga. Desde 1569 le encontramos en Granada, pleiteando sobre el condado de Buendía.

En 1570 Felipe II le encomendó otras misiones importantes dentro y fuera de España. De presumir es que las cumpliera; mas también que el buen caballero hubo de sentir el cansancio de tanto esfuerzo mal agradecido.

Murió en Granada por el año de 1580. El triste final de esta larga historia de abnegación y de lealtad heroica, es que don Hernando de Acuña, desde su incorporación al ejército de Carlos V, teniendo dieciséis años, mantuvo de su propia hacienda las fuerzas militares con que entró en batallas, gobernó

ciudades y salvó al emperador la vida, y de su propia hacienda hizo los principales gastos en sus demás servicios importantísimos. El hábito de Alcántara se daba a otros sin moverse de la corte, y no era compensación para todo esto. Carlos V se olvidó de su oferta de premiarlo mejor. También Felipe II olvidó cuánto le debía. Doña Juana de Zúñiga quedó viuda y pobre, y reclamó inútilmente un auxilio del Tesoro. Yo no sé si los reyes tendrán hoy mejor memoria. Lo que sí sé es que hombres como don Hernando de Acuña no existen ya en el mundo.

Su carrera literaria no fué menos brillante. En sus versos pastoriles, a la manera italiana de Boscán y Garcilaso, hay facilidad, elegancia, inspiración y ternura. Manejó la sátira con agudo ingenio en su composición "La lira de Garcilaso contrahecha", donde se vengó de don Jerónimo de Urrea, por haber traducido éste en malos versos "El caballero determinado", de Olivier de la Marcha. Su traducción de esta misma obra, por lo que gustó al público entonces—y hoy gusta todavía a los amantes de las sabrosas quintillas dobles castellanas—, salvó al pobre Van Male, secretario flamenco y también famélico, de Carlos V, de una grave tribulación. Si es cierta la historia, el Emperador tradujo en prosa al español—mala prosa forzosamente en quien nunca dominó nuestra lengua—, el libro de la Marcha, y lo entregó a don Hernando de Acuña para ponerlo en verso. Terminado este tra-

bajo, Carlos V regaló a Van Male el manuscrito, a condición de que el secretario infeliz pagara los gastos de imprenta. ¡Extraño donativo de un emperador a un literato! Afortunadamente, gracias a los versos de Acuña, se vendió la obra.

También demostró Acuña notable maestría para su tiempo en los versos libres de su "Contienda de Ayas Telamonio y Ulises sobre las armas de Aquiles", donde sabe mantenerse a la altura del asunto. En sus sonetos llegó a la perfección de los grandes poetas del siglo XVII, a veces con la nota grave y pensadora de Arguijo, casi siempre con la elegante facilidad de Lope. El más famoso de todos, el dirigido "Al rey nuestro señor", se inspira en la creencia, muy natural en un español de aquellos tiempos, de que estaba próxima a realizarse una de las profecías del Apocalipsis. Aunque se haya reimpreso tantas veces, lo copiaré íntegro:

Ya se acerca, Señor, o es ya llegada
la edad gloriosa en que promete el cielo
una grey, y un pastor sólo en el suelo
por suerte a vuestros tiempos reservada;

Ya tan alto principio en tal jornada
os muestra el fin de vuestro santo celo,
y anuncia al mundo, para más consuelo,
un monarca, un imperio y una espada;

Ya el orbe de la tierra siente en parte,
y espera en todo vuestra monarquía
conquistada por vos en justa guerra.

Que a quien ha dado Cristo su estandarte,
dará el segundo más dichoso día
en que vencido el mar, venza la tierra.

Con el rodar de los siglos, los hombres no pueden sentir hoy la aspiración y la fe de Acuña por la monarquía universal. Propósitos más altos que el de tener un solo señor inspiran a los pueblos, y las almas generosas no buscan la felicidad humana en la reunión de todas las naciones bajo un solo cetro y un solo tirano, sino en la unión de todas las voluntades en un solo ideal de concordia, de amor y de justicia. Pero en el siglo XVI, en el de las guerras sangrientas de religión, ¿de qué otro modo había de entender la paz un capitán de Carlos V? Dentro de la única forma de gobierno que conocía y estimaba, soñó, como los altruistas de ahora, con un reinado de la virtud, y probó, mejor que la mayoría de los autruistas de ahora, la pureza y buena fe de sus sentimientos. Mas si a su juicio tan sólo por la fuerza se alcanza el bien, no es extraño. Don Hernando de Acuña fué un soldado, y en su tiempo la mejor razón era la espada.

MONTAIGNE

MONTAIGNE

I

El profesor Pierre Villey, de la Universidad de Caen, es un erudito que recuerda por su persona y por su ingenio a dos grandes historiadores del siglo pasado, tan eminentes en el saber y la doctrina como en el estilo: Agustín Thierry y William Prescott. Cual ellos ha perdido la vista, y, sin embargo de esta desgracia y la seria contrariedad que envuelve para sus estudios, ha publicado libros muy notables de investigación literaria.

Hace pocos días dió a luz una colección de textos escogidos de autores franceses del siglo XVI, con anotaciones suyas sobre los orígenes y fuentes de inspiración de las ideas más brillantes y profundas que contienen. (1) Esta obra viene a ser el complemento de otra, que fué la base de su fama, y que me

---

(1) Les sources d'idees (XVIe. siécle). Textes choisis et commentés par Pierre Villey, professeur a l'université de Caen. (Plon, Nourrit et Compagnie). Paris, 1913.

prestará hoy asunto. Se titula *Las fuentes y la evolución de los "ensayos" de Montaigne.*

Uno de los atractivos mayores de Montaigne—Miguel de Montaña, como lo llamaron los clásicos españoles del "siglo de oro"—consiste, para los espíritus refinados capaces de gustarle, en su sabrosa mezcla de originalidad y plagio, de pensamientos propios y de autores griegos y latinos, los últimos casi siempre tomados en sus textos, los otros a veces en traducciones encantadoras, como la de Plutarco por Amyot.

"Montaigne"—dice Prevost-Paradol—"ha trasladado a sus páginas las más hermosas y notables ideas de Grecia y Roma, con tanta abundancia y tan a tiempo, que sus innumerables citas forman un todo con los *Ensayos*, y es imposible arrancar una sola, sin cometer una violencia que dejaría sus huellas, sin producir un roto muy visible en tan armonioso tejido."

Escribía, según él mismo confiesa, a saltos y zancadas (a sauts et gambades"), como le viniera la inspiración, en lenguaje descosido, desordenado y lleno de osadías, ("déréglé, décousu et hardi"), pasando de un asunto a otro casi sin transiciones, como una veleta, y partiendo, generalmente, de algún texto de sus autores favoritos.

A menudo citaba los originales, pero con frecuencia solía ocultarlos. "Lo que tomo de otro"—dice en un famoso pasaje—"no es para apropiármelo... Que si oculto el nombre del autor de quien tomo, es

para poner a raya la ligereza de aquellos que se entrometen a juzgar de todo y que no teniendo olfato para gustar de las cosas por sí mismas, sólo se detienen ante el nombre de los autores y su fama. Y quiero que esos tales se quemen, al condenar en mí, sin saberlo, a Cicerón y Aristóteles."

Con semejante procedimiento y sus variadas lecturas, sus citas constantes y no pocas equivocadas—a pesar de que escribía en su biblioteca y casi siempre con el libro que deseaba citar, a la vista—, el trabajo realizado por el profesor Villey de descubrir y aquilatar sus fuentes y de perseguir a través de los siglos los orígenes y asociaciones de sus pensamientos, ¿no resulta una de las más gratas y fecundas tareas a que se puede entregar un erudito y un crítico? La erudición casi siempre es pesada, pero los franceses tienen el arte de hacerla agradable y ligera—Montaigne mismo es el mejor ejemplo—y el profesor Villey, sin omitir ningún dato esencial, no ha recargado su libro de notas inútiles.

Nada de extraño tiene que Montaigne aparezca, después de un comentario de esta clase, muy escaso de ideas propias. Su principal asunto era el hombre, mejor, la humana naturaleza, y se había agotado ya por Cicerón, Séneca, Plutarco y los demás antiguos moralistas que fueron su deleite.

Si la sociedad ha sufrido cambios notables en el curso de la historia, los hombres, psicológicamente, han sido y son iguales siempre. Montaigne juzga al

hombre "ondulante y diverso", considera la inconstancia elemento esencialísimo de las cosas humanas, y en su "Apología de Raimundo Sabunde" presenta un cuadro elocuente de los errores y variaciones de la humanidad. Pero esta condición cambiante e indecisa de nuestro carácter, y, a la vez de nuestros destinos, resulta, por su verdad misma, permanente y propia del ser humano en todos los tiempos. De aquí que los antiguos desmenuzaran el tema de nuestros defectos morales, y muchas observaciones de Montaigne fueran siglos antes emitidas por otros. Algunas veces,—según él nos cuenta—se vió desagradablemente sorprendido al encontrar en el curso de sus lecturas ciertas ideas que había escrito de muy buena fe como originales.

Entonces—aun después de publicada en 1580 la primera edición de los *Ensayos*, que sólo contenía dos libros—, enmendaba el yerro, añadiendo al margen de su propia obra nuevos párrafos y sentencias. La segunda edición corregida y aumentada ocho años más tarde—porque las de 1582 y 1587 fueron copias de la primera—, comprendió tres libros y 536 adiciones. Como no cesaba de leer y reunió numerosas notas en sus viajes, (emprendió dos con posterioridad a 1580), estas correcciones y aumentos acabaron por doblar la extensión del volumen. El ejemplar que se llama "de Burdeos", por conservarse en la biblioteca municipal de esa ciudad, es el texto de una nueva edición que preparaba antes de morir. Pertenece a la de 1588, pero en sus interlíneas y anchos

márgenes, agregó de su propia mano más lectura tal vez que en la parte impresa.

Nadie ha explicado satisfactoriamente todavía, por qué Montaigne, sin embargo de haber copiado, parafraseado y comentado tanto, resulta uno de los escritores más originales del mundo, y, sin duda alguna, a pesar de su antecesor Rabelais y de los grandes autores que después de él y hasta nuestros días Francia ha producido, entre los cuales se cuentan nombres como el de Voltaire y el de Víctor Hugo, sean sus *Ensayos* el libro en francés que más influencia ha ejercido fuera de Francia.

En lengua inglesa, traducido por Florio —de origen italiano, por cierto—, figuran los *Ensayos* de Montaigne entre los clásicos de la época gloriosa de Isabel I. El ejemplar que leyó Shakespeare, y en donde copió literalmente en sus dramas algunos párrafos, se conserva, y con razón, como un tesoro. En los *Ensayos* de Montaigne se inspiró Bacon para los suyos, y su espíritu parece vagar en las obras admirables del deán Church y de Emerson, de Carlyle, de Walter Pater y de Fitzgerald. Recuérdese en Alemania—sin citar otros nombres ilustres—la justa y entusiasta admiración por Montaigne, de Federico el Grande. En Francia misma ¿qué autor ha impresionado tan hondamente a los más insignes entre sus sucesores? Molière, Pascal, Beyle, Rousseau, La Bruyère, Voltaire, Sainte-Beuve, en nuestros días Anatole France, ¿no le deben matices de estilo e ideas peregrinas?

Brunetière dice que los *Ensayos* ocupan, cronológicamente, un punto de transición en la historia de la literatura francesa, y más que ninguna otra obra ni autor, más "que Rabelais, Ronsard, y el propio Calvino, representan y resumen el pasado y, a la vez, anuncian y preparan el porvenir." (2)

Quizás sea ésta la razón verdadera de la eterna juventud del maravilloso libro, aunque más propio y natural parece buscarla en sus cualidades intrínsecas, aisladas, y no en su mérito relacionado con la época de su aparición.

Primeramente, y a pesar de su texto "descosido" y atrabiliario, palpita desde su primera hasta su última página, una asombrosa unidad. Es la misma unidad que existe en cada hombre, no obstante sus incongruencias y versatilidades. Montaigne, como es sabido, trató de examinarse y pintarse. "Todo el mundo me reconoce en mi libro"—dice—"y mi libro en mí." "Quiero que se me vea" —añade—"en mi manera simple, natural y ordinaria, sin estudio ni artificio." Nadie, con efecto, se ha descrito con mayor complacencia, con mayor

(2) Histoire de la littérature francaise classique, 1515-1830. Tome premier. De Marot a Montaigne (1515, 1595) Paris, (Delagrave), p. 576. Esta obra póstuma, que publican y completan con manuscritos y notas de Brunetiére sus compañeros y amigos M. Michault y M. Doumic alcanza ya a su tercer volumen, y presenta al insigne crítico, injustamente desdeñado por algunos en los finales de su vida, en un aspecto muy superior por la profundidad de sus ideas, la originalidad de sus puntos de vista, y la amenidad de su estilo, del que le conceden sus apasionados detractores.

nimiedad de detalles. Montaigne está en los *Ensayos* en cuerpo y alma. Pero a la vez—como él también dice—"cada hombre lleva en sí la forma entera de la humana condición." Los *Ensayos*, representando a un hombre solo, representan, pues, a la humanidad.

¿Cómo han de ser originales siempre? Nadie lo es. Nada más general que "la humana condición." Hay un fondo común en la especie, un fondo inmenso, y luego una variedad infinita en los ejemplares. El que se llamó en vida Miguel Eyquem, señor de Montaigne, tuvo cuanto es común en el carácter a todos los hombres, desde el orígen del mundo. En cambio poseyó, como todos poseemos, rasgos físicos y morales que lo diferenciaron de cuantos nacieron antes y después de él, y que lo distinguirán, por consiguiente, de cuantos han de nacer todavía. Esta misma singularidad humana, tiene su libro. En la historia literaria no existe otro ejemplo tan extraordinario de identificación absoluta entre un autor y su obra. Montaigne y sus *Ensayos* son inseparables.

II

Montaigne, para Carlyle y para Emerson, fué por excelencia el tipo del escéptico. Esta observación no es rigurosamente exacta. Hay un matiz que aparta a Montaigne del escepticismo, en cuanto el

último tiene de dogmático y de absoluto. El escéptico niega que la verdad existe, y su negación es activa y enérgica. Montaigne, en cambio, ni afirma ni niega lo que su razón no puede explicarle. Su famoso "que sais-je?", equivale al célebre "agnosco" de Huxley en el siglo XIX. Montaigne fué, en realidad un "agnóstico" tres siglos antes de que Huxley inventara la palabra; pero no un "agnóstico" combatiente, como el ilustre campeón del darwinismo, sino con su tinte, entre melancólico y burlón, de indiferencia.

Recomendaba ampararse a la fe, por ser lo más cómodo, como juzgaba en política que el gobierno mejor era siempre el establecido. Esa fué la idea, con matiz más intenso, de Pascal, espíritu tan diferente al suyo por la ansiedad en resolver los problemas trascendentales, y la indignación contra los errores, amparados por la hipocresía y la injusticia. Si Montaigne consideraba la fe como la conducta mejor para el prudente, Pascal veía en ella la solución más útil y ventajosa para el alma en medio de la duda. Nada nos cuesta creer, ya que la creencia puede ser cierta, y no sabemos tampoco lo contrario. He ahí el gran argumento de Pascal contra los escépticos. Montaigne reconoce que el hombre se puede elevar, si Dios le ayuda con medios "extraordinarios" ("si Dieu lui prête extraordinairement la main"). En la misma manera de decirlo, se percibe un sabor velado de ironía. En cuanto a la posibilidad de esos medios, al llegar la hora del

análisis y de la prueba. Pascal ora y señala el milagro de "la santa espina." Montaigne se encoge de hombros. (1)

Más exactamente han juzgado a Montaigne los que lo consideran un egoísta. Estimaba su bienestar sobre todo, pero ni aun para conseguirlo había de darse grandes molestias. El mismo dice que en todas ocasiones sigue su gusto. "Sano o enfermo, me dejo de buena gana llevar por mis apetitos, que me empujan." Su temperamento, inclinado al ensueño y la comodidad, lo conducía indudablemente por ese camino, pero no poco hubo de contribuir la educación en esta nota conspicua de su carácter.

Su padre lo amaba tanto, que procuró desde su niñez apartarlo de las menores incomodidades. A los seis años sabía latín, porque era la única lengua en que le hablaba un maestro alemán, su compañero constante desde que dijo sus primeras palabras. De esta manera, la enseñanza, que para los demás era un martirio, resultó para él un entretenimiento. El griego lo aprendió también como una diversión. Para despertarlo por las mañanas, en vista de que era dormilón en demasía, y a la vez no asustarlo

---

(1) El 24 de marzo de 1856 fué una gran fecha en la vida de Pascal. Su sobrina Margarita Périer, "enferma de una fístula incurable en el ojo izquierdo, se curó instantáneamente tocando la "Santa Espina" de la corona de Nuestro Señor Jesucristo." Pascal, cuando supo este acontecimiento, se dedicó con doble fervor a sus ideas religiosas jansenistas, que fueron condenadas, como es sabido, por la Iglesia.

con súbitas llamadas, se tocaban tenuemente junto a su cama instrumentos de dulces sonidos.

Montaigne pagó este cariño de su padre con la veneración que tuvo siempre por su memoria. Conservó con exquisito cuidado los muebles de su uso, y todos sus recuerdos. Cuando montaba a caballo, se ponía la vieja capa del padre, y explicó esta costumbre diciendo: "no es por comodidad, sino por delicia, porque me parece que me envuelvo en él." Este agradecimiento—esta adoración filial—eran bien merecidos. Si aquel padre no hubiera pensado tanto en su dicha, tal vez no hubiera él podido más tarde seguir los impulsos de sus serenas y tranquilas aficiones. Su fortuna moderada, con la cual se conformó filosóficamente, atendiendo más a su conservación y seguridad que a su aumento, le permitió a los 87 años retirarse en su célebre castillo a escribir sus meditaciones, lejos de las turbulencias de Francia.

Buen padre fué el suyo. ¿Mas no le hizo mal, por otra parte, acostumbrándolo a un egoísmo sin límites? Sea como fuere, la posteridad debe agradecer al progenitor de Montaigne que formara su carácter del único modo posible para escribir los *Ensayos*. Montaigne fué un gran egoísta, duro, tal vez, para su mujer y su prole, delicioso para nosotros, que lo seguimos encantados en su libro, cuando se observa, cuando se cuida, cuando se retrata, cuando se adora.

Terminó su carrera bien joven, y habiendo na-

cido en 1533, ya en 1557, después de ser magistrado en Pèrigord, era consejero en el parlamento de Burdeos, uno de los puestos más altos de la carrera judicial en provincias. Tuvo sus desazones y se quejó de la injusticia de los gobernantes en materia de ascensos. Pero fueron estas nubes ligerísimas en su vida. También se jactaba humanamente de la gran nobleza de su familia, y ocultaba, sin duda con dolor, que su abuelo vendía pescado. Es posible que, por la misma causa, en vez de llamarse Eyquem, adoptara el nombre de su señorío.

Maldijo de los hugonotes, fué entusiasta partidario de los Guisas, protestó contra las nobles ideas de tolerancia del canciller l'Hopital; pero si a todo esto lo impulsaron en su juventud momentáneas ambiciones políticas, pronto prefirió su comodidad a la lucha. En el año de 1572, la noche terrible en que la trágica campana de la iglesia de Saint Germain l'Auxerrois, en París, convocaba a la matanza de San Bartolomé, y Catalina de Médicis y su hijo contemplaban desde una ventana del Louvre aquella serie de crímenes que han conmovido la historia, él leía tranquilamente a Séneca en la soledad apacible de su torre...

Adoptó luego el partido mejor, el de Enrique IV, pero en su soledad de Montaigne pudo huir de las tres cosas que más aborrecía en el mundo: "el mando, la obligación y la obediencia." Empapado en Séneca, se preparó a la muerte. "Me encontrará esa hora, a Dios gracias, en tal estado, que pueda

salir de este mundo cuando a él le plazca, sin lamentarme de cosa alguna. Deseo que la muerte me halle plantando mis coles.'' Mas esta actitud era meramente ''clásica'', hija del recuerdo de Diocleciano y del estoicismo del maestro de Nerón. Montaigne quería, como cualquier otro hombre, alejar su hora final. Publicó sus ''Ensayos'', y en seguida emprendió sus viajes por Alemania e Italia, con dos objetos: apartarse de la revuelta atmósfera política de su país, y buscar aguas minerales convenientes a su salud. Si detestaba la medicina, creía en la virtud de las aguas, en lo que fué, verdaderamente, un precursor práctico de la ciencia moderna.

Se encontraba en Roma en 1581, cuando le sorprendió la noticia de su nombramiento de Alcalde de Burdeos, cargo también desempeñado por su padre. Volvió con regocijo para ocupar tan honroso puesto. Un grabado de la época, que se conserva en la Biblioteca Nacional de París, nos lo presenta con su uniforme de alcalde, y el collar de la orden de San Miguel, satisfecho y sonriente. Sin embargo, al final de su segundo término, la peste desoló a Burdeos, y él, que teóricamente esperaba la muerte tan tranquilo, no se decidió a poner en práctica sus teorías, ni por deber siquiera. Permaneció en Libourne, abandonando a sus conciudadanos mientras duró la epidemia. No hubo modo de hacerlo volver, ni aun para presidir el cabildo de la elección de su sucesor. A las repetidas súplicas de sus compañeros contestó que llegaría hasta Feuillas, para

enterarse de la elección, pero siempre que la epidemia no hubiera llegado a ese punto. Y ¡jamás se molestó en contestar las críticas y acusaciones provocadas naturalmente por su conducta!

Su matrimonio data de 1565. Tuvo seis hijas, cinco de las cuales murieron casi en la cuna. En los *Ensayos* sólo menciona una vez a su mujer, de pasada. De sus hijas apenas se ocupa tampoco. Brunetière no cree que fuera malo con su familia, porque su mujer y la hija única que vivió, conservaron una tierna veneración por su memoria. Pero lo más probable es que amándose tanto a sí mismo, su afecto por ellas fuera insignificante. Un sentimiento generoso y profundo—el de la amistad—se esforzó en probar que existía en su alma. Pero su célebre disertación sobre este asunto, ha parecido siempre demasiado retórica.

Su amigo fué La Boetie, también literato y magistrado, a quien conoció en el parlamento de Burdeos y que murió cuando Montaigne tenía 29 años solamente. Fué ésta, por tanto, una amistad de la juventud, fugaz, y sin ocasiones serias para poner su temple a prueba. La Boetie murió en 1562. La descripción de su muerte—en la célebre carta que sirve de prefacio a sus obras—es una de las páginas más hermosas de Montaigne. Hizo a este documento, según su costumbre, grandes enmiendas y correcciones. La frase más conmovedora, la que en realidad ha inmortalizado modelo tan admirable de prosa francesa, donde dice que amó tanto a su

amigo "porque era él, porque era yo", no la introdujo en el manuscrito hasta 1568...

Montaigne no creía en la utilidad de los sacrificios humanos. En su carta al consejo de Burdeos, manifiesta que se halla dispuesto a sacrificar por sus conciudadanos "la vida y toda cosa", si eso pudiera producirles algún bien; pero ¿qué necesidad hay ni que bien puede reportarse aumentando el número de las víctimas? En otro pasaje célebre de los Ensayos dice: "es mi opinión que uno debe prestarse a los otros, pero sólo darse a sí mismo." Y lo hizo toda su vida. Más, sin embargo, que escéptico, y más que egoísta—aunque el egoísmo fuera la base de su conducta—llamaría yo a Montaigne el hombre feliz por excelencia.

Lo difícil en el mundo, para cada hombre, es la realización completa de sus ideales. Muy pocos se sienten en el puesto que ambicionaron, muy raros los que al final de la lucha se creen completamente satisfechos. Montaigne es el más notable entre estos raros. Su pasión más grande consistía en la meditación, en la lectura y el análisis sereno y complaciente de su propia alma. Para ello tuvo, además de su genio, la fortuna necesaria y la torre ideal donde encerrarse con sus libros, a escribir su libro.

Hasta él sólo llegaban del exterior aplausos y celebraciones para halagar su vanidad de literato y de artista. Experimentó el placer divino de sentirse estimado por los otros, y libre para hacer su

voluntad siempre. ¿Qué más puede desearse en la tierra? No fué ingrato, por cierto, con su sonriente destino y murió lleno de justo agradecimiento a Dios. Para él Dios es bueno, todo lo natural es agradable, y la obra maestra del hombre consiste en vivir con sensatez, aprovechándose de la bondad divina.

Hay que saber, dice, "gozar lealmente de sí mismo"; y como él lo supo, como él aprovechó cuanto la Providencia hubo de colocar en su sendero y pudo desviarse de las adversidades, aunque su existencia no fué muy larga—murió a los 59 años en 1582—tuvo la dicha inefable, el placer supremo y sobrehumano de escribir con absoluta sinceridad: "he hecho todo lo que he querido."

ERASMO
Y SU ELOGIO DE LA LOCURA

ERASMO

Y SU "ELOGIO DE LA LOCURA"

De las famosas prensas de Oxford ha salido una bonita reimpresión del "Elogio de la locura", tal como lo tradujo al inglés John Wilson en 1668. Contiene una introducción de la señora P. A. Allen, y al frente de la primera página una excelente fototipia del retrato de Erasmo, a la edad de cincuenta, por Quetin Matsys. (1)

Es tan conocido el retrato por Holbein, que se agradece al editor su preferencia por la obra de un artista menos ilustre, pero no menos exacto y minu-

---

(1) The praise of Folly, written by Erasmus 1509 and translated by John Wilson 1668. Edited with an introduction by Mrs. P. S. Allen. Oxford. At the Clarendon Press, 1913. El profesor Allen, también de Oxford, esposo de la distinguida escritora a que se refiere este artículo, ha publicado recientemente otra obra muy notable, "La época de Erasmo" (The age of Erasmus), y una edición no concluida aún, de las cartas del gran humorista. El señor Allen es la más alta autoridad en Europa sobre Erasmo y su tiempo.

cioso. En cambio, se siente la omisión de las ilustraciones del propio Holbein para este libro, aquellas regocijadas caricaturas tan llenas de agudeza y donaire como las mismas sátiras de Erasmo.

En su interesante estudio preliminar, la señora Allen se extraña de que el "Elogio de la locura", que alcanzó tanta boga en su tiempo y se tradujo a tantas lenguas romances, "no se vertiera al castellano hasta 1842", cuando en España y en los siglos XVI y XVII, las otras obras de Erasmo "fueron extraordinariamente leídas."

La extrañeza desaparece, sin embargo, al considerar que aquellas obras fueron, también, extraordinariamente impugnadas entre los españoles, y que si Erasmo tuvo en este país algunos amigos—Vives el más sabio entre ellos, y, tal vez, el más ardoroso—sus enemigos de España fueron los que con mayor ferocidad lo atacaron siempre, acusándolo, sobre todo, de complicidad con Lutero.

No eran, además, sus amigos, ni los más notables por su ortodoxia, ni los más influyentes con los poderes públicos. Basta recordar que fueron los Valdés, los Vergaras, y otras ilustres víctimas de la Inquisición. Las juntas de teólogos que en 1527 se reunieron en Valladolid para resolver sobre la heregía de Erasmo, no llegaron a ningún acuerdo. porque el Inquisidor mayor hubo de suspenderlas. De España, o de plumas españolas, salieron los mayores insultos que amargaron la existencia del gran humanista: los libros de López de Zúñiga, de San-

cho Carranza de Miranda, de Juan Maldonado, de Ginés de Sepúlveda y tantos otros. Algunos pocos defensores, como Fray Alonso de Virués, o Vives, contuviéronse en límites discretos y casi privados, que contrastaban con la virulencia de los críticos.

El débil apoyo papal, conseguido por Erasmo en el "breve" que lleva igual fecha que las juntas de Valladolid, prohibía sólo "la impugnación de sus obras escritas contra Lutero." Las demás,—la inmensa mayoría,—quedaron a merced de sus adversarios, y éstos no fueron remisos en aprovechar el derecho de censura. En una palabra, Erasmo era tenido en España casi por hereje y, según San Ignacio de Loyola, el más formidable de sus opositores, por hereje entero.

¿Cómo, pues, había de traducirse a lengua vulgar y publicarse con las necesarias autorizaciones el "Elogio de la locura", que por sus dardos contra la Iglesia, los monjes y hasta los príncipes—es decir contra los dos tremendos poderes de la época—sólo ha sido igualado, dos siglos más tarde, por la punzante pluma de Voltaire?

Del "Elogio" dice López de Zúñiga que era un libro "ore Diaboli dictato", y teniendo en cuenta que en España apenas existió el espíritu tolerante de la Iglesia en el pontificado de León y durante los primeros choques producidos por la Reforma, se comprende fácilmente cómo nadie corriera el riesgo de traducir al español obra tan peligrosa.

Hasta la versión de la primera mitad del siglo

XIX a que alude Mrs. Allen, casi es anónima (Elogio de la locura, traducido por A. G.—Barcelona, José Tauló, editor, 1842) lo cual puede indicar que aún entonces se temían, si no las antiguas persecuciones, la desaprobación de elementos importantísimos en la sociedad española.

En el libro de D. Adolfo Bonilla sobre "Luis Vives y la filosofía del Renacimiento", pueden verse, con inmensa riqueza de datos, la guerra implacable que se hacían los erasmistas en España en el siglo XVI, y los lamentos del propio Erasmo sobre la dura suerte de sus amigos.

Muy natural, después de todo. Como el señor Bonilla observa, Erasmo nada tenía de protestante, ni de partidario de Lutero, a quien enderezó durísimas censuras; pero lo mismo que su amigo Moro, veía con dolor la corrupción eclesiástica, y el absurdo dogmatismo de la época, tan contrario al amplio espíritu del Renacimiento representado por ambos en sus más altos ideales. En España no cabían tales matices del pensamiento, bajo el férreo dominio de la Inquisición. En España era imposible llamarse católico y lanzar contra el Papa, la Iglesia, el príncipe, los representantes de todas las clases de la sociedad, la confesión y sus abusos, la conducta de los frailes, el celibato eclesiástico, y hasta los propios textos bíblicos y canónicos, las terribles saetas del "Elogio de la locura."

Tomás Moro, en Inglaterra, pudo escribir la

"Utopia", inspirándose en un comunismo platónico y cristiano, y adelantándose a las más acres censuras que contra los errores e injusticias de los malos gobiernos y de las bases fundamentales de la sociedad, han formulado los campeones del socialismo y hasta del anarquismo en nuestro tiempo. Sin embargo, pudo también morir como uno de los mártires de la Iglesia católica, que le cuenta en el número de sus santos. Pero la cruel represión que Enrique VIII estableció después en sentido anglicano, hubo de adelantarse en España en el opuesto sentido católico, y ya cuando Moro y Erasmo escribían, como para descansar de más graves labores, los libros en apariencia ligeros, que han hecho inmortales sus nombres en la historia literaria, la mentalidad española se había encauzado por los estrechos caminos de una filosofía severamente ajustada al respeto de todas las ideas y todas las instituciones que el monarca y la Iglesia declaraban intangibles.

Los que osaban seguir pensando con la amplitud de los grandes humanistas del Renacimiento, y exponer sus ideas francamente, veíanse, como los hermanos Valdés, Cipriano de Valera, y los demás heterodoxos estudiados por Menéndez y Pelayo, en la necesidad de huir de su patria y acogerse a la Reforma. Quizás en otras circunstancias el "Elogio de la locura" habría sido puesto más de una vez en español, y cabe imaginar lo que sería trasladado a nuestro idioma de su latín elegantísimo, por la

pluma de un Juan de Valdés, el autor del "Diálogo de las lenguas."

La señora Allen expone el argumento de algunos libros, hoy olvidados, que tuvieron gran resonancia en aquellos tiempos, y pudieron proporcionar la primera idea del "Elogio de la locura." Mas aparte de diferencias esenciales en la composición, la idea de la sátira, como la misma señora observa, es original en absoluto.

Sabido es que el donoso librillo fué escrito en casa de Tomás Moro, uno de los mejores amigos y protectores de Erasmo en Inglaterra, a quien lo dedica, entre otras razones, "por hallarse tan cerca su nombre de la palabra "morioe" (locura) como lejos está Moro de lo que esa palabra significa."

No hace Erasmo, según podría creerse, el elogio de la locura en su significado de "enagenación mental", sino en el griego y latino de "moria" correspondiente a la voz inglesa "folly" y la francesa "folie", como nombre del tipo alegórico representado por la alegría, con un traje de cascabeles y un cetro en la mano.

Desde luego, esta "locura" es tan opuesta a la razón como la otra, la "avoia" de los griegos, que Erasmo representa en el cortejo de la primera, con el egoísmo, la adulación, el olvido, y otros personajes, pero su nota principal es el regocijo, el buen humor, la ligereza, la imprudencia, la burla, la falta de seso, en una palabra, en todas las acciones de la

vida. El libro en latín se titula "Encomium moriae."

La "locura" aparece sobre un tablado, y pronuncia un discurso que constituye la obra. Desde el gramático necio, el erudito pedante y el poeta sin meollo, hasta el adulador, el vanidoso, el chismoso, el avaro o el viejo verde que se casa con la jovenzuela, todos los tipos, en fin, que ponen de manifiesto la estulticia humana en la vida social, desfilan en la oración chispeante de la gárrula diosa.

Pero todos esos que carecen de reflexión y buen sentido, resultan, según Erasmo, los verdaderamente felices, y los sesudos y razonables, los verdaderamente desgraciados. La amistad se inspira en la locura, pues ningún hombre puede ser amigo de otro sin cegarse ante sus defectos, y esta misma ceguera hace imposible el matrimonio. La loca alegría humana, hace también a la sociedad intolerable y hasta satisfactoria. Por la locura se erigen ciudades, se mantienen imperios "y no hay camino, en fin, hacia la famosa sabiduría, no hay medio de llegar a esa que llaman fortaleza de la dicha, sino bajo el estandarte de la locura."

Las alusiones políticas son muy numerosas, y reyes, emperadores, papas y guerreros, reciben penetrantes dardos. Para dar una idea de la importancia política y social del libro—en el cual se combate entre otros dogmas el de la confesión,—copiaré únicamente lo que Erasmo dice del Papa:

"En cuanto a los Papas, que llenan el puesto de

Cristo, si procuraran imitar su vida, es decir, su pobreza, sus trabajos, su doctrina, su cruz y menosprecio del mundo, o si consideraran lo que realmente representa el nombre de Papa, que equivale a Padre o Santidad, ¿quién viviría más desconsolado que ellos? O ¿quién compraría esa silla con todas sus obligaciones? O ¿quién la defendería, así comprada, con espadas, venenos, y todas las fuerzas imaginables? De tanto provecho vendría a privarles el juicio...

"Mas ¿qué digo del juicio? El menor grano de esa sal de que Cristo habla, les haría perder tanta opulencia, tantos honores, tanto dinero, tantas victorias, tantos puestos, tantas dispensas, tantos tributos, tantos pendones, tantos caballos, tantos guardias, en suma, tantos placeres. En lugar de todo eso, tendrían vigilancia, ayuno, lágrimas, oraciones, sermones, buenas obras, suspiros y mil ejercicios igualmente desagradables.

"No es tal pérdida, sin embargo, la única. Tantos escribas, tantos empleados, tantos notarios, tantos abogados, tantos agentes, tantos secretarios, tantos caballerizos, tantos pajes, tantos banqueros, esa multitud de hombres que abruma—digo, que honra,—la Santa Sede, tendrían que mendigar el sustento.

"Inhumana, abominable cosa sería que los grandes Príncipes de la Iglesia, luces del Mundo, se vieran reducidos al báculo y al zurrón. Mientras que ahora, si algo existe que requiera su esfuerzo,

encomiendan éste a Pedro o a Pablo, que tienen tiempo de sobra; mas si se trata de honores o de placeres, entonces para sí los aceptan."

Con la misma implacable ironía continúa señalando todas las grandes virtudes que olvidan los pontífices y se burla de las excomuniones lanzadas contra los que tratan de privar al Papa de la recaudación de sus tributos y granjerías. Por último, en un elocuente párrafo, digno del humanitario espíritu de nuestro tiempo, censura a los Papas, por sus guerras y su participación en las sangrientas luchas políticas, opuestas al paternal espíritu del cristianismo.

"Y no les faltan"—concluye—"sabios aduladores que llaman a su palpable delirio, celo, piedad y valor, y descubren nuevas razones por las cuales un hombre puede matar a su hermano sin romper en lo más mínimo con esa caridad, que Cristo ordenaba a todo cristiano tener para los otros."

El "Elogio de la locura", obtuvo, sin embargo, excelente acogida del Papa León X, quien, según el mismo Erasmo refiere en una de sus cartas, reía a carcajadas de las ocurrencias del famoso humanista de Rotterdam. De la propia manera tuvo la obra un éxito extraordinario en todas las demás clases sociales, no menos fustigadas que el clero por el implacable satírico. Erasmo—hijo natural y pobre,—llegó a obtener, con sólo su pluma, la consideración más alta y la existencia más feliz posible en el siglo XVI.

Fray Alonso de Virués dijo, con razón, que era "conocido y favorecido de todos los príncipes de la cristiandad", por lo cual podía llamársele sin rebozo "el más insigne hombre de nuestro tiempo e aun de muchos pasados."

Hoy sus obras serias, sus ediciones de textos bíblicos y de padres de la Iglesia, sus trabajos de filología hebrea y griega, se conocen sólo entre los especialistas. Pero sus obras ligeras, sus cartas admirables, su "Elogio de la locura", continúan publicándose para todos. Su influencia sobre sus contemporáneos no tiene otra semejanza en la historia que la de Voltaire en el siglo XVIII, y entre los grandes escritores del Renacimiento en latín, es el único que sobrevive traducido a lenguas vulgares, con excepción, tal vez, de Moro por "La Utopía."

No es, por consiguiente, el fundamento de su fama, según dicen los manuales de literatura, su clásico lenguaje latino. Cuando se llega a su grandeza, ya el idioma no influye. Como Shakespeare o Cervantes, Erasmo pertenece al mundo, y en latín, o en cualquier otra lengua, su inmortalidad se debe a que pintó con exactitud el corazón humano, y señaló grandes injusticias y absurdos que no se han corregido todavía.

LA ROCHEFOUCAULD

LA ROCHEFOUCAULD

En París se ha celebrado el tercer centenario de La Rochefoucauld. Francisco VI, príncipe de Marcillac y duque, más tarde, de La Rochefoucauld, nació en diciembre de 1613. La fiesta ha sido muy sencilla. Se ha colocado una lápida en la casa del "moralista" famoso, calle de Bons Enfants, y se han pronunciado algunos discursos académicos. El homenaje demuestra la admiración y la gratitud de los franceses a uno de los maestros inmortales de su prosa; pero no puede revelar el entusiasmo que las máximas de La Rochefoucauld no inspiran en el alma humana. Decía él que "ni al sol ni a la muerte se les mira con fijeza." ¡Menos todavía aman los hombres enfrentarse con la verdad seca y desnuda!

La Rochefoucauld era bello, galante, favorito de las damas. En su juventud abrigó ambiciones políticas. Ana de Austria, sin embargo, no premió sus méritos y servicios como él pretendía, y la duquesa de Longueville, su amante, lo empujó a la venganza

y a la guerra de la Fronda. El desastre de los frondistas es bien conocido. En el combate del arrabal de San Antonio, el duque recibió un tiro de arcabuz en la cara y quedó horriblemente desfigurado. Desde entonces se retiró del mundo frívolo y brillante. ¿No sería para esconder la vergüenza de su derrota y de su fealdad? Según él dice, fué para gozar en el trato de íntimos amigos "uno de sus placeres mayores: la conversación de personas cultas."

Continuó la de Longueville siendo su amante, y el duque, por galantería, le escribió en un célebre dístico que para hacerse agradable a sus bellos ojos,

"J'ai fait la guerre aux rois, je l'aurais fait aux dieux."

Pero también puso en sus máximas aquella amarga sentencia, velado reproche, quizás, a su querida por el yerro y el infortunio de ambos. "Si hemos de juzgar del amor por la mayoría de sus efectos, más que a la amistad se parece al odio."

Su vejez fué larga y triste. Desengañado de los otros y de sí mismo, cayó en honda melancolía, y en tres o cuatro años apenas se le vió reir tres o cuatro veces. No "moralista", sino enemigo del corazón humano, deberíamos llamarle. En la historia literaria sólo existe otro ejemplo de un escritor para el cual los hombres no tienen cualidad alguna que los redima de su egoísmo sórdido y su repugnante orgullo. Swift descubrió en la humanidad todas las bajezas del simio y lloró de no ver en ella una sola de las virtudes del caballo. Pero su llanto se convir-

tió en maldición y en ira y se oscureció su noble inteligencia, cayendo en la noche de una locura incurable. Swift fué el tipo perfecto del "man hater", algo más que misántropo, aborrecedor de los hombres. ¡Y la posteridad, ciega ante la esencia de su sátira, encantada con el velo, y sin percibirla en su alcance terrible, ha destinado los "Viajes de Gulliver" a servir de recreo a los niños!

La Rochefoucauld no llegó hasta el odio. Swift era un pobre, uno de esos desgraciados que, así entre protestantes como entre católicos, se refugian sin vocación en la carrera sacerdotal para librarse de la miseria. La Rochefoucauld era un príncipe. Swift sufrió las humillaciones de la gente sin fortuna ante la poderosa, y sabiendo que estaba por su genio a muchos codos sobre los demás, sintió que lo miraban desde arriba. Cuando la reina Ana de Inglaterra se dignó fijar en él, fué con el desprecio de quien contempla un reptil. Pero La Rochefoucauld nació y vivió entre los grandes, y el nivel de los reyes y de la corte era el suyo. Ana de Austria, en su trono francés, lo combatió como enemigo, de igual a igual. Para vengarse de ella no tuvo, como Swift, que echar mano de la pluma y verter su rabiosa indignación en un cuento alegórico de enanos y gigantes. Príncipe y soldado, se irguió ante la ingratitud de la corona y esgrimió su espada. ¿Es posible que los desengaños del mundo y el espectáculo de las humanas bajezas no produjeran en los dos efectos diferentes? Swift, ante la maldad y la perfidia, se dejó

invadir de un rencor vesánico. La Rochefoucauld sorprendió los secretos de la hipocresía, las máscaras que cubren la vanidad y el orgullo, y con refinado placer de artista terminó su cuadro lleno de amor hacia su obra y de desdén a sus modelos. Así Velázquez, cuando pintaba a Pernia, o a Pablillos de Valladolid, o a don Antonio el inglés, o a don Sebastián de Morra, o al infeliz a quien llamaban por mote en el Palacio "don Juan de Austria", solazaríase en los detalles monstruosos y ridículos de aquellos bufones y enanos, a la vez que menospreciaba—caballero del hábito de Santiago—sus viles personas. Velázquez copió figuras. La Rochefoucauld analizó sentimientos.

El desdichado Swift hubo de terminar su vida, después de abatido por sus loqueros, en la ñoña indiferencia de la idiotez. Mas el viejo capitán de la Fronda llegó tranquilamente a los finales de su existencia, consultando sus máximas al círculo elegante de sus íntimos, a mujeres de talento (¡qué mujeres!, madame de Sablé, madame de Lafayette, madame de Sevigné, estrellas de la corte gloriosa de Luis XIV) y señalándoles con imperturbable frialdad cómo se pasean por la tierra los vicios envueltos en el ropaje de las virtudes...

Todos los otros grandes "moralistas" franceses han penetrado, cual La Rochefoucauld, en las profundidades de nuestras conciencias. Pero un rayo de luz y de piedad ilumina en sus páginas la revelación de los rincones más sombríos. Como Pascal

era un santo, con sus propios tormentos interiores nos describe un martirio horrendo. La Bruyére plácidamente sonríe ante nuestras flaquezas y las apunta para enmendarlas. Vauvenargues sufre con la humanidad. Hasta Chamfort, el cínico, muéstrase indulgente. La Rochefoucauld solo es implacable.

Gran pintor de los demás, supo también ver sus propias faltas. Su auto-retrato es una página admirable. "Soy poco piadoso"—dice—"y quisiera no serlo en absoluto. Esa es una pasión inútil dentro de las almas bien hechas." Adoradores de Nietzsche, ¿no véis aquí uno de los modelos de vuestro ídolo? Mas aquel duque, amigo y consultor de una Sevigné y de una Lafayette, no proclamaba a voces el exterminio de los débiles, porque la sangre y el fango podían manchar su vestido de seda y turbarlo en su digno reposo. No tenía piedad, pero tampoco saña, para los infelices. Mejor dicho, ignoró su existencia, y en su estudio anatómico del corazón, los corazones que hubo de colocar debajo de su luneta de aumento y del filo de su cuchilla, eran precisamente de los fuertes, de los grandes, de los hombres y mujeres de su rango, de los que podían ser orgullosos, y vanos, y soberbios y darse el lujo de realizar magnas acciones, en apariencia por generosidad, en el fondo por egoísmo.

Pero la hidalguía y la caridad no pueden separarse largo tiempo, y en La Rochefoucauld, al fin, el dulce espíritu de madame de Lafayette hizo brillar una penumbra de compasión cristiana. En sus "Me-

morias" sólo retocó la forma. En sus "Máximas", enmendó el estilo y atenuó la crudeza de sus asertos en las varias ediciones que se hicieron durante su vida, desde la de 1605 hasta la de 1678. Madame de Sevigné refiere también que vió un día las lágrimas en sus ojos. Cuando le refirieron cómo Saint- Hilaire, herido de muerte sobre el campo de batalla, al enterarse que ya Turena no existía, exclamó dirigiéndose a su hijo: "no es a mí, hijo mío, a quien se debe llorar, sino a ese gran hombre". La Rochefoucauld, el inconmovible, el discreído, el que negaba la sinceridad de todos los heroismos y todas las abnegaciones, comprendió el sublime desinterés del noble soldado.

Pronto se rehizo, es cierto, y recobró su glacial indiferencia; mas en tan breve instante rectificó su obra. La Rochefoucauld tuvo el defecto de no ver más que el lado repugnante de las almas. Si hubiera reconocido también, como Vauvenargues, las nobles y generosas emociones, la posteridad no le negaría hoy su entusiasmo. La verdad nos presenta un solo aspecto. La poesía suele ser más exacta que la filosofía y la moral, y ha pintado siempre la belleza del ángel caído; es decir, un destello celeste, conservado aun en medio de su infamia.

MADAME DE LAFAYETTE
Y
"LA PRINCESA DE CLEVES"

MADAME DE LAFAYETTE

Y

"LA PRINCESA DE CLEVES"

Es un regalo siempre del espíritu releer en la edad madura los autores que fueron nuestra delicia en la juventud. Descubre entonces en ellos la experiencia bellezas y defectos que nuestros cortos conocimientos de la vida y de los libros nos habían impedido observar. Y como las emociones cuando se repiten—sobre todo las artísticas—traen su cortejo de ideas asociadas, de recuerdos que parecían dormir eternamente en la conciencia, vuelven, también, a la memoria, con estas segundas lecturas, y casi con el mismo vigor de los hechos, los tiempos más felices, tal vez, de nuestra vida.

¡Con cuánto deleite he releído ahora "La princesa de Cléves", el libro en que comencé mis estudios, algo desordenados, de literatura clásica francesa! Acaba de reimprimirse en París, en un bello tomo

de la "Collection Gallia", dirigida por M. Charles Sarolea, y con una introducción erudita y discreta de madame Felix-Faure Goyau. ¿Qué novela de nuestros días es más interesante? ¿Cuál revela análisis más delicado de los sentimientos? En el año de su aparición—1678—madame de Sevigné escribió en una de sus célebres cartas a su primo Bussy-Rabutin, que "La princesa de Cléves" era "una de las cosas más encantadoras que podían leerse." Los géneros y los gustos se han sucedido; la técnica de los novelistas se ha complicado y refinado; románticos, clásicos, naturalistas y realistas han llenado el mundo con sus discusiones, y después de casi tres siglos y medio, la posteridad descubre el mismo encanto que descubrió madame de Lafayette. Sainte-Beuve la admiraba como una maravilla de estilo. Taine le ha dedicado uno de sus estudios mejores.

Representa este libro la brevísima época de gracia, refinamiento, hidalguía, cultura y buen gusto de una parte de la corte de Francia en los primeros años del reinado de Luis XIV. En los "salones"—en el de madame de Rambouillet, sobre todo, a cuyas últimas veladas asistió madame de Lafayette—, la pedantería y la exageración no habían suplantado aún a la verdadera elegancia y a la cultura intelectual y artística. Los hombres deseaban parecerse al tipo del "honnête home", pintado por el caballero de Méré, el Petronio de su tiempo. Las mujeres imitaban la virtud, la discreción y el talento de "Arthemise", que era la propia madame de Rambouillet.

Reinaban en ambos sexos la galantería sin afectación, la afición a las letras y a las artes, sin vanidad; las buenas costumbres, sin alardes de pureza. En los hombres predominaba el culto respetuoso a la mujer y la constancia en el amor. En las mujeres, el culto a la fidelidad. Montausier, aquel carácter noble y sin tacha que, según cuenta la tradición, sirvió a Moliere de modelo para el Alceste del "Misántropo", esperó trece años, sin faltar un día a sus juramentos, la mano de la bella Julie d'Angennes. ¿Quién puede extrañar que sociedad tan amable y virtuosa durara poco? Aun en el corto tiempo que duró, esa vida ejemplarísima hubo de limitarse a un círculo muy pequeño.

"Honnêteté"—honradez—usábase en uno de los sentidos que dió Cervantes a esta palabra en español, y se ha olvidado en los dos idiomas. ¡Muy opuesto, en verdad, al matiz que hubo de darle también Brantôme, cuando en el siglo XVI llamaba cínicamente "belles et honnêtes dames" a las heroínas de sus nada ejemplares anécdotas! "Hay algunos defectos"—escribía de Méré a la duquesa de Lesdiguiéres—"de los cuales me parece que un hombre honrado—"honnete homme"—debe carecer siempre." En seguida enumeraba la injusticia, la vanidad, la avaricia, la ingratitud, la bajeza, el mal gusto, el aspecto ordinario y grosero "que trascienda a burguesía, a provincia, a negocios." Luego observa que jamás debe decir cosas vulgares, equívocas, juegos de palabra estúpidos, "ni estimar en más

la fortuna que el mérito, ni alcanzar honras por medio de falsedades y cobardes adulaciones'', ni encanallarse, ni perder el tiempo, ni engañar, ''ni sufrir sin protesta la injusticia, ni olvidar la defensa de los débiles, ni ponerse del lado de los fuertes.'' Principalmente, concluía, ''ha de tener ese no sé qué de noble y exquisito, que eleva a un ''hombre honrado'' sobre otro ''hombre honrado.''

¿Podrían desear otro código de honor Amadis de Gaula o don Quijote de la Mancha? En castellano tenemos una palabra que conviene exactamente a la descripción del ''honnete homme'', hecha por de Méré: ''caballero.'' Un cumplido caballero y nada más, representa aquel cuadro admirable. Sainte-Beuve—quien compara a de Méré con Castiglione, el pintor del ''Cortesano''—no cree que poseyera él mismo todas esas virtudes. Pero los testimonios de su época concuerdan en que tuvo algunas en grado altísimo. Basta. ¿Quién puede exigir a nadie la perfección moral? Como él eran, frecuentemente, otros amigos de madame de Lafayette en los comienzos del reinado de Luis XIV. Por esta razón podemos comprender sin gran esfuerzo, que cuando la falsedad reemplazó a la elegancia, cuando predominó el mal gusto, cuando se extendió la corrupción de las costumbres, cuando se entronizaron las ''preciosas ridículas'' y los ''marqueses'' cargados de plumajes y abalorios, a los cuales iba a herir bien pronto la regocijada sátira de Molière, cuando, en una palabra, madame de Rambouillet cerró su ''salón'' y

abrió el suyo mademoiselle de Scuéry, se retirara madame de Lafayette casi por completo a su hogar a escribir su gran novela.

Vivía en una casita de la calle de Vaurigard, con jardín y gabinete de estudio. Salía muy poco, lo imprescindible para que no se la olvidara en la corte. Casada a los veintitrés años con el conde de Lafayette, separada en paz de su esposo, con quien tuvo dos hijos, y que prefería vivir en sus tierras de Auvernia, pasó una existencia tranquila, quizás algo misteriosa, consagrada a la amistad y al estudio. El conde de Haussonville ha escrito su biografía en un curioso volumen. Visitábala el gran Condé. También algunos literatos, cuyos nombres vivirán tanto como la lengua francesa. Todos ellos mostraban un gusto especial por su conversación. Su amiga íntima era madame de Sevigné. Su tertuliano más asíduo, su consultor y confidente, La Rochefoucauld. Uno de sus más fieles, Lafontaine. Otros eran Ménage, Segrais, Huet y algunos "dioses menores" de aquel famoso siglo que tuvo más tarde por historiador a Voltaire.

Cuando salió "La princesa de Cléves", el maligno Bussy hubo de escribir a su prima que la novela era de dos autores, "escrita" por madame de Lafayette y "corregida" por La Rochefoucauld. Esta creencia corrió por muy válida entonces, y hubo de robustecerla que el libro apareciera primero anónimo, y la misma madame de Lafayette negara por algún tiempo haber tenido parte en su

composición. Pero cuantos hayan leído y comprendido a La Rochefoucauld, saben bien que en "La princesa de Cléves" hay muy poco de su alma.

El argumento de la novela es sencillísimo. La acción ocurre en el reinado de Enrique II, aunque claramente se percibe que los personajes son contemporáneos de la obra. La señorita de Chartres, de incomparable belleza, y educada en ideas de virtud por una madre religiosa y prudente, elige por esposo, en obediencia a esa misma madre, al príncipe de Cléves, por el cual siente gran amistad y respeto, pero no amor. Después de casada, conoce en un baile del Louvre al duque de Nemours, y surge entre ambos una pasión fulgurante. Pero la princesa de Cléves, celosa ante todo de su honra, no da el menor motivo para que Nemours comprenda sus sentimientos, ni le declare los suyos.

La mirada sagaz de madame de Chartres descubre, sin embargo, el tormento íntimo de su hija. Por desgracia, enferma gravemente; mas antes de morir, exhorta a la princesa para que nunca falte a sus deberes conyugales. Madame de Cléves resuelve sacrificar su pasión. Nemours, en cambio, abandona sus queridas numerosas, abandona hasta un proyecto patrocinado por el rey, de matrimonio con Isabel de Inglaterra, y vive sólo para pensar en la princesa y seguirla como su sombra. Hay varios incidentes descritos con arte supremo, donde el azar hace que estos desdichados amantes se vean, se hablen, a pesar de los esfuerzos de ella por evitarlo,

y adivinen su mutua desesperación. Ella, al fin, busca refugio en una posesión de campo de su marido, apartada de París. Pero allí también la sigue el duque ocultamente.

Desesperada y en lucha heroica contra sus propios sentimientos, la princesa, en un noble arranque de lealtad, confiesa a su marido el misterio de su alma, aunque sin revelarle el nombre de Nemours. El príncipe de Cléves es una gran figura, noble, justo, un "honnête homme". Reconoce la grandeza del acto y del sacrificio. Pero, a la vez, el amor que él ha sentido y siente por su mujer—y que el matrimonio, lejos de amenguar ha exaltado —es también profundo y violento. Confía en el honor de su esposa, pero su corazón se desgarra. ¿No es humano que los celos le hagan vacilar en su fe? Espía, descubre que Nemours es el hombre a quien la princesa ama, y cuando llega a creer por informes erróneos cuya falsedad comprende demasiado tarde, que su mujer le ha faltado, cae enfermo y muere de dolor en pocos días.

Ella entonces se acusa de haber causado esta muerte. Piensa que su fortaleza no fué bastante. Pasado el luto, cuando Nemours solicita su mano, le dice por primera vez la verdad, le dice que lo ha amado y lo ama, pero al propio tiempo que entre los dos existe una muralla impenetrable: el recuerdo de madame de Chartres y del príncipe de Cléves. Ningún ruego, ninguna desesperación de su amante, ninguna súplica, logran hacerla retroceder

una línea. Rehusa ver otra vez a Nemours; se aparta para siempre de la sociedad y del mundo, y deja, tras una breve vida, el recuerdo de su rectitud y de sus virtudes.

¿Quién puede ver en esta sencilla historia de un conflicto del alma, la pluma escéptica y mordaz de La Rochefoucauld? Tal vez aprobó, aumentó con algún hábil consejo, las bellezas del estilo elegante, natural, lleno de precisión y artístico abandono. Pero el hombre para quien la virtud es el amor propio disfrazado, no pudo crear aquellos personajes sin doblez, aquellos buenos corazones llenos de sinceridad y que sufren por ello, precisamente, los mayores martirios. Antes al contrario, la dulce influencia de madame de Lafayette sobre las "máximas" de La Rochefoucauld—suavizadas tanto en las últimas ediciones del autor con los "casi", "a menudo", "a veces" y otras palabras que modifican las agrias y absolutas afirmaciones de la primera de 1665—fué el resultado de aquella íntima y célebre amistad literaria.

La señora Félix-Faure Goyau observa también muy acertadamente, para demostrar hasta qué punto madame de Lafayette no necesitaba de un colaborador para escribir con emoción y elegancia insuperables, que después de la muerte del duque —uno de los amargos dolores de los finales de su vida—produjo ella su historia, no terminada, de "Madame Henriette"—la "Madame" que inspiró la gran oración fúnebre de Bossuet. Hay en este

fragmento páginas dignas de Bossuet mismo, por la majestad sublime; páginas inmortales, de inspirada elocuencia y de cristiana filosofía.

"La princesa de Cléves"—como "La princesa de Montpensier", publicada cual obra de Segrais en 1662, y "La condesa de Tende", de la misma autora, incluídas en este volumen—es una novela de la extensión a lo sumo de "La Gitanilla" o de un cuento de Bandello. Compáresela con los diez ponderosos volúmenes de la "Clelia", de madame de Scudéry, y se verá que inaugura una época. Aunque de carácter histórico, y aunque los personajes sean grandes damas y señoras de una corte pomposa y refinada, todo en ella es natural, todo observado. Que madame de Lafayette se pintó en la heroina, es un hecho admitido por la generalidad de los críticos. Ni físicamente fué muy grande en ello su vanidad, si se juzga por su retrato, probablemente de Le Brun, y por la estampa de la "Biblioteca Nacional" de París. Que los demás personajes fueron también de su propio tiempo, ¿quién puede negarlo? ¡Cuánta sutil observación de los sentimientos más íntimos! ¡Cuánto análisis portentoso de una pasión contrariada y avasalladora! Por estas cualidades supremas—tan apartadas de la "preciosidad" y el culteranismo—"La princesa de Cléves" figura en un puesto de honor entre los clásicos universales, y fué la primera gran novela psicológica escrita en el mundo.

Su influencia es extraordinaria en la literatura

europea. De su heroina tienen mucho—si bien abultadas y afeadas con los ropajes del romanticismo—las de madame de Stael. Su noble, arrogante y leal franqueza, es en el fondo la de Corina, aunque sus acciones sean tan diferentes. Pero madame de Stael, al pintar mujeres que sufren, como sufrió madame de Cléves, toma un partido y defiende lo que llamaron los románticos "el derecho a la pasión." Madame de Lafayette sólo observa y describe. Hay también en Bourget conflictos iguales del alma femenina, sin que pueda su arte minucioso superar al de su gran predecesora del siglo XVII.

En otra de las novelas más emocionantes del siglo XIX, "Ana Karenine", puede verse la misma lucha trágica entre el deber y el amor en una mujer franca y leal, de rectas ideas e inclinación a la virtud. Mucho se parecen, a veces, las dos infelices víctimas de sus propias conciencias atormentadas. ¡Cuán dignas en el acto de la confesión, la una para retar al mundo, la otra para resignarse! Pero en el libro de madame de Lafayette, el drama se desarrolla de una manera triste, que a la vez seduce y admira. En el libro de Tolstoi nos hallamos frente a frente a una de las más intensas tragedias concebidas por la fantasía humana. La princesa de Cléves sale victoriosa de la prueba tremenda y mantiene la supremacía del deber. Ana Karenine cae, y parece como si se desplomara un mundo.

LA DU-BARRY

LA DU-BARRY

El marqués de Segur, en una de las interesantes "Siluetas históricas" que ha publicado recientemente en un volumen, trata de vindicar la memoria de Madame Du-Barry. (1)

En nuestra época se han repetido las horribles acusaciones que hicieron sus contemporáneos a esta última y famosa favorita de Luis XV, blanco de libelos inmundos en los mismos años de su poderío formidable, perseguida en su destierro, después de la muerte del rey, por los dardos de la maledicencia y ejecutada, por último, en la guillotina, uno de los días más terribles del 93.

Naturalmente, durante el reinado de Luis XVI, y en los tiempos de la revolución, el nombre de Madame Du-Barry fué como el símbolo de todas las corrupciones y vilezas que los revolucionarios atribuyeron a la monarquía. Pero ¿mereció ella tanta odiosidad? ¿Tuvo algún fundamento su horrible

---

(1) "Silhouettes historiques", par le Marquis de Ségur. París, 1912.

sentencia? ¿Merece que se vuelva hoy a manchar su memoria?

Luis XIV y Luis XV elevaron a sus queridas a los más altos rangos y privilegios; pero aunque la Maintenon llegó hasta a casarse con "el rey sol", y la Pompadour—antecesora de la defendida por el marqués de Segur—tuvo un origen harto humilde, ninguna de estas ascensiones produjo el escándalo de la presentación en la corte, el engrandecimiento y la influencia de la Du-Barry, después de haber comenzado su vida de aventuras—según las crónicas de sus enemigos—en los más conocidos lupanares de la capital francesa.

Verdad que esta célebre mujer fué, entre todas las queridas de los reyes de Francia, la que más directamente intervino en la política, cuando ya comenzaba la lucha de la nación contra el trono. El decreto de Luis XV, en 1770, ordenando la disolución y el destierro del Parlamento—el más alto tribunal del reino entonces, pero también la única voz opuesta al despótico y caprichoso gobierno del monarca—; la caída y el destierro, en diciembre del mismo año, del duque de Choiseul y los amigos de este ministro, y otros actos semejantes que tendieron a robustecer el poder real contra sus primeros adversarios, se atribuyeron a la Du-Barry por la gente de la corte y del pueblo, que consideraban al rey incapaz, por sí solo, de ningún rasgo de energía.

Si la Du-Barry hizo todo esto con gran sagacidad política—como quiere el marqués de Ségur—y con-

vencida de que sólo con mano de hierro podía detenerse la revolución, como, al fin, se detuvo en tiempos de Luis XV, o si únicamente la movieron pequeñas pasiones e intrigas, cosa es bien difícil ahora de poner absolutamente en claro. Lo que no cabe negar es que sus enemigos aumentaron por esas causas, y ya sea por el tiempo que le tocó en suerte para hacer su papel en la corte, ya por su propia conducta, hubo de atraerse muchas de las antipatías y gran parte de la impopularidad del rey y de la corona.

"Se ha hablado mucho en el público"—dicen a 22 de octubre de 1771 las famosas "Memorias secretas de Bachaumont", donde se recogen todas las murmuraciones de la Corte—"del retrato de cuerpo entero de Carlos I, rey de Inglaterra, por Van Dyck, comprado hace algunos meses en 20 mil libras por la señora condesa Du-Barry. Esta dama lo ha colocado en sus habitaciones, junto al del rey, y según parece no sin intención. Asegúrase que cada vez que su majestad, volviendo a su carácter naturalmente bondadoso, se cansa de la cólera y se inclina a la clemencia, ella le recuerda al infortunado monarca inglés, y le sugiere que sus parlamentos hubieran también llegado a un crimen de esa especie..." "Por absurda, por atroz que la acusación sea"—añade Bachaumont—"renueva la ira del príncipe, y al pie de ese cuadro se fulminan los rayos destructores que van a herir la magistratura y pulverizarla hasta en los más apartados rincones del reino."

Tampoco es posible poner en duda que, envalen-

tonados por el odio que la favorita inspiraba, los libelistas, quienes ya desde entonces torcían sistemáticamente los nobles fines de la prensa, para vivir de la injuria y la calumnia, convirtieron a la Du-Barry en su víctima más explotable, y la expusieron, después, a las iras del populacho ávido de sangre y venganza.

Uno de esos libelistas—en la época del apogeo de la Du-Barry—fué el célebre Thevenot de Morande, quien se firmaba pomposamente "Le chevalier de Morande." Después de haber sido encarcelado en París y de recibir la consiguiente paliza policiaca, se refugió en Londres, estableciendo en esta capital su centro de operaciones.

Morande publicó un libro indecente titulado "Le Gazetier cuirassé." Intentó sacar dinero a Voltaire con otro libelo; pero Voltaire, en vez de contestarle, publicó su carta. Este rasgo ocurrente, puso a Morande en ridículo. El conde de Lauraguais, cortesano que llevaba amores con la célebre cantante de ópera Sophie Arnould, recibió otra carta semejante del mismo autor. El fogoso aristócrata no quiso, como Voltaire, descender al terreno de la prensa. Pasó el estrecho, buscó a Morande en Londres y lo molió a palos. En seguida lo demandó ante los tribunales ingleses y franceses, obteniendo que fuera condenado a una multa, al secuestro de sus papeles y a retractarse públicamente.

Morande no se desanimó por tales fracasos y, cambiando de rumbo, escribió a la Du-Barry una epístola, que quizás sea el documento más cínico e ingenioso salido de la pluma de un libelista. Después de anunciarle que le escribe desde un país en el cual los hombres "no han renunciado a la facultad de pensar", se confiesa autor del "Gacetero acorazado" y de otra obra, próxima a imprimirse, titulada "Memorias secretas de una mujer pública" o "Ensayos sobre las aventuras de la señora condesa de Du-Barry, desde su cuna hasta el lecho de honor."

"Imagino, señora"—añade—"que aún cuando yo no hubiera agregado el segundo título, os hubiérais reconocido fácilmente en el primero. De todos modos, he creído conveniente notificaros mi proyecto antes de ejecutarlo, porque habiendo demostrado en varias ocasiones un gusto decidido por las artes y las ciencias, sería posible que deseárais poseer sola un manuscrito que he tratado de hacer interesante, y para vos sería precioso. Este capricho os costaría nada más que 50 mil libras. Quizás el precio os parezca elevado, pero es muy módico. No podréis imaginar, señora, todos los gastos que me ha sido preciso hacer para procurar los materiales de mi obra. Las últimas anécdotas de vuestra vida, sobre todo, me han costado mucho. He tenido que pagar a precio de oro los detalles de vuestros entretenimientos con Su Majestad Muy Cristiana, y de la habilidad

con que habéis sabido indemnizaros luego del monarca con vuestro buen amigo el duque de Aiguillon y con el pequeño Zamora (*)".

Por último, dice que si no quisiera comprar el original, se publicará la obra bajo sus auspicios, "seguro de su favorable acogida en el público al cual habéis pertenecido, señora. Creo merecer de vos, al menos, esta última gracia, en vista de mi deseo de haceros inmortal y de la escrupulosa atención con que me he ceñido a la verdad más exacta."

La Du-Barry se impresionó profundamente; y esta actitud no demuestra que fuera cínica, ni mala. De ser ciertas tantas calumnias, hubiera tratado de ocultar el hecho al rey, mas, lejos de tal cosa, se quejó a Luis XV y le enseñó la carta. Luis XV, indignado, pidió al gobierno inglés la extradición de Morande por medio del embajador de Francia en Londres. El gobierno inglés negó la petición, pero hizo saber se-

(*) He suavizado las últimas frases del texto francés, traduciéndolas de la curiosa obra de **Pierre Pié: Les Heures libres**, colección de anécdotas y curiosidades históricas "ad usum medio!" (París, 1910, 2ª serie). De la misma obra he tomado el párrafo anterior de las "Memorias secretas" de Bachaumont. Zamora era un negrito que tenía la Du-Barry, y llevaba a todas partes para su diversión y la de sus amigos, incluso Luis XV, a quien mucho entretenían sus ocurrencias y donaires. Andando el tiempo, la figura de Zamora tomó un carácter trágico. A su vuelta de Inglaterra, en 1792, la Du-Barry tuvo que echarlo por sus ideas y acciones revolucionarias, y el negro fué uno de los individuos de la partida de asesinos y ladrones que, en el último año mencionado, mataron al duque de Brissac en Louceviennes y echaron su cabeza, por una ventana, a la alcoba de la Du-Barry. La cabeza ensangrentada cayó a los pies de la examante de Luis XV.

cretamente al monarca que "cerraría los ojos" si a Morande se le secuestraba sin escándalo.

Una brigada de agentes de policía partió para Londres a cumplir esta misión, pero ya, entonces, las órdenes de un rey de Francia, en un caso como éste, no tenían celosos cumplidores. Morande recibió el soplo a tiempo, y no se dejó pescar. Al contrario, a cada uno de los agentes cogió algunos luises en calidad de préstamo, y el día que le echaron el guante armó un escándalo. El populacho inglés se amotinó contra los franceses "invasores del territorio y violadores de las leyes inglesas de asilo", y milagrosamente escaparon los policías de ser arrojados al Támesis.

Hubo que transigir. Beaumarchais recibió la comisión de entenderse con Morande, y, después de pasarle mucho la mano, gastándose en entretenerlo mil luises, le compró el manuscrito por 20,000 libras al contado y una renta vitalicia anual de 4,000. Esta fué una de las primeras ocasiones en que el autor de "El Barbero de Sevilla" y "El Matrimonio de Fígaro", demostró sus aptitudes para la "diplomacia" y los "negocios."

La obra de Morande se ha perdido, porque la Du-Barry, sin duda, la quemaría. Pero quedan—entre otras—las "Anécdotas sobre la señora Condesa de Du-Barry", de Pidansat de Mairobert, libelista no menos temible, que en 1779 acabó ahorcándose, porque ya, probablemente, el oficio no sería de gran provecho. Aunque para algunos estas "anécdotas"

están escritas "con agua de rosas", en comparación de lo que debió ser el libro de Morande, es difícil hallar nada más insultante, ni, probablemente, más calumnioso.

Temerario sería pintar a la Du-Barry como una santa. Pero sus defectos peores eran los de su época, y en su vida se ve la mano fatal del destino que borra ante la historia tantas responsabilidades. Víctima fué de la envidia rastrera y de las pasiones más repugnantes de una multitud brutal y canalla. Aunque hay una distancia enorme entre ella y otras mártires de la revolución—la princesa de Lamballe, por ejemplo, y la misma María Antonieta—, los pecados de su existencia como favorita de un rey imbécil y crapuloso, más deben ponerse a cargo de la memoria de Luis XV que de la suya, y nunca podrán justificar ni sus crueles tormentos ni su horrible suplicio.

DIDEROT

DIDEROT

Octubre 5, 1913.

Diderot vino al mundo hace hoy doscientos años; fué el alma y el verdadero jefe del partido de los "filósofos" en Francia, en el siglo XVIII, de los filósofos precursores y preparadores de la terrible Revolución, y debió el relativo bienestar de sus últimos días (recompensa muy bien ganada a su larga existencia de privaciones y trabajos) a la generosidad de su protectora la emperatriz de Rusia Catalina II llamada "la grande."

A esta ilustre czarina Brantome la hubiera calificado de "belle et honnète dame", como hacía con las protagonistas de sus cuentos escandalosos. Diderot, —¡ejemplo raro!—no hubo de mostrar ingratitud con la que le dió dinero y lo sacó de la miseria y no ha referido de ella sino cosas laudables. Pero otros muchos han contado a la posteridad su vida nada santa. Mandó asesinar a su esposo el czar Pedro III para sucederle en el trono y luego se libró bonita-

mente de sus cómplices por el mismo sistema expeditivo. Fué en sus costumbres privadas una mesalina. Se rodeó de ministros corrompidos y cobardes, que explotaron indignamente a su pueblo. Fué como gobernante caprichosa, cruel y sanguinaria. ¿A qué se debe, pues, su "grandeza"? A que sus ejércitos ganaron victorias y extendieron sus territorios, y a que protegió a unos cuantos artistas y sabios, entre ellos el propio Denis Diderot.

La gran Catalina podía permitirse el lujo de compartir las ideas de un escritor según el cual Dios "es innecesario para explicarse el universo." "Todo es un flujo y reflujo constante", decía Diderot en uno de sus célebres ensayos, exponiendo el materialismo panteísta de los "filósofos" en "El sueño de d'Alambert." "Todo animal es más o menos hombre, todo mineral es más o menos planta, toda planta es más o menos animal. No hay más que un solo individuo; el todo. Nacer, vivir y desaparecer, no es otra cosa que cambiar de forma." "El aire, el agua, la tierra, el fuego, todo es bueno en la naturaleza", escribía en otro de sus rápidos bocetos semi-literarios y semi-metafísicos. "Debemos acusar a los miserables convencionalismos que pervierten al hombre, y no a la naturaleza humana". Por consiguiente, "no existen ni el vicio, ni la virtud, nada que merezca recompensa ni castigo."

Aunque por estas y otras afirmaciones semejantes, expuestas al correr de la pluma en sus obras ligeras

y apasionadas, Diderot haya sido considerado, y muy justamente a veces, como un precursor de la filosofía del siglo XIX, de la doctrina de la evolución, del darwinismo y del positivismo spenceriano, a primera vista parece asombroso que lo admirara y honrara a tal extremo una emperatriz de Rusia. Pero bien examinado el punto, no envolvía ningún peligro para ella. Las ideas que en Francia minaban el trono de los reyes y destruían en el pueblo la fe religiosa y la creencia en el origen divino de la monarquía, era imposible que hicieran el menor efecto en las masas ignorantes y fanáticas del pueblo bajo en Rusia, incapaces de entenderlas, ni de pensar, ni tampoco en los escépticos cortesanos de arriba a quienes ninguna predicación hubiera sacado de su degradante servilismo.

La moral de Diderot convenía admirablemente a Catalina para su uso privado. Tanto el autor de la "Enciclopedia" como su amigo Rousseau, pregonaban que todos los instintos naturales son buenos y el hombre debe seguir sus instintos. Ella, ¿no seguía los suyos? En cuanto a la aplicación de terribles castigos contra los que sospechaba de poco fieles a su gobierno, también Diderot le ofrecía una solución admirable. "¿Qué distingue a unos hombres de otros"? A esta pregunta el filósofo contestaba: "la benevolencia y la malignidad. La benevolencia es una fortuna que el hombre posee, no una virtud. Al hombre malévolo no se le debe castigar, sino destruir." La gran Catalina destruía en Rusia, por

consiguiente, a cuantos, en su opinión, eran malévolos...

Diderot no era un tipo austero, un Catón o un Bruto. Su nombre no puede servir de bandera para defender el ideal republicano y combatir la tiranía. Sufrió la persecución de la justicia por sus ideas—su "Carta sobre los ciegos para uso de los que ven", publicada en 1749, le valió ser encerrado en la Bastilla algún tiempo—y vivió muchos años, pobre y honradamente, del trabajo de su pluma a sueldo de los editores. Pero, a la vez, era hombre que sabía plegarse a las circunstancias y procurar sus fines por medios indirectos.

Su famoso artículo "enciclopedia", en la misma "Enciclopedia",—de la cual hubo de retirarse d'Alembert convencido de que nunca la obra sería terminada por la guerra feroz que le hacían los jesuítas—es una prueba elocuente de la habilidad y astucia prácticas de Diderot. "Cada vez, por ejemplo, que un prejuicio nacional merezca respetarse" —escribía para enseñanza de los futuros autores de libros parecidos—"es preciso presentarlo, en el artículo correspondiente, con todo respeto, verosimilitud y seducción; pero derribar el edificio de fango, destruir el vano montón de polvo, refiriendo a los lectores a los artículos en los cuales ideas sólidas y justas sirvan de base a las verdades opuestas."

Con este doble juego y su tenacidad indomable, terminó, sin el auxilio d'Alembert, tan importante en los principios, los diez y siete volúmenes de texto

y dos ilustraciones que completaron la primera edición de la "Enciclopedia." Mantuvo unidos a sus ilustres colaboradores—desde Voltaire hasta Turgot—, y logró la protección decidida de la Pompadour y de Malherbes, quienes lo libraron de muchos golpes después de los conocidos incidentes que motivaron la retirada de su ilustre compañero.

El filósofo que no desdeñó solicitar la protección de una querida del rey, bien pudo sentirse honrado y agradecido por la de una emperatriz. Diderot no era un puritano a quien importaran mucho las formas de gobierno. Lo mismo en su conducta que en sus ideas se adelantó a su época, y combatiendo la tiranía política y religiosa, supo aprovecharse de los tiranos que le pudieran favorecer. Tal hacen ahora los políticos de profesión, que parecen redactores de enciclopedias en eso de tener un lenguaje diferente para cada artículo, o sea una manera de hablar para el pueblo y otra para los gobernantes.

Hará unos veinte años predominaba la tendencia entre los críticos franceses de considerar a Diderot superior a Voltaire. Fundábanse en sus famosas "anticipaciones", en que hay en sus obras algo así como bellos presentimientos de la doctrina de Lamark y Darwin. Yo no creo que esta opinión prevalezca al cabo, aunque se haya dicho por algunos que Diderot con respecto a Voltaire fué como Cervantes con respecto a Lope de Vega, es decir, un genio universal y humano, y el otro solo una gran figura de su tiempo.

Diderot, era un improvisador admirable, es cierto, pero con todas las desventajas de los improvisadores. No dejó ninguna obra definitiva. La misma "Enciclopedia",—donde escribió artículos notables y en la que fué el verdadero espíritu director—es un libro de su época y una curiosidad histórica. Sus escritos de polémica—"De la suficiencia de la religión natural", la "Carta sobre los ciegos", el "Suplemento al viaje de Bouganville", el "Ensayo sobre los reinos de Claudio y Nerón", etc.—son notables por esos párrafos aislados, por esas frases atrevidas y precursoras, pero ninguno por sí solo, basta para fundar su fama. Sus novelas, con excepción de "La Religiosa" y "Las alhajas indiscretas", por sus detalles pornográficos ¿qué lectores tienen en nuestros días? "El sobrino de Rameau" y "Santiago el fatalista", se caerían de las manos si no fuera por algunos rasgos satíricos y crueles.

Es cierto que creó un género dramático—la comedia burguesa y sentimental, sacando el teatro de la rutina pomposa de las antiguas tragedias—pero ¿quién lee, ni dónde se representan hoy "El hijo natural" ni "El padre de familia"? En sus críticas teatrales, estableció con mucha habilidad sus nuevas teorías, pero también pertenecen a la historia. No es posible—juzgando a los dos imparcialmente—colocarlo por encima de Voltaire, que tendrá lectores mientras haya hombres en la tierra. Ni aún en el género breve y lijero, con el cual ambos alternaron sus trabajos más profundos, la pluma de Diderot ha

dejado una obra tan maestra de ironía, de malicia, de observación y de gracia como "Cándido."

Diderot se ha salvado como estilista y tendrá eternamente un puesto de honor en la historia del arte, por sus críticas de pintura. Al contribuir con sus artículos sobre los "salones" a la "Correspondencia literaria" de Grimm, no sólo inició un nuevo sistema de juzgar las producciones artísticas, sino dejó páginas inmortales por la elevación y el sentimiento. El pintor Greuze le debe mucho de su renombre. Diderot no era un técnico ni un perito, capaz de distinguir y descubrir en los cuadros la mano de sus autores, sin necesidad de verlos firmados. .Esta habilidad estaba reservada para Morelli en el último tercio del siglo XIX. Su crítica era, principalmente, estética e impresionista. Mas nadie puede negarle que tuvo una influencia extraordinaria y beneficiosa en dirigir el gusto del pueblo francés por excelentes caminos y en señalar a los pintores sus únicas y verdaderas fuentes, sus mejores modelos: la naturaleza y la vida. Él mismo como escritor, supo llegar a lo sublime cuando se despojaba de los falsos ropajes del sentimentalismo de su tiempo, y dejaba correr la pluma inspirándose en la contemplación y el estudio de la realidad. Su fama, en este sentido, sí es muy merecida. Fué, sin duda, el primero—¿quién ha de negarlo?—de los grandes naturalistas de la época moderna.

¡Lástima que degradara su genio y arrastrara sus nobles facultades creadoras, dedicándose a la compo-

sición de novelas inmundas! Confieso que algunas páginas de "La Religiosa" y todo el librillo de "Las alhajas indiscretas", me han predispuesto siempre en su contra. Se pueden perdonar a Voltaire, dentro de la burla y la ironía, los rasgos cómicos y más o menos limpios de sus novelas. No se pueden leer sin asco las nauseabundas descripciones, las obscenidades sin fin, las complacencias en el libertinaje, de Diderot y de Mirabeau, el cínico, el sucio, el pestilente autor de "La cortina corrida" a quien no puede limpiar de su infamia toda la elocuencia de sus discursos políticos. Entre la novela erótica, como obra artística—la de Longo, por ejemplo—y el libro pornográfico, media enorme distancia. El arte es indiferente a la moral, pero no a la limpieza. Lo sucio y asqueroso ¿puede jamás ser bello?

La atracción sexual y el amor, principalmente en la juventud, son manifestaciones naturales, leyes de la vida, a las que no pueden ni deben sustraerse los hombres. Pero una imaginación libidinosa es siempre el producto de un cerebro enfermo. La evocación de ideas lúbricas y de imágenes sensuales representa en el joven un anuncio melancólico de vejez anticipada. En el viejo es síntoma terrible de imbecilidad o locura...



LAURENCE STERNE

LAURENCE STERNE

Noviembre 24, 1913.

Hace hoy doscientos años que en una pequeña ciudad del sur de Irlanda, en Clonmel, vino al mundo el peregrino ingenio que se llamó Lawrence Sterne, escritor sin igual, ni semejante siquiera, en los tiempos pasados, en los suyos, y en los posteriores, y que, por consiguiente, ocupa un puesto único en la historia literaria.

Su familia era distinguida, pero sus padres muy pobres. Era hijo de un teniente, de carácter excéntrico, a quien condenó el destino a una existencia ambulante y de aventuras. De ceca en meca, y con pocos recursos, su mujer iba dando a luz de año en año en diferentes lugares, y aumentó así la pesada carga que el desgraciado oficial llevaba encima. De las excentricidades de este matrimonio—ella, según parece, no era menos rara que él—Lawrence Sterne nos ha dejado dos ejemplos inmortales. Uno es la escena del reloj, otro la del duelo.

¿No conocéis la del reloj? Pues leed la historia con que principia el extraordinario libro donde se relatan *La vida y opiniones de Tristam Shandy.* Todo inglés educado la sabe de memoria, aunque será difícil que lo confiese, porque se trata de una página literaria de color verde subido y entre los anglosajones no se habla con facilidad de tales páginas. Baste decir que precisamente en los instantes de haber decidido los hados que el genial Lawrence aumentara el número de los vivientes, la compañera de Roger Sterne le hizo una pregunta de orden doméstico sobre el reloj de pared de la familia. Al asombro que la pregunta causó en el padre, atribuye el hijo —si es que en *Tristram Shandy,* como se cree, hay un gran elemento autobiográfico—las desigualdades de su propio espíritu y su sensibilidad inquieta y enfermiza.

La vida del teniente fué desordenada, pero su mentalidad era de una precisión asombrosa. El segundo ejemplo a que aludí antes, lo prueba de modo indudable. Roger Sterne fué destinado a la guarnición de Gibraltar. Un día, en el cuarto de oficiales, se enredó en violenta discusión con cierto capitán Phillips. El origen y causa del debate fué un ganso y el fin un duelo con espadas. Sterne, aunque ágil y decidido, era pequeño de cuerpo. Su adversario extendió el arma, y lo atravesó de parte a parte, clavándolo a la pared. ''Caballero'', exclamó el teniente con imperturbable sangre fría, ''limpie usted la punta de su espada de toda la tierra y suciedad del

muro, antes de sacármela por medio del cuerpo". No se puede pedir mayor precaución, ni mejor deseo de que se hagan bien las cosas. Tal vez a tan exquisito cuidado debió no haber perecido inmediatamente, aunque pocos años después y lleno de sufrimientos por su herida, hubo de morir en Jamaica.

Si hombre tan exacto y preciso en los detalles, tuvo que llevar la vida desordenada de un oficial menor en el ejército inglés de su tiempo, su hijo fué más contrariado aun por la suerte. Nació para amar, no a una sola mujer, sino a muchas, al sexo entero, en sus variadas manifestaciones, al *eterno femenino,* como Goethe, y tuvo por necesidad que entrar en la Iglesia y hacerse cura. Aunque en Inglaterra, y más en su época, de muy sueltas y relajadas costumbres, el sacerdocio no obligara, como en los países católicos, al celibato, Lawrence Sterne no era el sujeto más apropósito para una sola esposa, ni para un hogar en que la virtud brillara en medio de la monotonía.

Esto no quiere decir que no amara a su mujer, cuando la enamoró, con pasión avasalladora y sincera. La sinceridad es precisamente la nota más alta en los caracteres como el suyo, pero una cosa es la sinceridad y otra la constancia. Del propio modo que amó a su mujer, amó a sus varias queridas, casadas y solteras. Escribió a su esposa cuando eran novios, y a poco de casarse, cartas de un ardiente romanticismo en que la declaraba el ideal de su vida, y, después, en otras cartas, escribió que de nadie,

como de ella, se había sentido tan hastiado en el mundo. Su correspondencia amorosa, muy variada y entretenida, llegó, después de su muerte, a causar graves escándalos. En España, en Italia, en Francia misma, este don Juan literato y eclesiástico, habría concluído por ser un héroe de leyenda.

Fuera de sus amores y de sus libros, su vida no fué muy complicada. Biznieto de un arzobispo de York, y sobrino de un prebendado de Elvington, en Yorkshire, por influencias del último obtuvo la parroquia de Sutton, en el propio condado. Se casó en 1741 con una señorita Lumley, de familia, si no muy rica, influyente, y por esta razón alcanzó otro beneficio eclesiástico y una prebenda. No reveló todo su talento de escritor hasta los 47 años, cuando publicó en 1760 los dos primeros volúmenes de *Tristram Shandy*.

Antes de esta época, y con no poco escándalo, sin duda, de sus feligreses, pasó largas temporadas en el castillo de Skelton, con su íntimo amigo y algo pariente, John Hall Stevenson, famoso por sus disipaciones y por su libro pornográfico titulado *Crazy Tales*. Por lo que en el castillo ocurría, llamaban, también, a éste *Crazy Castle*". Mas todo no era libertinaje en la casa señorial de Stevenson, aunque lo creyera la señora Sterne. También había allí una biblioteca, con buenos autores antiguos, con las obras de Rabelais y las de Cervantes, en las que el alegre cura de Sutton aprendió el arte difícil de pintar el alma de los hombres.

Tristram Shandy produjo una gran impresión. En pocos días Sterne se hizo célebre. Fué a Londres, y las familias más aristocráticas y ricas, se lo disputaban en sus banquetes y fiestas. "Ese hombre Sterne"—dijo Samuel Johnson con cierto tono de menosprecio—tiene tantas invitaciones para comer, que en cumplir con todas tardará tres meses". Era alto, enjuto, y de aire, como su carácter, algo excéntrico, pero indudablemente atractivo y simpático. Poseía, según parece, el talento, tan estimado en sociedad, de la conversación, y, sobre todo, el de hacer frases. Su libro era inmoral en muchos aspectos, pero sabía ocultar la inmoralidad, con un aire de inocencia y de candor, que es uno de los mayores encantos también de su estilo.

A una señora, que le confesó no haber leído su novela, porque, según sus informes, no era la más propia lectura para mujeres, le contestó en el acto: "¿Ve usted a su niña dando vueltas sobre la alfombra? Al jugar de ese modo, enseña a veces lo que debía tener cubierto, pero ¿quién puede sospechar de su inocencia? Pues así, como su niña, es mi obra, señora".

La defensa era hábil, porque la dama no hubiera confesado nunca que su niña, como la pintada por Góngora en un célebre romance, sería capaz de hacer picardihuelas, ni como otros tiernos ejemplares de la especie humana, proceder, no con pecado, desde luego, pero sí con malicia. En esto de la inocencia,

como en todo en el mundo, ¿no son los matices infinitos?

Pero es el caso que Sterne triunfó como novelista, y hasta 1767 duró la publicación de su original obra, que hubo de alcanzar nueve volúmenes, con el favor creciente del público. Mientras tanto, viajó por Francia e Italia, y se dió muy buena vida. En 1760 se acordó de que era cura,—sus feligreses le vieron muy pocas veces por la parroquia—y publicó los *Sermones de Mr. Yorik*. Este pseudónimo—el de un bufón y cómico—no resulta en verdad, el más aparente para un predicador, aunque los sermones de Sterne, si bien nada místicos, ni inspirados en gran unción religiosa, contienen, con claridad y elegancia, pensamientos morales de los que su autor nunca dió, según cuentan, los mejores ejemplos.

En 1768 salió a luz la más leída hoy de sus obras, *Un viaje sentimental,* y fué también el año de su muerte. Separado de su mujer y de sus hijas—a las cuales dejó en la miseria—murió solo en una posada de Londres, y a su entierro sólo asistieron, en un coche, su editor y otro caballero. A las pocas horas, según se cuenta, su cadáver, comprado al sepulturero, sirvió para una lección de anatomía.

La sociedad le había vuelto las espaldas, años antes. Se le acusaba de falsedad, ingratitud y dureza de corazón; de haber abandonado no sólo a su pobre mujer, sino también a su propia madre. Aludiendo a uno de los más famosos pasajes que trazó su pluma, Horacio Walpole, si mal no recuerdo, escribió

estas palabras: "Sterne fué capaz de llorar enternecido sobre el cadáver de un asno, y de abandonar a una madre pobre y moribunda".

Una de sus amantes infamó públicamente su memoria. Se hizo una suscripción para sus hijas. Una de éstas cometió el error de dar a la imprenta las cartas de Sterne a su esposa, y tales cartas recordaron las que había escrito a otras mujeres. Los que contribuyeron al socorro de su familia, afearon, a la vez, su conducta. La posteridad no ha sido menos cruel con el hombre. Thackeray, en sus célebres conferencias sobre los *Humoristas ingleses,* cubre su nombre, como el de Swift, de ignominia. Walter Bagehot, en un resonant eensayo, lo presenta como un tipo de oprobio. Sólo Walter Scott, con su dulce benevolencia, se atrevió a defenderlo.

¿Será justa toda esta inquina? Siempre hay que tener en cuenta, para juzgar los caracteres, el influjo del medio social, y el de Sterne era horrible. No es posible pedirle a él solo las virtudes que faltaban a sus contemporáneos. Además, él no se defendió, como Byron más tarde, de las acusaciones de sus enemigos. Por éstos, únicamente, sabemos sus faltas, y, tal vez, muchos de los cargos no sean ciertos. Consta que fué generoso con sus amigos y los pobres. Es muy difícil fallar, por otra parte, sobre las divergencias de un matrimonio. ¿No tendría la mujer alguna culpa, al menos en la incompatibilidad de los caracteres?

Hay también familias, y la del teniente Sterne per-

teneció a este número, que parecen destinadas por una fatalidad implacable, a la agitación, a la turbulencia, a la deshonra y al escándalo. Después de la muerte de Lawrence Sterne, una de las hijas antes mencionadas, se casó con un francés, residió en Francia durante la revolución, y pereció en la guillotina...

Lo que más nos interesa hoy en Sterne, es el artista literario. Su popularidad no ha disminuído en casi dos siglos. *Tristam Shandy* se lee menos que *Un viaje sentimental*, pero todavía se imprimen ediciones baratas de esa obra y el público las agota año tras año. El tío Toby, el cabo Trim, el doctor Slop, la viuda Wadman, la señora Bridget, míster Yorick mismo, son caracteres que viven en la memoria del pueblo inglés con tanto vigor y relieve como en la del pueblo español don Quijote y Sancho, el cura y el barbero. El libro, mucho más aun que el de Cervantes, carece de acción, porque se compone de una serie descosida, intermitente, extrambótica, de cuadros donde se desenvuelven sus inolvidables figuras. Pero qué importa el argumento donde existen el interés y la vida? ¿Quién no pasa horas deleitosas de risa, de entretenimiento y de observación profunda en aquel hogar admirable del tío Toby? De Sterne aprendió Dickens a escribir una novela sin trama, en la que sólo existen escenas y retratos. El tío Toby es el antepasado de Pickwick. En la manera humorística de Dickens hay también mucho de Sterne, de aquella ciencia prodigiosa para hacer que el lector alterne entre la risa y el llanto, entre la simpatía

filantrópica ante el dolor, y el regocijo que nos producen nuestras desventuras ridículas, y nuestros menguados caprichos...

Además, a la absoluta maestría de Sterne en los contrastes y principalmente en los matices del estilo, nadie ha llegado en el mundo. El confesaba su deuda a Rabelais, del cual tomó ese modo inconexo de narrar entre saltos e interrupciones, que no es, por cierto, su mayor belleza. También se complacía, más, se honraba, como luego Fieelding, en figurar entre los dicsípulos de Cervantes. No cabe duda que el manco inmortal le enseñó a ser amable en la ironía, y a sentir, en el fondo de su sátira, esa humana, esa generosa compasión, que enlaza en el *Quijote* la burla con la tristeza.

La Fleur, el criado de "Mr. Yorick" en *Un viaje sentimental,* fué realmente criado de Sterne en su viaje por Francia e Italia. Todos los tipos pintados por Sterne vivieron en el mundo. Y La Fleur, quien muerto su amo, defendió su memoria, y lo describió como un hombre bueno, compasivo y generoso, dijo, también, que la escena del asno muerto había pasado tal como se cuenta en aquella obra, y que Sterne se enterneció ante la vista del pobre campesino que había perdido el mejor sostén de su familia. Yo no niego realidad a la escena. Creo en la palabra de La Fleur, pero ¿a quién se oculta que la página de Sterne se inspira en los lamentos de Sancho por la pérdida del rucio? En esa página—sólo en ella, desde luego—Sterne superó a Cervantes. ¡Cuadro sublime

en su sencillez, que tantos luego han imitado inútilmente! Borrow, un gran pintor de hombres, fracasó en el intento en su *Biblia en España.*

Bagehot tiene razón cuando dice que los mejores trozos de Sterne son los que todo el mundo conoce. La muerte del teniente Le Fever en *Tristram Shandy,* es un episodio no igualado en ninguna época, ni en ningún idioma. Quisiera hoy traducirlo como humilde ofrenda a la memoria del genio de su autor, pero, ¿es posible tal cosa? No por cierto al correr de la pluma. Sterne no improvisaba jamás. Midió las palabras, analizó el valor de cada una de ellas, y supo colocarlas con maestría. Para alcanzar su altura no basta el genio. El genio inculto y descuidado queda siempre en mitad del camino. La inmortalidad escoge a sus favoritos en la cuna, pero luego sólo el arte puede llevarlos hasta su trono de oro.



UNA AMIGUITA DE NAPOLEON

UNA AMIGUITA DE NAPOLEON

Cada año se enriquece la leyenda napoleónica con algún volumen nuevo de carácter anecdótico.

El público es indiferente a los estudios graves y eruditos sobre Napoleón militar, diplomático o legislador. Tampoco le importan los libros ponderosos en que estratégicos de biblioteca quieren probar—¡necias vanidades humanas!—que ellos, al frente del ejército francés, hubieran vencido a Wellington en Waterloo, o que el sol de Austerlitz, de acuerdo con los principios de la ciencia, debió alumbrar el triunfo de los aliados.

Pero, en cambio, cuanto se refiere a Napoleón como hombre, a su juventud, a sus amores, a los menudos incidentes de su vida, a las personas que le interesaron, o que por él hicieron algún sacrificio, se lee con avidez general, y se traduce muy pronto a todas las lenguas. De aquí el éxito inmenso de esos dramas o comedias sentimentales—*Madame Sans Géne* en primera línea—donde Napoleón aparece en escena y que, a pesar de su escaso mérito

como obras literarias, han recorrido los teatros del mundo

Tengo a la vista uno de aquellos encantadores libros de historia anecdótica, cuyo título sería, en castellano *Recuerdos de una amiguita de Napoleón* (*Souvenirs d'une petite amie de Napoleon*. París, 1912.)

Su autor, M. Paul Frémeaux, ha publicado, con ciertas correcciones de forma indispensables, las "Memorias de Santa Elena", escritas en 1843 por Betsy Balcombe, una de esas "pequeñas figuras" de la historia, que, como las bailarinas en las óperas o en los melodramas de gran aparato, no desempeñan papel alguno en la acción, pero contribuyen a su interés y hacen menos dolorosa, para los espectadores sensibles, la parte conmovedora del argumento.

Era Betsy una jovenzuela, rubia y de belleza extraordinaria, hija de James Balcombe, dueño del "cottage" que Napoleón ocupó al llegar a la triste isla de su último destierro. Conoció, naturalmente, al coloso vencido y prisionero, muy poco después de instalarse en la casa de su padre, y fué, desde los primeros instantes, la alegría y el encanto de los desterrados.

Cuando Napoleón tuvo que trasladarse a Longwood, continuó visitándole. Betsy no sólo era bella. Aunque no rivalizara en escribir su idioma con Georges Elliot, ni siquiera con Madame d'Arblay, porque el talento puede existir, y existe a menudo,

sin la facilidad literaria, Betsy era una muchacha inteligente. Esto sí es raro en mujeres tan bonitas. Dios sabe lo que hace cuando no favorece demasiado con sus dones a una sola criatura. Pero tenía un defecto Betsy—M. Frémeaux lo reconoce—un gran defecto para los demás. Era coquetísima, y si no se atrevió a dirigir sus dardos al semidiós, sembró el trastorno, la rivalidad y la pasión entre algunos de su séquito.

El emperador, según parece, se divertía con los estragos que Betsy causaba en su pequeña y abnegada corte, y hasta puede deducirse de alguna página de este libro, que la animó a continuar—disimuladamente, desde luego—por tan peligrosa senda. Peligrosa, no para Betsy, sino para sus víctimas. Ella sabía muy bien guardar la distancia entre el "flirt" y el amor; y cuando en 1818 se despidió de todos, para irse nada menos que a Australia, donde se casó con un Mr. Abell, ningún sentimiento más profundo que el de la amistad hizo humedecer sus bellos ojos azules.

Si en sus recuerdos de mujer casada y virtuosa, es posible que no ocuparan puesto muy eminente sus admiradores y enamorados de Longwood, Napoleón—¿cómo era posible lo contrario?—fué inolvidable para Betsy. Nunca se atreve a decir que ella le agradó como mujer. Mucho menos que la amara de otra suerte que con un cariño casi paternal. Pero que fijó su atención en los cabellos de oro, en la correcta fisonomía británica, animada

por la vehemencia, y en la gracia de su encantadora amiguita, es un hecho que Betsy Balcombe deja entrever a sus lectores con natural orgullo femenino. Sus recuerdos, escritos a los veinticinco años de haber visto por última vez a Napoleón, tienen toda la viveza de los hechos recientes. Su vida fué larga—murió en 1873—y, sin duda, mientras tuvo memoria, su más noble vanidad fué la de haber hecho sonreír en sus años de martirio al hombre más portentoso de la tierra.

"Pequeña Betsy!", exclama M. Frémeaux. "Porque el gran emperador, durante su cautiverio, se dignó fijar en ti su mirada, porque te permitió algunas familiaridades, porque bromeó y jugó contigo, porque fuiste, allí, en la isla espantosa, una florecilla que encantó un instante sus ojos en el camino de su calvario, perteneces a la historia, vivirás eternamente. Por la virtud de tus gestos de niña mimada y tus exclamaciones de alegría, hallarás jueces dispuestos como él a la indulgencia, y que, como él, te amarán, a pesar de esos dos grandes defectos tan frecuentes, por desgracia, en tu sexo: tu cabeza aturdida y tu corazón veleidoso".

La crítica, que no ha respetado a Napoleón como genio militar, ha respetado, pues, y respetará siempre, a su graciosa amiguita de Santa Elena. ¿Por qué este privilegio de todas las personas, por humildes que fuesen, que tuvieron la fortuna de desempeñar un papel simpático en su vida? ¿Por qué este privilegio de él mismo, en su aspecto humano,

en la parte personal y anecdótica de su biografía, que adquiere con el tiempo mayor interés que sus mismas proezas?

Si en vida de Napoleón, o caliente aun la sangre derramada en sus batallas, las prensas inglesas vomitaban sobre Europa los libelos más horribles en contra suya, acusándolo no sólo de todos los crímenes que puede cometer la maldad, sino de todos aquellos que puede inventar la fantasía, en la propia Inglaterra cuanto se escribe hoy sobre su persona, se inspira en el respeto más profundo. El libro de Lord Roseberry sobre las hondas penalidades que Inglaterra hizo sufrir a Napoleón en Santa Elena, parece un grito de remordimiento.

Mientras los historiadores condenan sus campañas de Rusia y de la Península ibérica, mientras los críticos militares descubren las faltas que cometió en Italia y Alemania, y se atribuyen a su buena estrella, más que a su previsión, sus triunfos mejores, el teatro, la novela y la poesía, lo convierten en su héroe favorito, en algo así como el Aquiles de la edad moderna.

Aquiles es más seductor e interesante aun que en sus luchas frente a los muros de Troya, en su sentimiento de amistad por Patroclo, en su noble emoción ante las lágrimas de Priamo, cuando le recuerda la memoria de su padre Peleo, en el aspecto humano, más todavía que en el heroico, del invencible matador de Héctor. De la propia manera Na-

poleón, como hombre, resulta para la posteridad más grande que como héroe. ¿Por qué? La respuesta no es difícil.

Lo que maravilla y maravillará siempre en Napoleón, no fueron sus acciones. Alejandro, tal vez, hizo más en su tiempo. Carlomagno, indudablemente, tuvo un éxito más constante. Pero el asombro en Napoleón, no consiste en que colocado ya sobre el trono de Francia dominara el mundo y alterara el curso de la historia. El asombro está en su vida misma. Alejandro y Carlomagno heredaron las fuerzas con que dieron los primeros impulsos a sus campañas. Napoleón—nacido en una familia obscura de Córcega, pobre y sin influjo—subió rápidamente a las cumbres más altas del poder que es posible alcanzar—casi que es posible soñar entre los hombres, alturas a las cuales, antes que él, y después de él, sólo ha podido ascenderse por antiguos y venerables derechos hereditarios.

Su grandeza, pues, se resume en su conocida respuesta al emperador de Austria, al orgulloso descendiente de Roberto de Habsburgo, cuando le manifestó, al concederle la mano de María Luisa, su contento de saber que la sangre de los Bonaparte tuvo un origen medioeval y noble. "Os equivocáis, sire",—contestó Napoleón—"yo soy el Roberto de mi raza".

La sociedad opone tales barreras al pobre y al desvalido, que cualquier éxito de los hombres,—

hasta el más vulgar, el de haber, por ejemplo, amontonado una fortuna,—produce siempre admiración. Pero un éxito como el de Napoleón Bonaparte, entra en la excelsa categoría del milagro. En esta razón, principalmente, se fundó el arzobispo Waterley para negar—en su célebre folleto paradójico—la existencia misma de Napoleón, como cosa imposible.

Y por esta razón también, sus batallas podrán ser censuradas, sus conquistas condenadas, su carácter, como gobernante, manchado; se podrá decir que debió haber perdido la jornada de Austerlitz y ganado la de Waterloo; se podrá lanzar sobre su memoria la mancha sangrienta del asesinato del duque de Enghien o de los crímenes horribles de Jafa, porque el general que hizo todo eso, el emperador que hizo todo eso, no está libre de las condenaciones de la historia.

Pero, el hombre, cuando se recuerda que no vivió en la época bárbara cuando un pastor, apoyado por una soldadesca embrutecida, podía alzarse con el imperio de Bizancio, sino en los tiempos modernos, en los finales del siglo XVIII y del primer cuarto del XIX, en una palabra, en nuestra misma sociedad complicada y difícil; el hombre, cuando recuerda que de pobre oficial de artillería, ni siquiera nacido en Francia, llegó a coronarse emperador de los franceses para tener a sus pies a los demás monarcas del mundo; el hombre que eso

hizo, sin ser, como Aquiles, hijo de una diosa, resulta más heroico que Aquiles y más invulnerable a los dardos de la censura. En el mundo no existe otro ejemplo. Es único en la historia; y en la propia mitología, cuando se habla de los hombres que ganaron la inmortalidad, no se recuerda quien hiciera tanto...

TALLEYRAND

TALLEYRAND

A Talleyrand se atribuye la cínica idea de que "dividiéndose los hombres en dos grandes clases únicas, los esquiladores y los esquilados, hay que estar siempre del lado de los primeros y en contra de los segundos".

Lo cierto es que, fuera o no suya esa frase, todos sabemos que en su larga vida política se las compuso de modo que la caída de Luis XVI, la Revolución, el Directorio, el Imperio y la Restauración borbónica, fueron acontecimientos en los cuales desempeñó importantísimos papeles, e, invariablemente, en el partido de los vencedores.

Averiguado parece que su primera gran voltereta la decidió después de una conversación con el conde de Artois. Este se aproximó a él, siendo Talleyrand abate de Perigord y monárquico por su nobleza de sangre, para lograr su apoyo al trono y pedirle consejo sobre las medidas más urgentes. "Opino"—respondió el abate—"que urge, ante todo, cortar dos cabezas. Ahora basta con dos, lue-

go—si ahora hay debilidades—no bastarán otras muchas''. ''¿Y cuáles'', preguntó el de Artois. ''La del duque de Orleans, y la de Mirabeau''. ''Creo lo mismo que usted'', añadió después de una pausa, el conde; ''pero también estoy seguro de que mi hermano no consentirá eso nunca''.

''¿Está usted seguro?'', preguntó con énfasis Talleyrand. ''Segurísimo''. ''¿De modo que el rey...?'' volvió Talleyrand a decir; pero el conde le interrumpió con estas palabras:

''El rey, señor abate, jamás autorizaría estas dos muertes''.

''Pues, entonces, monseñor'', exclamó Talleyrand, hemos concluído. Me paso a los contrarios''.

Cuando se publicaron, hará unos quince años o más, sus ''Memorias'', el público sufrió una decepción. Esperábanse comentarios picarescos, revelaciones ''sensacionales'', como se dice en la jerga periodística del día, sobre la vida íntima de Napoleón I o los escándalos de aquella época, además de grandes secretos políticos. Pero el libro no aportó un solo dato no consignado ya hasta en los manuales de historia para los estudiantes de segunda enseñanza, y en lugar de revelarse su autor el hombre escéptico, sin principios morales, burlón, implacable y veleidoso que su leyenda nos pinta, apareció en el aspecto de un estadista lleno de seriedad y escrúpulos, celoso, principalmente, del cumplimiento de sus deberes, y de la estimación de los hombres.

Mas el personaje legendario quedó en pie. De la

propia manera que Rabelais, no obstante los esfuerzos de los eruditos para reconstruír su biografía como la de uno de los más ilustres y generosos sabios del Renacimiento, será siempre para el vulgo el cura socarrón y divertido del ''cuarto de hora'', —es decir, del momento de pagar la cuenta al fondista—y en España se multiplicarán en vano las ediciones de las obras serias de don Francisco de Quevedo, quien será en todo tiempo, ante la imaginación popular, el poeta jocoso de las décimas indecentes y los consonantes desvergonzados, aunque el noventa y nueve por ciento de cuanto se le atribuye en este género jamás saliera de su pluma, Talleyrand continuará siendo en absoluto desconocido bajo el ropaje grave y virtuoso con que se nos quiso presentar en sus ''Memorias'', y los franceses y los estudiantes de la historia francesa, verán en él lo que vieron sus contemporáneos: un Voltaire de la política, genio como Voltaire; pero, igualmente, descreído y sin escrúpulos.

Esto revela su fisonomía en el busto admirable esculpido por Dantan, que guarda el museo ''Carnavalet'' en París. Los ojos entornados, entre adormecidos y voluptuosos, los labios gruesos y sensuales, donde se dibuja una expresión entre risueña y aburrida, los largos cabellos, que caen a un lado y otro con artístico descuido, todo, en suma, indica en su rostro la ironía profunda, la malicia inagotable de que le creyeron poseído los hombres de su época.

Tal parece como si acabara de poner su firma al

pie de la carta que, según cuentan, escribió a su querida Madame de Flahaut, cuando hubo de jurar, como sacerdote, la llamada constitución civil. "Después de tantos juramentos como hemos hecho y hemos roto, después de haber jurado tantas veces fidelidad a la constitución, a la naturaleza, a la ley, al rey, a tantas cosas que existen sólo en el nombre, ¿qué significa un juramento más?"

¡Y cuántas veces todavía fué su destino extender la mano sobre la Biblia o sobre la cruz, para obligarse a lo que sólo cumplió mientras hubo de convevenirle! Alguien se ha entretenido en contar—la lista es enorme—esos numerosos juramentos, cada uno de los cuales dibujaría en los labios caídos del gran epicúreo, una sonrisa indefinible...

Poseo el ejemplar número 188 de la edición de 500 que hace dos años apenas se agotó en París en muy pocos días, y a precio relativamente elevado, del librillo encantador de M. Louis Thomas, "L'esprit de Monsieur de Talleyrand", repertorio de todas las frases que a éste se atribuyen, y de las anécdotas más picantes de su vida.

Ahí está de cuerpo entero el hombre de la leyenda, el que traicionó a la República, el que traicionó a Napoleón, y el que, temeroso de la antipatía de Luis XVIII, quien lo toleró por necesidad y lo mantuvo a regañadientes, dijo una tarde al rey, con un gesto sardónico, y cuando el monarca le manifestó el asombro que le inspiraba su habilidad en haber

derrocado una fuerza tan extraordinaria como la de Bonaparte:

"Señor, nada de esa gloria me corresponde; pero sí confieso a vuestra majestad que hay en mí algo muy difícil de explicar y de comprender, pero que, sin duda alguna, produce la desgracia de los gobiernos que me desatienden".

Las "Memorias" no han destruído esa figura que el espíritu francés, amante de la ironía, se ha complacido, por el contrario, en robustecer. Las respuestas hábiles y rápidas, las frases agudas y cínicas, los "bons mots" de Talleyrand—suyos o no—vivirán eternamente. Pero, en cambio, si las "Memorias" no han logrado borrar al personaje más o menos fantástico de la tradición, lo explican y hasta, para algunos, lo disculpan.

Hay un punto esencial en la vida del gran político, hay un hecho, que él mismo no niega, y es el de sus veleidades. Entre las frases que se le cuelguan y que, como todas las demás, es de autenticidad muy dudosa, se encuentra la de que en el arte del gobierno se deben ajustar los intereses privados del gobernante a los públicos. Y en el comienzo de su libro, Talleyrand dice lo siguiente:

"Llegado a los ochenta años, al traer a mi memoria los actos numerosos de mi vida política, que ha sido tan larga, y al pesarlos en el santuario de mi conciencia, recojo en definitiva este resultado: que de todos los gobiernos a los cuales he servido, no hay ninguno de quien haya recibido yo más de lo

que le he dado; que no he abandonado a ninguno antes de que él se hubiera abandonado a sí mismo; que no he puesto los intereses de ningún partido, ni los míos personales, ni los de mis allegados, en contrapeso con los verdaderos intereses de Francia, los que a su vez, nunca he creído en oposición con los verdaderos intereses de Europa."

Talleyrand, por consiguiente, en sus numerosos cambios políticos, creyó servir a una sola causa: la de su país; y al volver la espalda a cada uno de los gobiernos caídos, para sumarse a los vencedores, lo hizo después que los propios abandonados por él se habían puesto en contraposición con los intereses de Francia. La forma de gobierno y las personas, le fueron indiferentes. Sirvió a una entidad única y abstracta: el Estado, ya lo representaran la república, o el imperio o los Borbones. ¡Cómoda teoría, inadmisible por una razón, inmensa! ¿Podría haber probado Talleyrand que no le cupo la menor responsabilidad en los errores y hasta en los crímenes de los varios gobiernos a los cuales sirvió bajo tan diferentes banderas?

Conocidas son las mutuas acusaciones que se hicieron él y Bonaparte sobre el asesinato del duque de Enghien, la gran mancha sangrienta de la historia del primer imperio. Y del hombre que creyó indispensable, para salvar a Luis XVI, las muertes del duque de Orleans y de Mirabeau, bien se puede sospechar que también creyera necesaria la de

aquel infortunado, para el reposo de su emperador y dueño.

Siempre, con ocasión de los peligros para la paz de Europa y el "equilibrio europeo", se han recordado los servicios de Talleyrand a su patria en el congreso diplomático de Viena en 1815. Enormes fueron, sin duda, y le colocaron en la historia a nivel tan alto, que es preciso, para descubrir otro igual, volver la vista al siglo XVII y fijarse en la figura grandiosa de Richelieu. Pero no bastan para redimirlo de las graves culpas que ennegrecen su memoria. Hay causas indefendibles, y la de Talleyrand es una de ellas. Lo más que podría decirse en su favor, como hombre, con todo respeto a su genio, es lo que cuentan que él manifestó una tarde cuando se hablaba muy mal, en su presencia, de su sobrina y amante la duquesa de Dino:

"Señores, no exageremos. Hay vicios todavía que la pobre no tiene."

LA CALUMNIA DE LA SEÑORA BEECHER STOWE

LA CALUMNIA DE LA SEÑORA BEECHER STOWE

¿Cabe, acaso, en lo posible regar por el suelo el agua de una pila, y recogerla después sin perder una gota? La propia imposibilidad existe para destruír los efectos de la calumnia, aunque el mismo calumniador se proponga peregrinar sobre la tierra buscando uno por uno a cuantos han oído la mentira, y confesarles en persona su infamia.

Esta es la conclusión que se desprende de un cuento, inédito hasta ahora, de "Fernán Caballero", publicado por el Padre Coloma en su reciente y notable libro sobre aquella escritora insigne. La idea podría no ser muy nueva, como no lo es ningún principio moral en el mundo, y hasta se halla, con otras palabras, sin ir más lejos, en la famosa disertación que Beaumarchais puso en boca de don Basilio, y que Rossini ha hecho tan popular con su música burlona. Pero nueva o no, encierra una verdad innegable, expresada muy gráficamente. La calumnia, "sutil", según don Basilio, se esparce, con efec-

to, como las gotas de agua. Entre éstas, las hay que al caer manchan el suelo, otras que penetran en él, otras que se evaporan difundiéndose en el aire. ¿Quién sería capaz, no ya de recogerlas todas, sino de saber el destino final de cada una?

Hace ahora muy cerca de 98 años que la mujer de Byron confesó a su abogado consultor sus razones para separarse definitivamente de su marido. El abogado, que había hecho esfuerzos para reconciliar a los esposos, mudó súbitamente de parecer, y aconsejó entonces al padre de Lady Byron y a ésta misma, que jamás el matrimonio volviera a unirse. Si el ''secreto profesional'' se guardó en este caso, no lo sabemos. Cuál fué el secreto, tampoco. Lo sabido desde poco después de entonces, es que una amiga de la mujer del gran poeta dijo que Lady Byron le había comunicado, también, la misteriosa causa de su divorcio, y esa amiga, con la ''santa'' intención de defender a Lady Byron de los ataques más o menos directos que se habían escapado, como lamentos de su lira, al autor de ''Childe Harold'' hizo pública la ''confidencia''—muerta ya la esposa divorciada—y conmovió al mundo en aquellos tiempos de romanticismo trágico y sombrío.

Era, sin embargo, la dama que de tal manera se vistió de caballero andante para defender a quien llamaba ''la víctima de un crimen horrendo'', poetisa y escritora a la vez; poetisa romántica con ambiciones de gloria universal, y escritora gemebun-

da, a la moda de su época, con no poco talento para lo que llamaríamos hoy la "sensación." Harriet Beecher Stowe era su nombre—americana por más señas—y con mencionarla he recordado a todos los de mi generación y de la anterior, aquel libro suyo, que tantos hemos leído en la niñez con lágrimas en los ojos, titulado "La cabaña del tío Tomás."

Traducido a todas las lenguas con éxito portentoso, fué este libro una buena obra moral en el sentido de contribuír poderosamente a la abolición de la esclavitud y al triunfo del Norte sobre el Sur en la guerra civil de los Estados Unidos. Pero contiene no pocas falsedades contra la población blanca de los "estados confederados", y no pocas mentiras sobre los negros, y ha venido a caer, al fin, por la justicia inflexible del tiempo, en el descrédito más merecido y absoluto como obra literaria.

Si las intenciones de la señora Stowe la redimen de las faltas cometidas en su labor abolicionista, no pueden alegarse, en cambio, para defenderla por su libro contra Byron. La envidia literaria—la pasión inmunda que se retuerce como serpiente emponzoñada en tantos corazones,—he creído siempre que fué la propulsora de la saeta terrible lanzada por esta mujer, saeta que amargó la vida de Byron y le ha perseguido con saña implacable más allá del sepulcro.

¿En qué pruebas—descartando, caso de ser cierta, la afirmación ligera e inconsciente de otra mu-

jer celosa, y, sin la menor duda, histérica, enfermedad que, si no por este nombre y con los detalles de observación clínica de la ciencia de nuestros días, era bien conocida entonces y lo es, puede afirmarse, desde los orígenes del mundo—en qué pruebas, indispensables a una tan grave afirmación. hubo de fundarse la señora Stowe para decir que Byron fué el amante de su hermana Augusta? Casada ésta con el coronel Leigh—su culpa aparecía más grave si es posible agravarla.—Y no se detuvo la señora Stowe ni en señalar a la niña Medora—tan querida del poeta—como el fruto incestuoso de aquellos amores.

Ninguna prueba en realidad ha existido nunca para justificar acusación tan horrible. Torciéndose el sentido de una carta de Byron a una mujer desconocida—una sin duda de sus innúmeras amantes de toda condición social—se ha pretendido que esa mujer fué la pobre Augusta. ¿Qué razones hay para ello? Tampoco existe una sola. Mas tanta fuerza lleva en sí la calumnia, que después de haberse consumido mares de tinta en pro y en contra de Lord y de Lady Byron, la odiosa afirmación permanece en pie. No podía ignorar, por cierto, la señora Stowe el daño que hacía cuando lanzó su dardo, y como Marco Antonio—el héroe de Shakespeare—después de su discurso famoso ante el cadáver del César, pudo exclamar: *"Mischief, thou are afoot!"*

En un artículo de la *Revue des Deux Mondes,* el erudito historiador y crítico francés Augustin Fi-

lon, ha revuelto la histórica podredumbre difundida por la señora Stowe, colocándose entre los acusadores del gran poeta. De nada vale, a su juicio, el hecho indiscutible de la disparidad absoluta de caracteres, gustos e ideas entre Byron y su mujer, que convirtieron su hogar en un infierno, hasta el punto de hacerles materialmente imposible la vida en común. De nada sirven las mismas faltas del marido a la fidelidad conyugal, que fueron escandalosas y bastaban para irritar a la mujer, de suyo muy inclinada a los celos y al rencor implacable. De nada valen para M. Filon—sin ahondar ahora en los numerosos detalles que conocemos sobre el orgullo de Lady Byron—las dificultades financieras del matrimonio, por el engaño de que Byron fué víctima casándose con una joven que creía "rica heredera" y tenía mucha menos fortuna que él y más soberbia y humos aristocráticos.

En fin, de nada sirve para M. Filon el hecho de que después del divorcio y de la supuesta confesión de Lady Byron al abogado y a la señora Stowe sobre los amores de su marido y de Augusta, la misma Lady Byron conservara con Augusta una íntima amistad, que duró catorce años, durante los cuales la buena y generosa hermana no cesó en sus esfuerzos por reconciliar a los esposos. Esto fué una disimulada estratagema—dice M. Filon—para arrancar a Augusta la confesión de su crimen. ¡Como si tal disimulo fuera posible durante tan largo tiempo, y como si cuanto sabemos del carácter de Lady By-

ron—mujer de castidad puritana e intransigentes ideas religiosas, que hubiera creído un pecado mortal sus relaciones con Augusta, de haberla considerado culpable—no echara por tierra la posibilidad de semejante teoría!

Trabajo cuesta, en verdad, no ya destruir en absoluto la calumnia—esto, como *Fernán Caballero* decía, es imposible—sino refutarla con algún éxito siquiera, cuando se lanza contra seres que, por otra parte, han merecido las censuras de sus contemporáneos. Byron fué un gran pecador—¿qué duda cabe de ello?—pero así como hubo de ocurrir en España a Espronceda—mejor hombre que el autor de *Don Juan* y de *Manfredo*—la leyenda ha revestido su memoria con colores más negros aun de los que tuvo en vida. La acusación infame de sus amores incestuosos cayó en terreno bien preparado para fructificar cuando llegaban a Inglaterra los ecos de sus orgías en Italia, y a los ataques de sus adversarios políticos y de sus rivales literarios, que fueron muchos desde los comienzos de su carrera, hubo de unirse la campaña execrable de unas cuantas gazmoñas, género espantoso y tartufesco, el cual acabaría en el mundo por hacer odiosa la virtud y más ameno el vicio, si no disculpable ni simpático.

La señora Stowe vivió 84 años, pues hubo de morir en 1896. Su ancianidad pasó casi en el olvido, siendo pocos los que al verla con sus canas peinadas en bandas caídas de uno y otro lado, como en la época de Byron, y sus tocas de blancura impecable, re-

cordaban la fama extraordinaria de escritora que un tiempo rodeó su nombre. Uno de esos pocos—vecino suyo de temporadas invernales en un estado del Sur—fué Samuel Clemens, el célebre humorista *Mark Twain,* fallecido también no hace mucho. *Mark Twain,* respetuoso a la gloria pasada y simpatizando con la señora Stowe por sus años y la viveza, que conservaba aún, de su ingenio, solía, en sus paseos matinales, detenerse a su puerta y hacerle a ratos tertulia. Pero la señora Stowe no había perdido su amor ardiente por una corrección extrema; esa corrección, rayana en el ridículo, que tanto prevaleció en su tiempo. *Mark Twain,* precisamente, era lo contrario; es decir, distraído hasta parecer poco galante, y descuidado en el vestir hasta confundírsele en ocasiones con un mendigo. Como sus paseos eran muy de mañana, según dicho queda, solía hacerlos sin cuello en la camisola o, para su mayor comodidad, se lo quitaba. ¡Qué escándalo para Mrs. Harriet Beecher Stowe! Un día se propuso poner término a tanta desvergüenza. Visitó a la mujer de *Mark Twain,* y usando el tono severo y ceremonioso con el cual casi medio siglo antes había empleado para hablar de los amores de Byron, se quejó de la falta imperdonable de delicadeza de que era víctima. ¡Las visitas que el señor Clemens le había hecho sin llevar cuello, alcanzaban ya una docena! A la mañana siguiente Mr. Samuel Clemens pasó por delante de la casa de la exigente señora, vestido de frac, con chistera y corbata blanca, y le envió como ob-

sequio—pidiéndole perdón por su falta en saladísimas líneas—una caja con doce cuellos nuevos y relucientes, uno por cada visita en que se le habían olvidado.

La señora Stowe rió esta vez. Los años, a pesar de todo, la habían hecho menos severa. En sus conversaciones con el literato su vecino le recitaba sus versos románticos compuestos en la juventud y en los que, a veces, se refiere a un amor misterioso y profundo. No se recuerda que en su vejez hablara de Byron con odio ni malicia. ¡Quién sabe si la verdad de toda esta historia no es que la envidia literaria impulsara a la señora Stowe a calumniar a Byron, sino que ella misma fuera una de las grandes y ocultas enamoradas del poeta; porque el amor muchas veces se guarda eternamente en el fondo del corazón, y al mundo se demuestran sólo como para ocultarlo a las miradas más suspicaces, el odio, el despecho y la ira, que derrocan del altar donde otros lo elevan al mismo ídolo adorado dentro del alma!

1912.

NIETZSCHE Y SEPULVEDA

NIETZSCHE Y SEPULVEDA

I

"Esta es una medicina de resultados maravillosos, pero apresúrese usted a tomarla antes de que pase la moda." Cuentan que así dijo un médico escéptico, a uno de sus clientes. Apresurémonos nosotros a hablar de Nietzsche.

Hace treinta años ¿quién no citaba a Schopenhauer? Hace veinte, apenas se publicaba en los periódicos artículo de fondo o crónica literaria, en que no saliera a relucir Herbert Spencer. Ahora lo que priva es hacer citas de Friedrich Nietzsche, aunque tengo para mí que la moda no ha de durar tanto como las de Spencer y Schopenhauer. Estos llenan con indiscutible derecho páginas muy principales en la historia de la filosofía, mientras que Nietzsche, coco en el arte el Greco, figuran en la historia de las aberraciones del pensamiento humano.

No conozco traducción al español de obra de Nietzsche, por la que pueda juzgársele en justicia. Su

gran mérito—el que ha hecho universal su nombre—es su estilo brillante, inspirado y conmovedor, por mucho que, a veces, él mismo intentara hacerlo endiabladamente nebuloso. Pero las versiones al castellano de sus libros, no dan la menor idea de su valer literario, antes lo presentan más que oscuro, ininteligible.

Recuerdo una del "Antecristo" publicada hace años en Barcelona, que hubiera podido pasar por catalana, a no insistir tanto el traductor en que era española. Tenía un prólogo, muy erudito, por cierto, de don Pompeyo Gener, quien entusiasmado con la predicción del "Superhombre" alegaba que en esto, el precursor de Nietzsche había sido Gracian. (1)

Gran parte de su mérito, principalmente su fina ironía, la debe Nietzsche a su conocimiento del francés y a su profundo estudio de la literatura de esa lengua. Diverso en apariencia de Montaigne, en el fondo se le parece bastante, sobre todo en su paganismo, que el autor de los "Ensayos" ocultaba con cautela y el de "Así hablaba Zaratustra" pregonaba a los cuatro vientos. Es indudable, por esta y otras razones, que leyó más de una vez a Montaigne con delicias, y en su estudio sobre "Shopenhauer como educador" lo prueba dedicándole un elogio lleno de fuego. Hay semejanza extraordinaria también, en-

(1) Los que no pueden conocer a Nietzsche en su texto, harán bien, por consiguiente, en buscar las traducciones francesas, casi todas notables, o la inglesa, en diez y ocho volúmenes, de T. N. Foulis, revisada por Oscar Levy.

tre casi todas sus teorías y algunas de Augusto Comte. Su culto a la energía parece, más que coincidir, inspirarse directamente en Stendhal, aunque sin el arte del autor de "La cartuja de Parma." Hasta de un escritor francés más moderno—Guyau—consta que, ya loco, anotaba con minuciosidad el libro titulado "La irreligión del porvenir". Su espíritu paradójico, combatiente y agresivo, hallaba en suma, más pasto para sus ideas en la literatura francesa que en la alemana, y se puede afirmar, sin riesgo de error, que no hay uno solo de sus argumentos contra el cristianismo, que no se encuentre, con más o menos violencia expresado en los enciclopedistas y "filósofos" franceses del siglo XVIII.

El odio de Nietzsche contra la religión cristiana, es el propio que inspiró a Voltaire cuando la hubo de llamar "el gran enemigo." Hasta por una de las más estupendas analogías entre las tendencias extremas de nuestro sepíritu, hay páginas de Nietzsche que en la admiración por la fuerza y en el elogio de la crueldad y la barbarie, evocan, como ecos lejanos, las elocuentes y terribles imprecaciones del gran escritor católico francés defensor del carácter divino del poder temporal de los Papas, de la dirección providencial de las guerras y las revoluciones, y de la misión "sagrada" del verdugo, como brazo que ejecuta sobre el planeta, las venganzas inflexibles fulminadas desde el cielo. ¡Cuántas veces, leyendo "Así hablaba Zaratustra" repercuten en la memoria aquellos párrafos sonoros, henchidos de "san-

ca cólera'' y magníficos por la sinceridad y la grandiosa elocuencia del conde José de Maistre en ''Las tardes de San Petersburgo''! Lo mismo en esta obra que en la del ''Papa'', todo lector imparcial ha de reconocer que de Maistre, titulándose cristiano y católico, defiende la causa para Nietzsche más odiosa y funesta, pero el espíritu aristocrático de ambos, su aversión a la democracia y a las masas, su entusiasmo ''imperialista'', es, igual absolutamente. ¿Acaso, en el fondo, se diferencian más? Prescindamos de las palabras; sobre todo de lo que uno y otro llaman ''cristianismo.'' ¿Hay algún argumento en las ''Cartas sobre la Inquisición'', de José de Maistre, en su apología de aquel ''santo, benéfico y humanitario tribunal'', que no se repita en las terribles sentencias de Zaratustra? ¿No es la defensa de la guerra, por Nietzsche, en virtud precisamente de sus resultados, la misma que se desarrolla en ''Las tardes de San Petersburgo'', cuando el autor analiza las consecuencias felices para el mundo de las grandes y espantosas luchas entre razas y naciones? La idea de un representante de Dios sobre la tierra, al frente de ejércitos vencedores, e imponiendo la fe con la espada, ¿en qué se distingue de la imagen apocalíptica y sangrienta del ''Superhombre''?

Lo primero que llama la atención en Nietzsche, prescindiendo de la admirable forma literaria, es su falta de originalidad. Su desdén a las ideas morales del ''rebaño de los débiles''; su afirmación de que

por ley natural el fuerte debe poseer más que el justo y que el débil, e imponerle *su derecho*, recuerdan las célebres palabras del intrigante Callicles en el *Gorgias* de Platon, y las del sofista Trasimaco, en la *República* del propio filósofo. Su "Antecristo" tiene todo el sabor de la época mística, confusa y combatiente de Juliano el apóstata o del libro entre satírico y fantástico de Apolonio de Tyana. Sus flechas, casi todas, lanzadas contra la cruz, parecen recogidas del suelo, después de haber salido de los arcos de Holbach, Bayle, Diderot y Voltaire. Y prescindiendo de la lucha contra el Cristo, ¿qué hay de nuevo en la justifcaición de la guerra, en la defensa de ese derecho del más fuerte, en lo que se ha llamado, en fin, "el evangelio de la desigualdad", que no haya sido dicho antes, y con más convencimiento, tal vez, para justificar la política de la Iglesia Católica, y las violencias y crímenes de los grandes tiranos europeos?

"La guerra y el valor"—dice Nietzsche—"han realizado más grandes cosas que el amor a nuestro prójimo. No es vuestra caridad, sino vuestro valor, el que ha salvado hasta aquí a los náufragos de la existencia." ¿Qué es bueno? preguntáis. "Erguirse es bueno."

He ahí el párrafo que sintetiza todo el libro famoso "Así hablaba Zaratustra." (Parte primera, discurso 10). Pues bien, no en "El héroe" de Gracian—porque en ninguna de sus páginas he visto confirmada la afirmación de don Pompeyo Gener—, pero sí al

frente de las obras de otro español insigne, anterior a Gracian en más de un siglo, el Dr. Juan Ginés de Sepúlveda, podría colocarse aquel párrafo como el resumen mejor de sus odiosas doctrinas.

Sepúlveda es el verdadero precursor de Nietzsche, el primer apóstol, elocuente, fanático y poderoso del "evangelio de la desigualdad", el polemista que con mayor sutileza y sabiduría ha defendido la guerra al débil, y su destrucción, como la más "justa" y la más "santa" de las acciones humanas.

¡Cuán raquítico aparece Nietzsche, el pobre Nietzsche, el infeliz profesor de humilde posición social, de menguada vida, casi rayana en la miseria, al compararsele con el encumbrado consejero y cronista de Carlos V, con el maestro de historia y humanidades de Felipe II, con el que viajó por las cortes italianas, como representante del sombrío emperador, favorecido de príncipes y envidiado de cortesanos!

Sobre los labios de Sepúlveda vagaba la sonrisa escéptica, burlona y cruel, no de un heleno ilusorio, creado por lecturas de maniático durante la precaria y difícil existencia que llevan los estudiantes pobres de nuestros días en Alemania; no el extraño gesto de un loco, quien por leer a Luciano en el original se cree el "Antecristo" omnipotente e implacable, alimentándose a la vez de coles, cerveza y longanizas, sino la acerada expresión de desprecio de aquellos paganos de verdad del Renacimiento en los siglos XV y XVI, que apuraban todos los refinamientos de la carne y agotaban todas las satisfacciones

del orgullo, que escribían con la majestuosa elegancia de Tucídides, admiraban y practicaban las penetrantes máximas de Maquiavelo, y contemplaban la vida, desde las alturas del poder eclesiástico y político, como un privilegio de los fuertes, los inteligentes y los nobles! Por esto el santo sacerdote, el justo y heroico defensor de los oprimidos, el padre Bartolomé de las Casas, llamó a Sepúlveda, en uno de sus sublimes arranques de indignación, "fautor de tiranos" y "estirpador del género humano."

Cuando se ve a las Casas y a Sepúlveda, frente a frente, el año de 1550, discutiendo, ante la junta de teólogos convocada en Valladolid por el emperador, si la conquista de las Indias era o no justa, y cuando se leen las doce objeciones del maestro de Felipe II contra el paladín de los indefensos americanos, "que son de su natura gente servil y bárbara, y por ende obligada a servir a los de ingenio más elegante como son los españoles", ¿qué pueden parecer las paradojas de Zaratustra? Voces de liliputiense, después de una airada disputa en Brobdingnag.

II

Débil por la edad y los trabajos el cuerpo, mas nunca rendido el espíritu batallador y valiente, traía el padre Las Casas alborotados y confusos a los teólogos del "Consejo de Indias" y al propio Carlos V, mostrándoles cuán lejos estaban de la fe los que cometían en América tantos crímenes. "Miren, pues,

V. E. e mercedes''—exclamaba dirigiéndose al obispo Fonseca, presidente del consejo, y a sus compañeros—''miren por sus ánimas: porque en verdad, yo mucho temo e mucho dudo de vuestra salvación.''

Pero el odioso Fonseca no daba su brazo a torcer, y habiendo escuchado que según el doctor Juan Ginés de Sepúlveda la guerra para reducir los indios a la esclavitud era justa por derecho divino y humano, se apresuró a exhortarle a escribir sobre ello, pues haría gran servicio a Dios y al rey.''

Sepúlveda compuso entonces en pocos días, su elegante libro ''Demócrates secundus, de justis bellis causis'', como continuación a otro menos violento publicado antes en Italia con el título de ''Democrates''; y así hubo de entrar en esta liza memorable, y de mantener su disputa con Las Casas en 1550 ante la junta de teólogos que para decidir entre los dos nombró especialmente Carlos V.

La oposición tenaz de Las Casas, de Melchor Cano, y de otros, impidió que se diera el permiso real para imprimir el ''Democrates secundus'', y por esta razón, nunca vió la luz pública. ¡Cuáles serían sus doctrinas, cuando llenaron de espanto a hombres del siglo XVI! Inspirábase, para considerar sagrada la destrucción de los indios, en las terribles sentencias de Jehová contra las naciones de Palestina. Su Dios no era el del perdón y la misericordia, sino el del exterminio. La justicia de este Dios consistía en la razón del más fuerte.

Según Sepúlveda, los hombres se dividen en tres

grandes grupos. El primero es de los superiores por la inteligencia. Han heredado ésta de sus padres, y la aumentan con una vida también superior. El último grupo es el de aquellos que tienen fuerzas brutas, pero no intelectos. Entre estas dos clases, flota la segunda: la más inmensa; sin carácter alguno, de la cual casi un siglo después diría don Quijote: "sirve solo de acrecentar el número de los que viven."

Las dos últimas clases están obligadas a servir a la primera, afirma Sepúlveda. Los hombres superiores tienen el derecho—añade—de hacer esclavos a los otros y exterminarlos si les conviene. Así lo mantuvo en tres famosas ocasiones, y en escritos llegados hasta nosotros. ¿Dijo más Zaratustra? En las obras de Sepúlveda que conocemos, está todo Nietzsche, menos sus abiertas declaraciones contra Cristo, y aparece el "super-hombre" exterminador, no como una profecía, sino como una realidad viviente en el mundo. (1)

No sólo el convencimiento movía a Sepúlveda.

---

(1) La célebre contienda de Valladolid se publicó en libro aparte en 1552. La ha reproducido en nuestro tiempo el señor Marqués de Olivart. V. "Fray Bartolomé de las Casas. Disputa o controversia con Ginés de Sepúlveda contendiendo acerca la licitud de las conquistas de las Indias, reproducida literalmente de la edición de Sevilla de 1552 y cotejada con la de Barcelona de 1646 con una noticia bibliográfica por el Marqués de Olivart, acompañada de un ensayo sobre Fray Bartolomé de las Casas, su obra y su tiempo por el Padre Maestro Fray Enrique Vacas Galindo, de la Orden de Predicadores. Madrid, 1908."

Cortesano, hombre de acción, político, salió en defensa de los que llamaríamos hoy intereses "imperialistas." En Nietzsche, por el contrario, no había interés material alguno. Si acaso el de llamar la atención, el de aparecer ante la humanidad como un genio, primeras señales de la megalomanía que desde 1889 hasta su muerte hace trece años, le tuvo recluído en un manicomio en Naumburg.

Exceptuando los pocos meses que sirvió en una ambulancia del ejército alemán en la guerra de 1870, su vida no tuvo páginas brillantes ni novelescas. Fué un gran jinete, y un gran estudiante. A los 24 años—nació en 1844—y después de sobresalientes estudios en Bonn y en Leipzig, fué nombrado profesor de griego en la universidad de Basilea. Ejerció esa profesión durante once años. No se le ocurrió escribir para el público hasta después de la guerra franco-prusiana. La teoría de que una herida que recibió en la cabeza en el sitio de París, produjo su locura, puede ser cierta científicamente, porque en 1871 publicó su primera obra "El nacimiento de la tragedia", donde se nota ya el trastorno terrible de sus ideas.

Nadie le hizo caso. Siguió escribiendo y publicando por su cuenta a falta de editores. "Así hablaba Zaratustra" pasó inadvertido. De su cuarta y última parte—dice el profesor Lichtenberger—no imprimió más que cincuenta ejemplares, y no repartió entre amigos más que siete.

En 1879 ya no podía, por su enfermedad, expli-

car su cátedra. La renunció ese año, concediéndosele un retiro equivalente a cincuenta duros al mes. Su libro "Ecce-Homo", impreso poco antes del ataque definitivo de enajenación mental, marca el paso doloroso del escritor al grafomano. Es la obra literaria más típica que se conoce de un delirante de grandezas. Un capítulo se titula: "Por qué soy tan sabio." Otro: "Por qué tengo tanto talento." Otro: "Por qué mis obras son tan admirables." ¡Pobre Nietzsche! Hay quien recuerda que también fueron locos Juan Jacobo Rousseau, Augusto Conte, y Guy de Maupassant. Es cierto. Pero en los últimos, con la locura desapareció la producción, y en Juan Jacobo no destruyó el arte arquitectónico que le hizo construír sus libros de maravillosa belleza y proporciones ajustadas.

Lo que hace caer por su base toda la filosofía de Nietzsche, es precisamente un gran error de hecho, sólo explicable por su locura. Su odio contra el cristianismo es vesánico efectivamente. Se dirige contra la doctrina de Jesús, según San Pablo, suponiendo que las adulteraciones del apóstol reinan en el mundo, y son la causa destructora de las energías humanas. (1) Mas lo que Nietzsche cree que ha de

(1) Ya en su última obra, no concluída, *(Der wille zur Macht,* de la que forma parte el célebre tratado sobre el *Antecristo)* Nietzsche, vislumbrando, tal vez, el punto débil de su doctrina, escribió lo siguiente:

"El cristianismo, como realidad histórica, no debiera confundirse con el iniciador que su nombre recuerda... Es un abuso identificar manifestaciones decadentes y abortivas, ta-

venir, el imperio de la fuerza, el exterminio y abatimiento de los débiles, el triunfo de los "erguidos", la guerra como dogma, la ruina de la democracia, el poder de los aristócratas, ¿no es lo que los hombres han hecho y continúan haciendo desde el origen de las sociedades modernas? No es la caridad, la famosa caridad cristiana, la base de estas sociedades frías, metalizadas, egoístas, que elevan templos para el culto de una religión aparente y engañadora, como la combatida por el Cristo, y abandonan a los débiles y dejan a todos los derrotados en la terrible lucha por los bienes materiales, a todos los que no han tenido astucia, o valor, o fortuna, gemir bajo el peso insufrible de la desesperación y la ignominia. ¿Cuándo "el amor al prójimo", de que Nietzsche habla con tanto desprecio, ha sido el móvil principal de ninguna de las naciones llamadas cristianas?

La historia es una interminable red de contrasentidos y mentiras. En la contienda de Valladolid, por ejemplo, Sepúlvedea aparece vencido. Los teólogos dieron la razón a Las Casas y en el espíritu de éste se dictaron las nuevas leyes de Indias. En la

---

les como la "Iglesia cristiana", la "fe cristiana", la "vida cristiana", con aquel santo nombre. ¿Qué negó Cristo? Precisamente todo lo que hoy se llama *cristiano.*"

Pero Cristo no negó, como Nietzsche, la caridad, ni la piedad, ni el amor a los débiles y desdichados, sino, por el contrario, fundó en estas virtudes el ideal de su vida, por mucho que en nuestras sociedades modernas, la caridad, la piedad y el amor al prójimo existan, y los débiles y los pobres carezcan de toda protección verdadera.

realidad, Las Casas fué el vencido y Sepúlveda el vencedor. Los indios dondequiera que lo permitió la debilidad de su número, a pesar de las leyes, fueron reducidos a la esclavitud y exterminados. Así pasa con cuanto es grande, y bueno, y noble. Choca contra esas dos piedras angulares de toda agrupación humana, el egoísmo y la codicia, y en el acto se cambia y se falsea.

La astucia de los hombres, levanta, con las manos del crimen, la bandera del bien. La palabra engañadora sustituye a la idea santa y ésta desaparece bajo cubiertas inmensas de falsedades. El pueblo de Israel es vencido, dispersado. Los descendientes de los que asesinaron a Jesús, pagan esta culpa horrenda. El cristianismo triunfante vence al judaísmo y al paganismo. Europa se llama cristiana, y decreta la adoración del Dios justo, Dios misericordioso, que mira a todos los hombres como sus hijos, y hace caer su luz y su lluvia sobre los buenos y los malos. Pero quien se asienta en el templo con el nombre de ese Dios, es el mismo Jehová. ¿No siguen inspirando sus decretos contra los habitantes de Palestina a todos los ejércitos vencedores? En las guerras "santas" ¿no se extermina, como exterminaron los hebreos, a las mujeres y a los niños? En la paz ¿no son los ricos, los poderosos y los crueles los respetados? ¿Cuándo se ha ejercido la caridad en grado suficiente para que se pueda juzgar de sus efectos en la tierra? El triunfo de los cristianos sólo fué nominal. Triunfaron los judíos, lla-

mándose cristianos. El paganismo ha triunfado también con la misma careta. ¡Cuán ciego era Nietzsche! Su odio contra el cristianismo, por sentirse pagano, es otra señal de su locura. ¿Acaso no reina hoy en todas las naciones civilizadas la más pública idolatría?

Lo que hay que destruir no es la caridad, ni el amor al prójimo, sino el egoísmo, base infame de las sociedades modernas. Nietzsche, por sentirse pagano, admiraba la crueldad. Pero los griegos no fueron tan crueles como somos hoy los hombres de esta decantada civilización del siglo XX. Con tanta hipocresía de humanidad y altruísmo, la piedad ha muerto en nuestros corazones. No hay que esperar al ''superhombre'' de Nietzsche. Su número ya es legión. En todas partes su planta férrea pesa sobre el cuello de los infelices y de los débiles. Atenas fué pagana, pero Atenas es la única entre las grandes ciudades de la historia, que ha tenido una estatua consagrada a la Piedad...

Mayo, 1913.

LA MUERTE DE LASSALLE

LA MUERTE DE LASSALLE

Marx fué el fundador del socialismo universal, gloria que le reconoce no sólo Alemania, sino el mundo; pero Lassalle, no obstante las diferencias que en doctrina y procedimientos hubieron de separarlos, fué el gran apóstol de la idea, su paladín brillante, su precursor elocuente. En el libro ponderoso de Marx sobre *El capital*, hay una profundidad genuinamente alemana, y un estilo digno, a veces, de aquellos filósofos incomprensibles de quienes se burló Schopenhauer. La pesadez germánica en su mayor fuerza y extensión, se manifiesta, para decirlo todo de una vez, en aquel volumen inmenso. En cambio, los discursos y escritos de Lassalle, deben su fama, principalmente, a su elegante y fogosa elocuencia. Hasta los que rechazan el fondo, admiran la forma y reconocen en ellos bellísimas páginas de la literatura alemana en el siglo XIX. Lassalle fué un gran orador

y un escritor insigne. Marx, sin embargo, fué más todavía: un genio.

El genio y el talento se distinguen esencialmente en que el primero es capaz, por su esfuerzo propio, de la realización completa de un fin. El talento depende, para su desarrollo o su extinción, de circunstancias exteriores. A ningún hombre de genio que haya ideado una gran obra literaria o política, religiosa o social, crítica o científica, le han detenido jamás los obstáculos. El genio es inconmovible ante la hostilidad o la indiferencia del mundo, y más todavía ante sus propias pasiones. Mas, el hombre de talento, puede dejarse llevar por otras sendas que lo aparten de la suya. Karl Marx cumplió su misión: creó el socialismo internacional, que, malo o bueno, acertado o erróneo, eso no importa ahora, es una fuerza gigante. Lassalle, a los treinta y nueve años—en 1864—murió en desafío por una casquivana.

Acaba de publicarse, en un libro interesantísimo, la historia de esta trágica pasión. (1) El autor describe a Fernando de Lassalle en el apogeo de su fama, cuando, después de nueve años de lucha titánica ante los tribunales, ganó, como abogado, el pleito célebre de la condesa de Hatzfeldt, quien le aseguró, en agradecimiento, una renta vitalicia anual de cerca de cinco mil duros en nuestra moneda de

---

(1) *Les amants de Geneve*, par Henry Bordeaux, Paris, 1912.

hoy. Su influencia política era enorme. Organizó el partido socialista, y cada uno de sus discursos era un acontecimiento que conmovía la nación. Perfeccionadas por el arte sus naturales dotes de orador y de escritor, había alcanzado, además, esa reputación sólida entre las clases cultas, que aun los enemigos respetan. Nada le faltaba, ni la belleza física. Con tales merecimientos ¿cómo podían dejar de admirarlo las mujeres?

Pero ninguna había logrado de él sino pasajeras atenciones, hasta que halló en su camino a Elena de Doenniges. Ella tenía veintiún años, y con su espléndida cabellera rubia, su correcta y movible fisonomía, "un milagro de belleza", como dice Bordeaux, sojuzgó desde el primer instante el corazón ardiente de Lassalle. También ella hubo de sentir la influencia de aquel hombre notable. Lo que ocurrió, según la frase del historiador de esos amores, fué como "un rayo para ambos." Pero, desgraciadamente, Lassalle había llegado tarde. Antes de su primera entrevista con Elena, el embajador Doenniges, padre de la joven, acababa de cederla en matrimonio al príncipe Yanko de Rakovitza.

Elena trató, por todos los medios, de aplazar la boda. Se trasladó a Righi-Kaltbad, luego a Woeggis, cerca de Berna, y Lassalle la siguió a esos lugares. Fueron novios románticamente, se juraron eterna fidelidad, y ella regresó a Ginebra para declarar a sus padres la firme resolución de romper con el príncipe y casarse con Lassalle.

El grave embajador y su esposa negaron el permiso para semejante matrimonio. Elena, al saber que Lassalle había llegado a la ciudad pocas horas después, corrió a casa del gran tribuno, y anegada en lágrimas, le propuso raptarla fugándose ambos para Francia. Lassalle vaciló, y rehusó por último. Amaba demasiado a la que ambicionaba hacer su esposa, para convertirla en heroína de un escándalo. A pesar de sus ideas contra las convenciones sociales, prefirió proceder legal y correctamente; y, socialista revolucionario en teoría, el amor le hizo creer que, en la práctica, el colmo de la humana felicidad era ser yerno sumiso del señor de Doenniges.

¿Qué efecto produjo esta actitud en el ánimo de Elena? Sin duda, al verse conducir por Lassalle otra vez al hogar paterno, experimentaría una decepción amarga. No importan los esfuerzos de Lassalle para convencer al embajador, no importa el honor que para ella resultaba de que su amante prefiriera hacerla su esposa a su querida; en la lógica de las hembras frívolas y orgullosas de su tipo, el hecho de rehusar un novio semejante proposición, sólo significa frialdad o desprecio. Si ella sacrificaba su honra, ¿por qué tuvo él más dominio sobre sí mismo? Porque amaba menos. Así pensaría Elena —¿quién que conozca el corazón femenino, puede dudarlo?—aunque Mr. Bordeaux parezca tan sorprendido, después, de su conducta.

Entre los amigos personales de Lassalle se contaba el sublime compositor Ricardo Wagner. Por influ-

jo de Wagner, el popular campeón del socialismo y de la democracia obtuvo una audiencia del rey Luis de Baviera, interesándolo en sus amores. El rey se propuso hablar al señor de Doenniges, su embajador. Mas de repente, "sin que se pueda saber por qué", dice Bordeaux—nosotros ya lo sabemos—Elena escribió a Lassalle una carta breve, seca, casi despreciativa, "terminando para siempre".

La desesperación del desdichado amante no tuvo límites. Suplicó, preguntó la causa de aquel cambio, mas todo fué inútil. El desdén de Elena hubo de manifestarse con tanta intensidad como su pasión, cuando quería ser raptada. Lassalle perdió el equilibrio moral. Provocó a duelo al padre y al novio. El embajador no hizo caso, pero el príncipe aceptó el reto.

En aquella época los lances entre caballeros se efectuaban generalmente a pistola, y por una extraña interpretación de la equidad que debe presidir en esos combates, y que, por fortuna, desde el código famoso de Chateauvillard, se ha cambiado más lógica y humanitariamente, el "provocado"—entonces no se atendía a quién fuera "el ofendido"—tiraba siempre el primero. El desafío se verificó en Crevin y fué muy breve. Yanko de Rakovitza disparó su arma y Lassalle cayó herido de muerte. Falleció a las pocas horas. A los pocos meses se casaron Elena y el príncipe.

En una carta escribió Elena, después, que "no había encontrado otro medio de consolarse de la muerte

de Lassalle, que casarse con su matador.'' ¿En qué podía consistir ese consuelo? En hablar de Lassalle con el príncipe. Pero Rakovitza tuvo la suerte de no vivir muchos años en semejante tortura. Tísico incurable, falleció en Boloña, y su viuda, apenas pasado el luto, entró en el teatro. En los carteles se la anunciaba como ''la mujer por quien murió Fernando de Lassalle''. Su viudez fué corta también, sus éxitos artísticos muy medianos. Se casó en segundas nupcias con el actor Friedmann. Volvió a enviudar, y se casó en terceras con Sergio de Schewitsch, un revolucionario ruso, con quien viajó por América.

Bella se mantuvo algunos años, pero, al fin, hilos de plata se entrelazaron con sus rubios cabellos de Lorelei, los cubrieron completamente, y el arte hizo vanos esfuerzos por substituir a la naturaleza. En su vejez lastimosa, con la cabeza blanca y el rostro surcado de líneas, después de una vida accidentada y de sus tres matrimonios, el novio romántico y célebre era el único hombre que llenaba su memoria. Para ella, y para los demás, fué siempre ''la mujer por la que murió Lassalle''. Hasta que, cansada, también, de una existencia tan triste en sus finales, se envenenó con cloral en un hotel de Munich, uno de los últimos días de septiembre de 1911.

M. Bordeaux considera su fin ''lógico y hasta armonioso'' con su vida ''apasionada''. Algo antes, tal vez, lo hubiera sido más. El hecho, que no oculta su biógrafo, es que fué educada—si eso se llama educa-

ción—“sin freno moral, en el culto de su belleza”, ante la que se acostumbró, en su juventud, a ver al mundo de hinojos. Mientras duró su dominio sobre los hombres, pudo hacer tantas víctimas como la sirena cantada por Heine, mas cuando la “vejez odiosa” destruyó uno a uno sus encantos, y sólo quedaron en su corazón, sin ideales ni arrepentimiento, la vanidad y el orgullo, era “lógico”—Mr. Bordeaux dice bien entonces—que hallara en el suicidio un término a su desastre.

Mujeres como la heroína de esta historia, ha habido y aun hay muchas en el mundo. La extraordinaria belleza femenina, cuando no va acompañada de la superioridad moral, y, como muy a menudo sucede, cuando se alía con una vanidad profunda y un orgullo indomable, no es un mérito, sino un instrumento de destrucción, un manantial inagotable de desgracias. Lo extraño no es el carácter cruel y escandaloso de Elena de Doenniges, sino que un hombre como Lassalle, pasado ya del término medio de la vida, y dueño de su poderosa inteligencia, fuera una de sus víctimas.

Esto demuestra que en él predominaba el corazón sobre la cabeza, la pasión sobre la razón, el instinto sexual sobre las ideas altruistas que predicó con elocuencia. Y demuestra, también—contraste muy frecuente en la naturaleza humana—, que a pesar de su fogosa y aparente energía, era un carácter bien débil, un juguete de sus impulsos y de los caprichos de una coqueta. ¿Cómo es posible colocar su

nombre entre los grandes reformadores, junto a la figura, cada día más portentosa, del fundador del socialismo internacional? Marx ocupa un puesto muy alto en la historia del pensamiento. Lassalle ha llenado una triste página en la historia de los amores célebres...



ALGO SOBRE WAGNER

ALGO SOBRE WAGNER

Contra Wagner se hablaba en burla hace más de medio siglo y continuó hablándose y escribiéndose hasta hace, tal vez, veinte años. Rossini en una ocasión puso cabeza abajo la partitura de "Lohengrin", para ver, según dijo a sus amigos, "si leyéndola al revés lograba entenderla". Prosper Merimèe, asombrado de que no hubiera "una sola melodía" en "Tanhauser", aseguró que su gato corriendo sobre las teclas de un piano, compondría una obra igual. Tolstoi calificaba de "pésimo" todo "El Anillo del Nibelungo." Los alemanes mismos no fueron más benévolos. Para Gustavo Engel "Lohengrin" era "la cháchara de un bebé." Casi hasta en nuestros mismos días ¿no ha escrito Max-Nordau, quien, quizás, se arrepienta de ello ahora, que el gusto por la música de Wagner es una demostración del desequilibrio en que dejaron el sistema nervioso de alemanes y franceses los horrores de la guerra de 1870?

El triunfo de Wagner ha sido completo, sin embargo, y cuando se oyen sus obras, bien ejecutadas y sin supresiones absurdas, y no se carece enteramente de sentimiento musical, se rectifica siempre. Si a la primera buena audición no se ha rectificado, lo cual es difícil, hay que volver. La frase de Rossini "para comprender a Wagner es preciso oírlo más de una vez, pero no seré yo quien vaya la segunda", no pasa de ser una gracia llena de injusticia, de aquel burlón sempiterno. Hay que ir la segunda, y convencerse entonces del inmenso error en que se ha vivido. Asombra luego como esas obras que al principio nos parecen tan destituídas de melodías, sean precisamente raudales de melodías, torrentes de inspiración, expresiones sublimes de los más hondos y verdaderos sentimientos humanos.

Lejos de predominar los instrumentos metálicos, predominan en ellas los de cuerda, sobre todo los violines. Lejos de no volver las melodías, que, según algunos, apenas apuntadas desaparecen, retornan constantemente, formando al través de la obra, un encantador tejido que une y desarrolla las principales ideas. ¿Cómo se explica, entonces, equivocación tan inmensa como la cometida con Wagner, de buena fe por sus contemporáneos? ¿Cómo se explica que se negara un hecho tan evidente, cual es el de la riqueza enorme de sus melodías? Tan sólo por la influencia de una escuela de ópera extraviada y absurda, que dominó en los teatros todo el tiempo necesario para extraviar el gusto público. Los be-

bedores consuetudinarios de cerveza ¿no sienten asco invencible por el vino de champaña? A un hombre de sentimientos estéticos, pero sin hábitos musicales adquiridos por la costumbre de oir óperas de Donizzetti y Verdi, que por primera vez escuchara una de éstas, y "Tanhauser" o "Lohengrin" o la "Tetralogía" entera (porque "Tanhauser" y "Lohengrin" dicen los wagnerianos, fueron "concesiones" del maestro) habría de gustarle más, mucho más la "Tetralogía."

Lo que Wagner se propuso, su gran creación de la "ópera", en la que reunió, como autor, al poeta y al músico, escribiendo él mismo sus libretos de portentosa poesía y perfeccionando el teatro griego; está muy explicado y dicho de mil y autorizadas maneras, para necesitar repetirlo a lectores cultos. Después que se oyen y se aprecian las obras de Wagner, no es posible aceptar el antiguo repertorio italiano. Confieso que muy pocas óperas de este repertorio—"Rigoleto", tal vez, la única,—me mueven ya a oírlas, y en cambio, siento verdadera tristeza cuando no me es posible asistir a buenas representaciones de Wagner, o de las obras de los músicos que han sabido ajustarse a sus teorías, sin imitarlas servilmente y alguno—como el inmortal Berlioz,—anticipándose a ellas.

De los imitadores nada puedo decir. Yo no sé si Wagner ha creado realmente una escuela, o, como otros genios en la historia del arte, ha realizado una concepción sublime, que decae y desaparece en ma-

nos de sus discípulos. Ya esta es cuestión de crítica musical más profunda de lo que puedo permitirme. Pero me inclino a creer que con las obras de Wagner ocurre lo que Cervantes con tanta razón decía de su libro, y es que se parecen a las armas de Orlando, sobre las cuales, según escribió el Ariosto, se puso el famoso letrero:

"...Nadie las mueva
Que entrar no pueda con Orlando a prueba."

Lo que me disgusta muy hondamente en Wagner es de lo que más se habla ahora con motivo de las nuevas y completas ediciones de sus "Memorias" y su correspondencia publicadas hace poco. Me refiero a su vida privada, en una palabra, al hombre. Tengo la impresión—y ya lo he dicho otra vez—de que fué un mal sujeto. Sus amores con Mathilde Wesendonck, mujer de un generoso amigo suyo, que lo protegió con dinero y le abrió las puertas de su hogar cuando andaba en la mayor miseria, sin esperanzas de ningún medio de sustento, no tiene disculpa. No hay pasión—y la de Wagner fué un capricho de su edad ya madura, olvidado fácilmente en sus tiempos de gloria—que pueda justificar la ingratitud ni la felonía.

Mientras no halló la protección de un príncipe y tuvo un teatro suyo donde representar sus obras, fué además, con sus peticiones de dinero, un perseguidor de sus amigos y admiradores. Esto hallaría ex-

plicación, y produciría lástica, si las peticiones hubieran sido ocasionadas por necesidad perentoria de salvar la vida a pobres seres sin otro amparo que el suyo, y aun, considerándose necesario, como él se creía para la humanidad, al deseo de mantener su propia existencia. Pero le movía sólo el amor egoísta al lujo y la ostentación, el "hábito", según él "indispensable", de vestir con ropa interior de "sedas finísimas", dormir en blandos colchones, y vivir en casas amplias y señoriales. ¡Cuán diferente a su conducta—como observa el crítico inglés Mr. Hadden—la resignación de Bach ante la pobreza, la triste vida de Mozart, que fué enterrado de limosna, las escaseces que sufrió con digna ecuanimidad Bethoven, y los sufrimientos de Brahms, doblegándose a dar clases a discípulos pobres y acompañar en el piano a los artistas de un café cantante!

Wagner miraba este aspecto de su vida desde un punto de vista muy original! Convencido de que su música era una parte importantísima del universo, esencial para la futura felicidad humana, creía a los demás hombres obligados a mantenerlo, no ya de modesta manera, sino con las satisfacciones y regalos que su naturaleza exigía para la cómoda producción de sus obras.

Cuando se atiende a la cantidad portentosa de trabajo que sus óperas representan, a la composición en verso de los dramas, a la parte musical tan intensa y larga, a la enorme orquestación, a los infinitos detalles que forman reunidos esos conjuntos gran-

diosos en los cuales la originalidad y la inspiración rivalizan con la ciencia, se comprende que quien hizo todo eso, además de ser un trabajador ciclópeo, no podía dedicarse a ningún otro esfuerzo de los que en el curso rutinario de nuestras sociedades proporcionan remuneraciones pecuniarias.

Si por el mero hecho de nacer príncipe o hijo de un millonario, o por pasar dos o tres décadas acumulando intereses de un capital pequeño en su origen, o por servir de intermediario en compras y ventas, o por defender pleiteantes o criminales ante la justicia, o por precipitar el fin de algunos enfermos y ayudar a la naturaleza a salvar otros, o por vender patatas, telas o sombreros detrás de un mostrador, puede cualquiera gozar ampliamente de la buena cama, de la buena mesa, las finas ropas y la amplitud del hogar que encantaban a Wagner ¿por qué ha de negarse todo eso al hombre capaz de componer "Parsifal" o "El Anillo del Nibelungo"? ¿Por qué obligarle, después de haber escrito el duo entre Wotama y Brunhilda, o la cabalgata de las Walkirias, o los lamentos desesperados de Tristán, a temblar de frío sobre un jergón de paja, y a cenar a la mísera luz de un candil de aceite un plato de coles con una cuchara de palo?

Pero aunque esto no sea justo, el grave error de Wagner consistió en creer que no era posible, y en degradar su personalidad apelando a préstamos los cuales sólo podía y sólo intentaba devolver con placeres estéticos y vislumbres de gloria. Se equivocó

suponiendo a la humanidad más culta de lo que es realmente, y que sus óperas importaban mucho al mundo. Gracias al haber tropezado con otro loco sublime como él—Luis, rey de Baviera—no vino a parar con sus poemas inmortales en una cárcel.

Preciso es tener muy presente esta verdad para no formarse un concepto erróneo de la vida: lo que menos importa a los hombres es la cultura, lo que menos les atrae es el arte, lo que menos les entusiasma, la ciencia misma, cuando no tiene aplicaciones a la industria o al comercio. La inmensa mayoría de los seres humanos que aparenta ocuparse de la ciencia, del arte y de la literatura, finge, por vanidad, poseer una afición de que carece en absoluto. Por esto, porque son muy pocos los peritos en esas cosas, son posibles las reputaciones usurpadas, y la popularidad, y hasta universalidad de obras mediocres, mientras otras, de verdadero mérito, pasan inavertidas. Por esto son posibles también la moda y el mal gusto en cuestiones de arte, y la osadía puede usurpar sus triunfos al talento.

No dudo que llegará una época, cuando la cultura intelectual de las masas sustituya a la imbecilidad repugnante que gobierna hoy el mundo, y entonces, por el hecho de escribir "Lohengrin", un hombre podrá habitar en un palacio. Pero esa edad de oro del intelecto y de la belleza está muy lejos todavía, y mientras tanto, sólo caben dos caminos, al que nace con la desgracia de una irresistible vocación literaria o artística: el de resignarse a la infelicidad,

vivir entre los suyos, conforme con el voto y el aplauso de una pobre minoría de desdichados como él, trabajando noble y silenciosamente por la elevación de esas mismas masas ignorantes que lo desprecian, o renunciar a la chispa divina que siente en el alma, apagarla como apaga el criminal la luz para no ser visible a sus perseguidores, y buscarse, como los otros, por la astucia, o la adulación, o el miedo, (pues la mayoría de los brutos es también muy cobarde), su puesto más o menos conspicuo en la fiesta donde se distribuyen los bienes de este mundo, y sentarse, bien suelta la pretina y holgada la panza, con un ojo sobre el plato y otro sobre el libro, no de historia, literatura, ni filosofía, sino de cheques.

1913.

DOSTOWÏESKY

DOSTOWÏESKY

Dostowïesky es el único escritor ruso que me ha hecho lamentar mi desconocimiento de su difícil idioma. A Tourguenef y Tolstoy los he leído en excelentes traducciones francesas, algunas de las cuales ellos han autorizado. A Gorki lo conozco en inglés, y también en buenas versiones. Pero "Crimen y Castigo"—que leí por vez primera en el pésimo español de una de esas ediciones catalanas, sin que por ello dejara de interesarme profundamente—y "La casa de los muertos", son libros que ni en inglés ni en francás, me parecen alcanzar, hasta ahora, la trágica intensidad que supongo en sus originales.

No exceptúo la última versión inglesa de las obras de Dostowïesky, por Mrs. Garnet—traductora, también, de Tourguenef—, y que, sin embargo, ha merecido, en la misma Rusia, grandes elogios. Pero acabo de leer "Crimen y Castigo", trasladado por esa señora, y pienso, como siempre, a pesar de sentir una

muy honda conmoción, que en ruso ha de ser esta novela más patética todavía. La duda, por desgracia, es para mí insoluble, y tal vez dependa del extraordinario poder de sugestión de Dostowïesky. Este gran escritor realista, no es de los que deja en el tintero una sola palabra, un solo rasgo, necesarios para la exacta comprensión de sus ideas o sus descripciones. Pero como sus personajes tienen tanta vida, como cuesta trabajo creer que no hayan existido tal y como el autor los describe, sin haber agregado, por su parte, el detalle más leve de su aspecto físico o moral, resulta con ellos lo que con los hombres que conocemos en el mundo, y que, cuando nos abren su corazón, y nos refieren sus miserias y tribulaciones, siempre reservan, en la penumbra, al menos, algo demasiado doloroso o demasiado humillante para ser expresado por la palabra.

Quizás, en los matices del idioma original de Dostowïesky, sea dable penetrar otro paso en las profundidades de esas conciencias. Y ¡qué conciencias! Raskolnicoff, la personificación del crimen convertido en idea y en carne; Porphyrius, el inflexible, el rectilíneo representante de la ley y el orden, el Javert ruso; Marmeladoff, el ebrio consuetudinario, irresponsable, y a la vez sublime por el último rayo de luz que brota de las tinieblas de su alma; Sonia, la ramera, redimida por las lágrimas, la esperanza en Dios, y el infortunio...

¿Qué imaginación satánica y dantesca, a la vez, ha podido crear semejantes seres? ¿En qué infier-

no del mundo, en qué antro de la tierra, han podido respirar y moverse? La pintura de la hampa miserable y hedionda de espíritu que parece haber en Rusia, ha sido trazada por Dostowïesky con intensidad incomparable en la historia literaria. Nada más tétrico, más tremendo. He preguntado en qué antro han existido tales seres, porque pálidos generalmente, resultan junto a ellos, los personajes más trágicos que ha concebido la fantasía. La imaginación de Dante, en sus horas más melancólicas, resulta débil comparada con la de este extraño, misterioso y fascinador novelista ruso. En cada página de "La casa de los muertos", una ola de escalofrío invade al lector. ¡Cuántos dolores, cuántos gemidos! Las mismas estepas siberianas, de donde parecen partir en este libro, como del infierno que soñó la mente medioevàl, ayes de moribundos, gritos de eternos torturados, no pueden tener más hielo que paralice la sangre, más desolación que conturbe el alma, que la acerada pluma de donde han salido cuadros tan terribles de humana miseria...

¿Será cierto que el héroe de "Crimen y Castigo", el asesino por convicción, el genio casi científico del asesinato, el terrible Raskolnikoff, es un autorretrato de Dostowïesky? El ánimo se acongoja al leer en sus cartas particulares, y hasta en su "Diario", descripciones de sí mismo hechas por el novelista, que corresponden, a veces, punto por punto, con el retrato de Raskolnikoff hecho por Razomukhin en la conmovedora novela. Dostowïesky, no obstante,

lejos de asesino, fué un buen hombre. Nació y se crió entre las capas sociales más bajas. Nació en un hospital, y se codeó en su juventud con los más humildes. Por eso habla como ellos, remeda su voz y los echa a andar ante nuestros ojos. En él había mucho de Raskolnikoff, sin duda; pero hemos de tener en cuenta que en este personaje, como tantas veces lo repite el propio Dostowïesky, ''existían dos naturalezas, las cuales alternativamente, se apoderaban de su alma.'' Era el héroe novelesco, mezcla extraña de angel y demonio. En el autor, también, hubo ambas cosas, pero el angel fué siempre el más fuerte, e iluminado por el genio, jamás se dejó vencer en absoluto por el negro enemigo que acechaba con ira en las profundidades de su conciencia.

Sería curioso averiguar si Robert Louis Stevenson, leyó ''Crimen y Castigo'', y si la dualidad de Raskolnikoff pudo sugerirle algo del carácter doble de su héroe en ''El caso extraño del doctorJeckyll y de Mr. Hyde.'' La prioridad de Dostowïesky es innegable. ''Crimen y Castigo'' se escribió en 1865, unos veinte años antes que la novela de Stevenson. No es, como la última, un cuento fantástico, sino un libro empapado en la realidad, compuesto en medio de las mayores angustias que puede resistir el corazón humano; y el hecho mismo de su composición constituye una de las pruebas más dolorosas a que se ha visto sometido un genio en la historia del arte.

¡Año tan amargo el de 1865 en la vida, preñada de dolores, del infeliz Dostowïesky! Perdió a su es-

posa, perdió al que más amaba entre sus hermanos, y a la quiebra de su primera empresa periodística—"Vremya"—siguió la de su segundo periódico, "Epoch." Perseguido por deudas, sin trabajo, sin nadie a quien volver los ojos, estuvo a punto de perder también la libertad, lo único que le quedaba en el mundo. Pero el alguacil encargado de prenderlo, a instancia de uno de los más despiadados acreedores, cayó bajo el influjo maravilloso de la simpatía que Dostowïesky inspiraba a quienes lo conocían íntimamente. Desde su primera visita, el hombre de la curia se interesó tanto por él, que volvió varias veces no para conducirlo a la prisión, sino para revelarle en sus detalles más odiosos, el mecanismo de la aplicación de las leyes en los tribunales de justicia, tal como se describe en "Crimen y Castigo."

Dostowïesky escapó a Wiesbaden. Llevaba una ínfima cantidad para hacer frente a las primeras necesidades y la tremenda carga de las deudas de su hermano—que también le cayeron encima—, de la viuda, desamparada y sin un céntimo, de ese hermano, y su familia toda, y de Paul—su propio entenado—al que amaba como un hijo, y era un niño todavía.

"Aquí estoy"—escribía a su amigo Wrangel—"solo, solo, apesar de estos pobres seres. Me siento presa del pánico. ¡Qué situación horrible! Veo mi existencia dividida en dos partes. En una, el pasado con todo lo que me animaba a luchar, y en la otra lo desconocido, sin un corazón que reempla-

ce a los que perdí para siempre. Literalmente, no hallo razón alguna para que yo continúe viviendo.''

Mientras tanto, frente a ese ''desconocido'' que lo aterraba, escribía su gran novela. Pero allí, en Wiesbaden, bien por el deseo de ganar algunas monedas para seguir la lucha, o bien porque de las dos naturalezas que pintó en Raskolnikoff, y en él también existían, la peor llegara a dominarlo, se dejó arrastrar menguadamente por el vicio que fué la más grande maldición de su vida. Dostowïesky era jugador. La pasión que ya creía haber ahogado, volvió a enseñorearse de su voluntad, y una tarde sombría regresó junto a los suyos, sin un céntimo para llenar las atenciones más apremiantes. Era ya en el mes de septiembre, y escribió al mismo Wrangel pidiendo auxilio. Pero como la respuesta no llegaba, volvió a pintarle su situación en estas líneas conmovedoras:

''Todo lo he perdido. Estoy adeudado en este hotel. No tengo el menor crédito con esta gente, y estoy en la posición más difícil y terrible que cabe imaginar entre los hombres. Desde que llegué todo me ha ido mal, pero ahora es el doble. Necesito volver a Rusia. Hay asuntos allí que no admiten demora. Mas ¿qué hacer? No puedo pagar mis deudas, ni marcharme tampoco, por falta de recursos para el viaje. He llegado al colmo de la desesperación.''

Sin embargo, en estas circunstancias más que difíciles, escribió ''Crimen y Castigo'', en su opinión

—tal vez acertada—, la mejor de sus obras. Algún momento, en la necesidad imprescindible de interrumpir su trabajo para enfrentarse con una realidad tan tenebrosa como la de sus sombríos personajes, exclamó, y así hubo de escribirlo en otra carta: "¡temo no poder llegar al fin! ¡Si sólo me dieran tiempo para concluír este libro!" Y su tenacidad portentosa, su genio—portentoso, también, para apartarse en situación tan crítica de la vida material, y concentrar la atención en un mundo imaginario, a pesar de su realismo—vencieron la negra ola que amenazaba ahogar en su nacimiento una de las más hermosas y originales creaciones de la literatura del siglo XIX.

Mas ¿cómo puede extrañar nadie el ambiente de dolor que llenn esas páginas? ¿Cómo puede extrañarse la dualidad del carácter de Raskolnikolff? Esclavo de la "idea fija", criminal por curiosidad, llega el instante en que él mismo se juzga y declara no tener el derecho de seguir sus inclinaciones, no encontrarse como él creía, fuera de la condición de los demás seres humanos. Dostowïesky, también, en sus terribles luchas con la humanidad, habría fallado alguna vez, lealmente, en contra de sí mismo. No se ve en sus obras, el idealismo constante de Tolstoy, ni su filosofía esotérica, pero en el fondo se asemejan en la doctrina de que el castigo va envuelto en el crimen, y de que existe, por fortuna para los hombres, una voz interior que llama al bien. Marmeladoff, el borracho cubierto de igno-

minia, conoce el secreto del castigo, y también la sublime virtud del perdón. Sonia, la prostituta, se redime exclamando: "sin Dios, ¿qué será de mí?" En las tinieblas de la vida de Dostowïesky, que prolongan sus sombras sobre sus libros, pasa, como rayo fulgente de luz, una pura, ideal, consoladora esperanza...

¿Podía ser de otro modo? ¿Podía reírse del más allá, quien sólo conoció el presente en su aspecto más doloroso y cruel? No es el escepticismo la natural inclinación de quienes no han tenido otro lote que el sufrimiento. La duda burlona se concibe en muchos momentos de la vida, mas nunca cuando todo se ha perdido en este mundo, cuando nada hay que esperar de los otros, y no caben ya, ni en sueños, mutaciones de la fortuna. Entonces, para el más descreído, la esperanza abre el cielo y pone en su corazón la plegaria. Absurdo sería imaginar una sonrisa volteriana sobre los labios de quien contempla por todas partes desierto el horizonte y se está hundiendo en una tembladera...

II

Acabo de leer ahora, en la misma traducción de Mrs. Garnet "La casa de los muertos" y las "Memorias" de Dostowïesky y han dejado en mi ánimo tan profunda impresión, que ningún otro asunto

literario pudiera en estos momentos ocupar mi pluma.

Dostowïesky es fascinante, absorbente, para todo aquel que ha contemplado de cerca las miserias de la vida, y sienta lo que se llama en inglés "the milk of human kindness", frase, desgraciadamente, sin equivalencia en castellano. ¿Será porque ni la idea, ni la emoción que indica, sean tan frecuentes entre los que hablamos la lengua de Cervantes como entre los que hablan la de Shakespeare? No me atrevo a contestar tan grave pregunta. Perdóneseme la digresión, mas esto de que los españoles, y los que de ellos descendemos, somos, por naturaleza, de alma dura, se repite tanto desde que don Pío Baroja publicó hace algunos meses su novela "El mundo es ansí", como en los tiempos en que España pretendía imponer al orbe, a sangre y fuego, su dominio espiritual y material, y, como era lógico, los españoles, a juicio de sus enemigos, nada tenían de tiernos. Pero cierta o no la observación,—allá la demuestran los españoles que como el señor Baroja se complacen en repetirla—, no tenemos tantas frases como existen en otras lenguas, para indicar los matices de la compasión ante las hondas manifestaciones del dolor humano. Tampoco tenemos palabras, según dicen sabios doctores, para expresar ese otro matiz dulcísimo de la amistad que los portugueses llaman "saudades"...

Volviendo al asunto, Dostowïesky para los ingleses, es algo así como un representante en la li-

teratura, un apóstol o un poeta, de "la religión del humano sufrimiento". (1)

Entre los grandes escritores realistas rusos,—más que Gorky, y Tolstoi,—es el que ha descrito con mayor exactitud su propia experiencia. ¡Y qué experiencia! Ya en el anterior capítulo he referido las circunstancias terribles en que concluyó "Crimen y Castigo": prófugo de Rusia porque sus acreedores lo perseguían para meterlo en la cárcel; arruinado por el juego en Wiesbaden; viviendo, con una larga familia, sin más amparo que el suyo, en una fonda que no podía pagar; agobiado de dolor por la muerte de su mujer y de su hermano más querido, y sin nadie a quien volver los ojos para implorar una mano salvadora. El hecho de que esa infeliz familia, para él carga tan tremenda, se compusiera de la viuda y los hijos de su hermano, y de su propio antenado, prueba hasta qué punto era generosa su alma.

Mas ninguna de esas angustias es comparable a las del resto de su vida, antes y después de "Crimen y Castigo". Nació en 1821 en Moscow, en un hospital, como ya he dicho. Su padre era un médico militar retirado, y su familia noble, de esa nobleza rusa arruinada y más digna de lástima aun—como toda nobleza arruinada—que el pueblo mismo, porque éste, acostumbrado a la privación y al infortu-

(1) (Léase en uno de los últimos números de la revista "Everyman", de Londres, el artículo titualdo "Dostowïesky and the religion of human suffering").

nio, no siente el dolor del contraste entre su miseria y sus aspiraciones.

Feodor Michaelowitch Dostowïesky, no conoció ninguna de las comodidades y placeres que gozaron sus antepasados. Su padre ya no tenía tierras que otros trabajaran. El escaso sueldo del médico infeliz, no podía bastar para el mantenimiento de los suyos, y Feodor sufrió desde temprano las punzantes privaciones de la miseria. No heredó bienes de fortuna, pero sí la degeneración fisiológica de las viejas familias aristocráticas. Era pequeño, casi raquítico, débil, pálido. En sus ojos abiertos y su expresión adolorida, parecía traslucirse el carácter salvaje e irritable de los niños hambrientos. Sufría ataques de epilepsia, y era la víctima constante de sus nervios estremecidos. Sin embargo, nada de esto adulteró la bondad de su corazón y su inmensa mansedumbre. Trabajó sin descanso en su juventud, y llegó a concluír su carrera universitaria. Hay en ''Crimen y Castigo'' páginas sombrías que relatan sus aventuras de esta época.

A los veintiún años, alcanzó el puesto de teniente de ingenieros. Pronto lo abandonó para dedicarse a escribir, y a los veintitrés publicó su primera obra, ''Pobres gentes'', de un realismo intenso, y que, no obstante ser una de sus novelas mejores, pasó inadvertida. En 1849, arrastrado por sus ideas generosas y su convencimiento de la necesidad de que en Rusia se concedieran mejoras políticas y sociales para aliviar las desgracias públicas, que él

tanto había observado, entró en un club de reformadores, que celebraba reuniones y debates sobre los asuntos de actualidad. Su actitud fué meramente platónica. Era demasiado soñador y artista, agitábanse en su cerebro demasiados proyectos de novelas, para entregarse a la política de acción. Pero una tarde, la terrible policía del Czar—gobernaba entonces en Rusia el inflexible Nicolás I—entró en el club, y prendió a treinta y seis individuos, acusados de tener un plan siniestro contra la seguridad y la paz. Uno de ellos era Dostowïesky. Su proceso fué rápido, naturalmente, y el tribunal lo sentenció a muerte con veintiuno de sus compañeros.

En una mañana del mes de Diciembre, los sacaron de la cárcel para llevarlos al lugar del suplicio. Los colocaron sobre una plataforma, de pie, desnudos de cintura arriba, al aire libre, y a muchos grados bajo cero, y mientras la nieve les caía sobre las carnes, les leyeron la sentencia. Frente a ellos, un pelotón de soldados preparábase a la ejecución. La lectura duró veinte minutos. Al terminarse, llegó la noticia del indulto por el Czar. Pero aquella escena cruel de tormento, nunca se apartó de la imaginación del novelista...

De allí fué conducido a Siberia a cumplir los tres años de trabajos forzados con los cuales se sustituyó la última pena. En "La casa de los muertos" se describen esos tres años de presidio con trágicos acentos de dolor, sólo igualados después en el "De profundis" de Oscar Wilde. Mas cumplida la con-

dena ¿qué hacer en el mundo? Dostowïesky se alistó de soldado, refugio abierto por la sociedad a los miserables que no han perdido aun el vigor físico.

En el presidio, se casó con la viuda con hijos de uno de sus compañeros de cadena. Su cariño por esta mujer fué inmenso, mas su matrimonio, más que obra del amor, lo fué de la generosidad. Era de esos seres infinitamente generosos, que siempre hallan otro más desgraciado por el cual llegan a los límites del sacrificio. En 1859 quedó libre y regresó a Rusia. Comenzó entonces para él una existencia de fracasos, de apuros, de tormentos morales, que hubieran matado a otro de constitución más robusta. Pero su vitalidad—él mismo lo dice—"era la de un gato". Con resistencia increíble, pasó al través de todas las dificultades hasta su escapatoria a Wiesbaden, que no fué la única, por cierto. Huyendo de sus acreedores emigró una segunda vez. La ruina de sus empresas periodísticas, su imprevisión, su generosidad, sus desastrosos negocios con usureros, y su pasión por el juego, superior a toda energía, convirtieron esa segunda parte de su vida en un infierno sin tregua de veintidós años. No ha habido en el mundo humillación, ni miseria que él no experimentara: días sin comer, noches de insomnio y de terror, a la intemperie, en Moscow y en San Petersburgo, persecuciones, injurias crueles, y abusos implacables de parte de seres groseros e incultos.

En medio de este maelstrom sin salida, a veces

cubierto de harapos, escondido en un cuchitril y saliendo para llevar a los suyos el pan ganado sabe Dios a fuerza de qué expedientes; otras pasando un año entre burgueses y comerciantes, lleno de esperanzas de lograr al fin la fortuna y luego entre mendigos nuevamente, y cerradas las puertas de todas las ilusiones, escribió esos libros sublimes por la penetrante observación y la pintura de la realidad, que se llaman "Humillados e insultados". "Los demonios", "La casa de los muertos", "Las memorias de la casa de los muertos", "Crimen y Castigo", "El Idiota"...

Cada uno de estos títulos es la síntesis de un infierno terrenal, y, aparte de sus méritos literarios, cada uno también, de los libros, y todos juntos, son ejemplos de laboriosidad portentosa. Todas son obras extensas y las hay de mil páginas apretadas de lectura. ¡Oh espantosa ironía del destino sin entrañas! Al fin, Dostowïesky fué recompensado, al fin la popularidad y la gloria llamaron a su pobre puerta. ¡Ejemplo portentoso del triunfo de la constancia, no igualado en la historia de la literatura universal! Pero ya era tarde. Su "vitalidad de gato" se había rendido, y murió sin gustar apenas de las ventajas del cambio de su fortuna.

En 1881, los funerales de Dostowïesky fueron la más grandiosa manifestación de simpatía y respeto hecha a ningún literato hasta entonces, en Rusia, y, tal vez, en la tierra, si exceptuamos a Víctor Hugo. Príncipes de la Corte imperial, ministros del gabine-

te del emperador, escritores, abogados, estudiantes, comerciantes, obreros, en una palabra, más de cien mil personas de todas las clases sociales, acompañaron a su descanso último los restos del presidiario, del jugador, del epiléptico, del periodista tramposo, que a pesar de todas esas apariencias, fué en el fondo un ángel de bondad infinita. Ningún rigor de la suerte, ninguna injusticia de la sociedad, pudo hacer, con efecto, que Feodor Michaelowitch Dostowïesky, "humillado e insultado" por los hombres, perdiera su dulce y cristiana resignación, su amor a los desgraciados como él, su piedad a los perversos, y su esperanza en otro mundo de verdad y justicia...

EDGARD A. POE

EDGARD A. POE

La fama de Edgard Poe es cada día más universal. En Francia, sobre todo, desde que Baudelaire popularizó tanto su nombre, ocupa un puesto altísimo entre aquellos escritores y poetas extranjeros cuyas obras, traducidas al francés, se leen y estiman como las de autores nacionales, y, a veces, hasta más que en sus propios idiomas. Así, por ejemplo, ocurre con Turguenef y Tolstoi, y casi, casi con el mismo Heine, más olvidado en Alemania que en su patria adoptiva.

En cuanto a Heine y a Poe, la razón es clara. Del primero se ha dicho que "fué un ruiseñor alemán anidado en la peluca de Voltaire", y del segundo se podría decir que fué un ciudadano de Boston, con el alma y la mente de un francés artista.

Ambos son "clásicos" en sus respetivas lenguas. Difícil sería encontrar un tratado de poética alemana, sin ejemplos tomados del autor de "Lorelei" o

de "Los granaderos", o un tratado de poesía inglesa,—de los escritos sin estúpidas rivalidades contra los americanos—donde no se citen esas maravillas de ejecución prosódica y onomatopéyica, tildadas "Las campanas"—en que Poe superó a Schiller—y "El cuervo," por nadie en el mundo imitadas siquiera medianamente.

Pero la mentalidad de Heine y, los sentimientos, expresados en sus "Reisebilder" (cuadros de viajes), o en el libro con que refutó el de Madame de Stael sobre "La Alemania", causa principal de su impopularidad en el lado germánico del Rhin—fueron en absoluto franceses. Lo propio sucede con Poe, anglosajón sólo en la síntaxis y el vocabulario, pero francés en los matices misteriosos e indefinibles del pensamiento y del gusto, que constituyen el "estilo" y el carácter de un autor, como las costumbres y opiniones constituyen el carácter de un hombre.

El genio de Poe—sin hablar de su imaginación maravillosa—fué tan dúctil como extenso. Tuvo la plasticidad peculiar de los novelistas ingleses, el sentimentalismo para deleitar a los lectores de novelas en Inglaterra y los Estados Unidos, y además la tendencia a lo abstracto que es uno de los caracteres esenciales de la mentalidad latina. Por esto, sus pensamientos, sus frases sueltas, sus observaciones críticas en literatura y arte, tienen en Francia admiradores sin cuento.

La última obra suya publicada este año, en París, con el título de "Marginalia"—traducida al fran-

cés por Víctor Orban—contiene las ideas que sus variadas lecturas le sugirieron, y acostumbraba a escribir con lápiz en las márgenes de los libros. Esta costumbre de algunos grandes escritores ha hecho conservar a veces verdaderas joyas literarias, tan brillantes como breves, y surgidas, por sucesión de ideas, de una observación o de un hecho no completados en otro autor. De Víctor Hugo tenemos hermosas frases, compuestas de ese modo. Algunas de Edgard Poe, contienen la sustancia de muchos libros de observación y filosofía.

"Decidle a un pillo tres o cuatro veces diarias que es un modelo de probidad, y, por lo menos, lograréis hacer de él un hombre como todos. A la inversa, si os obstináis en acusar de infamia a un hombre honrado, despertaréis en él algún día el deseo perverso de probar que no habéis cometido un error."

Este pensamiento de Poe—a primera vista paradójico—se completa en seguida por el siguiente:

"Sin duda toda causa produce un efecto, pero en lo moral, es igualmente indiscutible que la repetición constante de los efectos tiende a producir una causa. He aquí el principio que, de manera bien vaga, llamamos hábito."

La conocida máxima de Vauvenargues: "los grandes pensamientos salen del corazón", se halla más claramente expresada, y con mayor verdad, en estas otras líneas escritas por Poe en el margen de un libro.

"No sólo creo una paradoja atribuír un carácter vil a un hombre de genio, sino declaro, sin temor de

contradicción, que el genio más grande no es otra cosa que la nobleza moral más alta.''

He aquí una refutación anticipada hecha por Poe a sus enemigos, su mentís a los calumniadores que han manchado su memoria, presentándolo como un ejemplo de profunda degradación, ante el cual palidece la leyenda de los vicios y hasta crímenes atribuídos a Byron.

La verdad sobre Poe es que fué un hombre de alma generosa, un buen amigo, casi un modelo de virtudes privadas. Nada más incierto que las orgías en que se cuenta tomó parte, ni que se debiera su muerte a un ataque de ''delirium tremens'', en medio del cual—como si semejante cosa fuera posible—escribió uno de sus más espeluznantes cuentos fantásticos.

Por el contrario, el arte y los libros fueron sus amores, y como su perfección de estilo revela bien a las claras, también lo fué el estudio, hondo y meditado, de su idioma. No era un ''bohemio'' literario, un extravagante crapuloso y sin conciencia, como supuso el propio Baudelaire, quien se dió a imitar muchas de las ''extrañezas'' atribuídas a Poe. Fué lo que llaman los ingleses un ''scholar'', un erudito, y, como novelista y poeta, un talento inmensamente original y creador, una de esas raras figuras que aparecen en la historia literaria una o dos veces cada siglo, para abrir horizontes nuevos y señalar un camino a miles de imitadores en su lengua y en las extrañas.

Con pensar que su existencia fué tan corta—38 años, desde 1811 hasta 1849—y en la popularidad creciente en el mundo, no sólo de sus libros, sino de los géneros literarios que inició—el cuento fantástico filosófico, la novela científica, la novela de "detectives", y en esta clase, la que dió origen al tipo famoso de Sherlock Holmes, desarrollado en nuestros días por Conan Doyle—, comprenderemos hasta donde era fenomenal su vigoroso intelecto. Si a todo ello se añade que Poe es uno de los primeros poetas del siglo XIX—digno rival, por los alientos y la forma exquisita, de Víctor Hugo y de Tennyson—¿cómo no concederle un lugar muy alto entre los genios universales e imperecederos?

Mas tuvo la desgracia de despertar el odio de almas viles, roídas por la envidia. No pudiendo negar sus méritos intelectuales, se conformaron con calumniarlo como hombre. Muchas veces—y esto sucedió a Poe—la pena del genio es la infamia, y del propio modo que en la fábula célebre de Heredia, decía el buho "ver claro de noche es mi delito", elevarse demasiado sobre los otros resulta, precisamente, un crimen. Las torres y las encinas atraen los rayos pero no los arbustos. Además, justo es decir que Poe provocó también grandes iras. En sus críticas literarias, hay de todo. Si reconoció el genio de Tennyson y el de la Browning, tuvo también censuras durísimas que la posteridad no ha aceptado, contra la dulce y soñadora musa de Longfellow.

A pesar de ello, Poe era demasiado grande para

la camarilla de literatos de Boston y Nueva York que hubo de rodearlo en vida. A su muerte, uno de sus peores envidiosos—el infame Griswold—escribió la primera nota biográfica al frente de la edición completa de sus obras y, envueltas en elogios a su talento, deslizó las calumnias que habían de hacerlo odiar por una sociedad pudibunda e hipócrita.

La teoría de Poe de que el genio es siempre la superioridad moral, no es exacta. El genio es obra de la naturaleza, y la naturaleza, produce al genio y al monstruo, y procede con indiferencia absoluta a la moral y a la justicia. Pero el genio, en cambio, que la Avellaneda comparó al sol, nace, como el sol, para un sacrificio eterno, para consumirse en derramar su luz, sobre el bueno y sobre el malo, para dar el calor y la vida a los mismos que prefieren agitarse en las tinieblas.

1912.

WHITMAN

WHITMAN

Walt Whitman, antes de morir en 1892 de parálisis y de purulencia, tuvo la dicha inefable de saber que su nombre sobreviviría en la historia literaria, no sólo de su país, sino del mundo.

Una voz anticipada de su fama futura, resonó en sus oídos de agonizante, como para confirmarlo en su enérgica afirmación de que la vida es eterna, de que

> ''The earth is not an echo, man and his life and all the things of life are well consider'd;
>
> ''You are not thrown to the winds, you gather certainly and safely around yourself,
>
> ''Yourself! Yourself! Yourself for ever and ever!''

Aquella voz fué la del crítico parisiense M. Gabriel Sarrazin, que elogió entusiastamente a Whitman en uno de los mejores ensayos de su libro sobre ''El renacimiento de la poesía inglesa''. El poeta, a pesar

de su americanismo y su desprecio por el arte literario convencional de la vieja Europa soñaba con la aprobación de la crítica en Francia, y comparó el estudio de Sarrazin, a "un gran viento alisio empujando el navío hacia el puerto".

En 1872, Madame Th. Bentzon, y en 1884 M. Leo Quesnel, que se ocuparon de Whitman en París en artículos de revistas, no le habían sido tan favorables. Reflejaban la impresión de los primeros censores americanos e ingleses del excéntrico bardo, desde Henry-David Thoreau, a quien parecía que en sus poemas "hablaban animales", hasta Swinburne, que lo comparó a "una vendedora de manzanas revolcándose borracha en el arroyo".

Los artículos benévolos y hasta encomiásticos que saludaron en 1855 la aparición de su primer volumen *Leaves of grass,* no podían tampoco satisfacer a Whitman. Los escribió él mismo, y por amistad se publicaron. La única opinión sincera en su propio país que no le combatió en vida—no obstante algunos distingos y salvedades—fué la de Emerson. El cantor iconoclasta debía, por consiguiente, agradecer, en su lecho de moribundo, el acento amigo que desde el Sena le anunciaba la gloria.

Muerto Whitman, continuó teniendo admiradores franceses. El libro de M. León Bazalgette, *Walt Whitman, el hombre y su obra,* y su traducción de *Leaves of Grass,* publicados ambos en el *Mercurio de Francia,* han contribuído grandemente—dice el distinguido escritor francés M. Maurice Muret—"a

producir entre nosotros alrededor del coloso americano, un movimiento de curiosidad y simpatía''.

Los traductores de sus poemas sueltos, han sido varios, también, en el mismo idioma. Por último, Mr. Basil de Sèlincourt acaba de dar a la estampa en lengua inglesa un interesante estudio crítico sobre Whitman. (1)

La prensa literaria en París y Londres, ha recibido esta obra con generales aplausos. M. de Sèlincourt descubre en Withman, no, como se ha dicho, un gran ''impresionista'', no, como generalmente se cree, el padre del ''decadentismo'' contemporáneo, sino algo más osado todavía: un precursor de Marinetti y de los ''futuristas''. Pero su conclusión última es que ''en el poeta de *Leaves of grass,* el hombre es más grande aún que el autor''.

Withman daría su asentimiento a esta sentencia y a quien se permitiera negarla, le repetería su propio verso, parecido a un golpe de ariete:

''How dare you place anything before a man?''

El padre de Withman descendía directamente de uno de los primeros ingleses que se establecieron en New York, y su madre era de origen holandés. Pertenecía, pues, el poeta a la clase de nobles neoyor-

(1) *Walt Whitman, a Critical Study,* by Basil de Sélincourt, Martín Secker, publisher. London, 1914.

kinos, que se vanagloría de su ascendencia puritana, y podía, también, por su sangre materna, reclamar un sitio entre los "knickerbokers".

La hacienda de su padre, a unos cincuenta kilómetros del antiguo New York—en Long Island—venía por herencia del primer Withman, colono americano. El campo y el mar, he aquí los dos grandes espectáculos de su niñez. ¡Cuántas veces, sentado en la playa, solitario y pensativo, contemplaría el inmenso océano en el cual su imaginación había más tarde de encontrar tantas bellas metáforas, tantas valientes imágenes de audaz impresionismo!

Sólo quien haya visto el mar muchas veces y haya observado sus movimientos de irritada soberbia cuando parece azotar con las olas el firmamento, puede escribir como Withman:

> "...Break, lovely waves of the sea, burst your crest,
> In a wast peal of laugher right up to the stars!"...

Pero es imposible pasar la vida contemplando el mar y las estrellas. Por hermosas que sean las luchas ciclópeas de los elementos, los hombres han inventado otra lucha más terrible, aunque menos grandiosa, al ras de la tierra, y en medio de la sociedad. Es preciso vivir del sudor de la frente. Walt Withman tenía ocho hermanos. La pobre hacienda no daba para todos. El padre se mudó a Brooklyn y se estableció de carpintero. Walt tomó también el escoplo y el martillo.

Después se dedicó a la tipografía. A los trece años era cajista. A los diez y siete, se ayudó dando clases a niños en casas particulares, y escribiendo para la prensa diaria. A los veinte dirigía un periódico. Pero en ninguno de estos oficios fué constante. Hasta los treinta y tres años vivió unas veces de cajista, otras de redactor o colaborador, y sin más propósito que el de satisfacer con modestia sus diarias necesidades. Cuando lograba lo suficiente, cesaba todo trabajo. Su principal ocupación—fuera de la poesía—era vagar sin rumbo y observar a los hombres y la naturaleza. En 1855 dió a luz su obra más característica, *Leaves of grass.*

Fué tan inconstante en el amor como en el trabajo material. Era hombre de extraordinaria belleza, alto, fuerte, erguido, de romántica fisonomía, de cabeza admirable, lo que llaman los pintores "cabeza de estudio". Lincoln, cuando lo vió por primera vez, dijo: "He looks like a man". Y las mujeres, por consiguiente, lo amaron, aunque él no se casó, ni siquiera mantuvo una amante preferida por largo tiempo.

Sin embargo, llegó a tener, según dicen, seis hijos naturales, y se cuenta que le inspiraron tan pocos o ningunos desvelos, que se ha llegado en este punto a compararlo con Rousseau. Hasta dónde la acusación es justa, es cosa difícil de averiguar. El abandono, y aún que tales hijos fueran suyos, no está probado. Lo que nadie puede poner en duda—y en esto lo separa de Rousseau distancia inmensa,—es

que si Withman cantaba y predicaba el amor, la caridad y las ideas más altruistas, fué, también, en la práctica, un héroe y un santo, que sacrificó su propia vida por el bien de sus semejantes. Si en vez de ciudadano americano, hubiera sido un francés o un español, sobre ningún pecho, en verdad, con más justicia que el suyo, habrían podido lucir las insignias de la Legión de Honor, la medalla del premio Montyón, o la gran cruz de Beneficencia.

Al estallar la espantosa guerra entre el Norte y el Sur, su hermano Jorge, soldado del Norte, fué uno de los primeros heridos. Walt corrió a su cabecera, y se dedicó a cuidarle con devoción sublime, arrancándolo de las garras de la muerte. Su tierno corazón, conmovido ante los desastres de la contienda, no hubo de conformarse con la asistencia de Jorge. Se alistó de voluntario en el ejército del Norte, para desempeñar el único papel que un alma cristiana puede asumir, por su propio impulso, en una guerra: el de enfermero en el cuerpo de Sanidad.

En su libro en prosa *Specimen days,* relató sus dramáticas experiencias de la campaña, y en los versos—sus versos de siempre, originalísimos e innovadores—de *Drum Taps* y *The wound dresser,* sus impresiones de artista ante aquellos cuadros sublimes de valor y sufrimiento. Pero su poesía no pudo ser más noble que su abnegación. El poeta se convirtió en ángel. Nadie le igualó en actividad y cariño para las víctimas de la lucha sangrienta. Una vez, ayudando al médico a operar sobre un gangrenado, se

inoculó el veneno que acabó más tarde con su propia vida.

Aquel hombre hermoso, fuerte, sano, se cambió en un espectro. Hubo que retirarlo de la guerra, y conferirle un modesto empleo del Gobierno. Mas un ministro, como tantos ministros sin meollo que eleva la política, lo dejó cesante a pretexto de que había escrito "inmoralidades". La opinión pública se alzó en favor de Whitman y se le repuso; pero el coloso estaba ya herido de muerte. Su naturaleza hercúlea, luchaba contra el veneno en su sangre, mas no pudo expulsarlo. Se contaminaron las arterias, el organismo todo. En 1873, sobrevino el primer ataque de parálisis. Así se mantuvo en lenta y angustiosa agonía diez y nueve años, hasta que expiró en Candem, New Jersey, a la edad de setenta y tres. Nació en 1814. Murió en 1892.

El crítico literario del *Times*, de Londres, al referirse al libro de M. de Sèlincourt, observa que la poesía "es siempre la revelación del pensamiento y el sentimiento de un ser humano solitario"; que "su excelencia depende, superficialmente, de un acuerdo con la gran tradición poética y esencialmente de su emancipación de ella". Por todo esto, "un poeta que sólo es el eco de sus predecesores inmediatos, con ese encanto engañador que presta el eco a las voces, puede estar seguro de un éxito también inmediato,

pero, de la misma manera, del olvido final''. Con tales palabras pretende explicarnos, según parece, el mal recibimiento de Whitman cuando publicó *Leaves of grass,* y su fama en nuestros días.

Mucho hay que decir sobre ello. Como todas las definiciones y afirmaciones absolutas, la del crítico inglés es harto débil. Ni Homero ni Dante revelaron sólo sus pensamientos y sentimientos ''solitarios'', ni se emanciparon de ninguna gran tradición poética, ni es posible considerar la poesía sin ellos. Además, el éxito ''inmediato'' de los imitadores, nunca ha sido el más apetecible. Los imitadores sólo sirven para probar no su éxito, sino el de los iniciadores.

Lo que evidentemente ocurre es que en poesía—como en todas las artes—los genios, cuando rompen con un gusto rutinario, o con formas estrechas y equivocadas, hallan la natural oposición de los prejuicios, las pasiones y los intereses de su época. Pero su triunfo no siempre es lejano. Víctor Hugo y Wagner, por ejemplo—no obstante sus luchas—, ¿no vieron, al fin, por el aplauso de sus compatriotas, cuál sería el de las edades?

Lo que importa no es emanciparse o nó de una tradición poética o artística, adoptar o nó una forma vieja o nueva. Lo que importa es tener razón, y sea cual fuere el metro, o sin ninguno, crear obras bellas, obras que hagan vibrar las cuerdas de la simpatía y del entusiasmo, y hagan responder a tono con la nota inspirada de la lira del poeta, todas las liras

de la humanidad, porque no hay pecho sin una, no hay hombre sin poesía, si es hombre...

En cuanto al "futurismo" de Whitman, paréceme injusto, a pretexto de su coincidencia con algunas ideas de Marinetti, comparar a éste con el gran cantor americano. Whitman, es cierto que dijo: "Yo proyecto la historia del futuro". También añadió: "No hagáis citas, ni referencias a otros escritores", y escribió con arrogancia que "los grandes poetas de Asia y Europa han hecho su obra, y pasado a otras esferas; mas una obra queda por hacer, la de sobrepujar lo que ellos han hecho". Marinetti ha propagado las mismas ideas, exagerándolas a extremos inconcebibles, y tiene iguales ambiciones, pero nada más. Whitman no sólo ha dicho eso, sino ha sabido expresar con elocuencia arrebatadora el espíritu luchador y brioso de su pueblo y de su mundo de América, el optimismo ingenuo de una nación joven y fuerte, y su fe inquebrantable en los destinos humanos y en la grandeza inmortal de la raza.

Su metrificación será extraña, pero su genio es hermano del de los grandes apóstoles del progreso y la libertad. Sus defectos, sus únicos defectos, consisten en que a veces, impulsado por la corriente de sus nobles ideas, sus palabras, como piara de caballos desbocados corriendo hacia el horizonte, tropiezan, se empujan y se pierden, al fin, en oscuridad lamentable. Es el defecto de todos los excéntricos en literatura. Cuando sólo tienen la excentricidad y care-

cen del alma, su puesto en el Parnaso es como el de los anormales en la sociedad. Cuando su temple es el de Whitman, no hay que atender a sus palabras, sino a su inspiración. También él lo dijo: "*The words of my book are nothing, the drift of it everything*".



AMORES DE CHATEAUBRIAND

AMORES DE CHATEAUBRIAND

Cuando Víctor Hugo tenía apenas quince años, escribió en su cuaderno del colegio, y con gran disgusto, según se cuenta, de su profesor, estas palabras:

"Quiero ser un Chateaubriad, o nada.—10 de julio de 1816."

Chateaubriand, poco después, pagó la admiración del joven poeta con elogios bondadosos, y no poca parte de la fama que adquirió Víctor Hugo en los primeros años de su vida pública, se debió a que el autor de *Los mártires* le llamara "niño sublime".

¡Cuán enorme diferencia entre la reputación de Chateaubriand a los comienzos del siglo XIX, cuando era el árbitro indiscutible, el dispensador de la gloria literaria en Francia, y el olvido en que llegó a caer su nombre desde los finales de la misma centuria! En nuestros días, los pocos lectores de sus libros, son extranjeros más que franceses. En Francia, du-

rante las dos últimas generaciones, nadie, o casi nadie, ha leído *Atala* ni *René*. *El Ensayo sobre la literatura inglesa,* no obstante algunos de sus juicios verdaderamente admirables, ni siquiera se ha recordado como la obra de un precursor, después que Taine publicó su ''historia'' sobre el mismo asunto. *Las Memorias de Ultratumba,* se mencionan tan sólo para señalar su falta de sinceridad y de exactitud. *El Genio del Cristianismo,* se juzga como un libro de propaganda, que tuvo su época. Los propios *Mártires* han quedado en el modesto lugar de premios literarios en las escuelas católicas para la infancia, o de materiales para folletines en los periódicos de sacristía...

¡Triste descendimiento del alto pedestal en que colocó al padre del romanticismo francés, la admiración ardiente de sus contemporáneos! Pero ¿ha sido justo semejante olvido? En absoluto no. Las conferencias de Jules Lemaître sobre Chateaubriand, pronunciadas en París en enero y febrero últimos, aunque han puesto de relieve los errores del escritor y del hombre, han hecho ver, también, sus dotes singulares de estilista, su maravilloso dominio de la lengua francesa, y la superioridad de su carácter y de su talento, que—sin embargo de todas sus faltas—le elevaron tanto sobre los políticos y escritores de la Restauración.

Lemaître, en una palabra, ha vuelto a ''poner de moda'' a Chateaubriand, y como, a la vez, el catolicismo está en alza en la sociedad elegante de Euro-

pa, su gran paladín en la literatura, y su gran hombre de acción en el gobierno, ha venido a recobrar en el siglo XX algo así como una parte, aunque pequeña, de la extraordinaria popularidad que tuvo en vida.

Pero, como ocurre siempre en estas resurrecciones, de Chateaubriand se habla mucho sin leerlo, y la parte anecdótica de su existencia despierta mayor interés que sus ideas. Todos sabemos que la solidez y extensión de su fama, la debió a las mujeres, de quienes fué un ídolo en la juventud, y aun en su verde ancianidad. Entrado en años es como la condesa de Boigne lo presenta ejerciendo un dominio absoluto en la voluntad de un grupo de admiradoras que vivía pendiente de sus labios, que lo contemplaba extáticamente, y pasaba con frecuencia a los extremos del ridículo a que suele conducir a las damas románticas el entusiasmo por un dios de las letras.

Chateaubriand era en todo un epicúreo, y sabía prolongar, para apurarlos, esos goces del espíritu que tocan en los límites de los placeres materiales y casi se confunden con ellos. Se dejaba querer, admirar e incensar por sus bellas amigas, dispensando a cada una sus horas de favor y de protección, en que la hacía poseedora de algunos de sus "secretos" íntimos, de alguno de sus proyectos grandiosos, de alguna de sus páginas inéditas e inmortales...

Naturalmente, en muchas ocasiones, el hombre—y hombre tan bello, de exquisita pulcritud corporal y de refinada elegancia—atraía más la tierna contem-

plación o sojuzgaba con mayor fuerza la voluntad de algunas de aquellas admiradoras, que el mismo "genio" cuando describía con acentos tan inspirados las torturas atroces de los primeros mártires del cristianismo, o los actos de castidad, de fe y de virtud sublimes.

Entre los varios libros publicados sobre Chateaubriand después de las conferencias de Lemaître, uno de los más aplaudidos es el que, con un prólogo y notas muy amenas de M. Georges Pierredon, contiene las confidencias del propio autor de *Los mártires*, sobre sus amantes y sus amadas. (1)

El gran escritor, como casi todos los escritores, grandes o pequeños, era indiscretísimo, y sentía, lo mismo que cualquier otro, el placer de mover la pluma, para enterar, si no a su siglo, a los futuros, de las agitaciones de su alma tan ardiente como voluble. Estos amores eran ya célebres en su época. Si, como dice el refrán castellano, "el amor y el dinero no pueden estar encubiertos", muchísimo menos podían estarlo el amor o los amores de quien, por su prestigio intelectual, su poder y sus atractivos, era el blanco de todas las miradas y todas las curiosidades.

Luego—aunque M. Pierredon observe que sin las "indiscreciones" de Chateaubriand, sus amantes habrían quedado para la posteridad, "solas en el reposo sin fin de sus tumbas"—ellas, también, por su

(1) *Amours, par Chateaubriand,* avec une introduction et des parenthéses par George Pierredon, París, E. Sansot et Cie.; 1912.

rango o su belleza, ocupaban lugares prominentes ante los ojos del mundo.

Aquel "don Juan católico", aquel Tenorio insaciable, que predicaba la autoridad suprema de la Iglesia y el origen divino de los reyes, recorrió en sus aventuras mujeriles, como el héroe de Zorrilla, "toda la escala social". Desde "la Sílfide de Cambourg", hasta la duquesa Durás, los amores de Chateaubriand tuvieron por escenario, tan pronto los bastidores de un teatro, como la alcoba de un palacio de la rancia nobleza. Sus relaciones con Charlotte Ives, Madame de Custines, Madame de Noailles y Madame de Beaumont, prueban la enorme diversidad de sus gustos y de los caracteres femeninos que ocuparon su imaginación apasionada.

Madame de Récamier, si no la más adorada por Chateaubriand, fué la más célebre de todas; aquella mujer de belleza tan extraordinaria que cuando entraba en la iglesia o pasaba por las calles, la seguían las multitudes llenas de asombro, aquella con quien sólo se admitía que fuera comparada Helena, y que, sin haber amado al autor del *Genio del cristianismo,* sería hoy igualmente inmortal por su retrato admirable en el Louvre, obra del pincel de David. Mas ¡cuántas otras ocuparon, también, el corazón sensible y agradecido de Chateaubriand! La marquesa de Vichet y la condesa Boni de Castellane—notable, esta última, por la agudeza de su ingenio—le inspiraron páginas peregrinas. ¿Las amó a todas, acaso, con la misma violencia? Cierto parece que cada uno

de estos lances tuvo su instante de profunda intensidad, en el cual pareció una pasión única en la vida. "Muy frecuentemente—Chateaubriand escribió—se siente uno más agitado por una debilidad secreta del alma, que por la suerte de un imperio".

No conocería, sin duda, Luis XVIII esta opinión de su ministro de estado, cuando con tanto fervor leía ante la Cámara Francesa, el 28 de enero de 1823, su "discurso de la corona", escrito por Chateaubriand, anunciando la invasión de España por "los cien mil hijos de San Luis" al mando del duque de Angulema, para que "Fernando VII quede en libertad de dar a su pueblo las instituciones *que no puede recibir sino de él,* y su tranquilidad se asegure, disipando las justas inquietudes de Francia".

Chateaubriand disipaba las suyas en brazos de las más bellas mujeres de París, y, ¿qué le importaban entonces ni el derecho divino de los reyes, ni los lazos sagrados del matrimonio, ni la castidad cristiana, a la que hubo de consagrar tantas frases sonoras? Por esto se le ha olvidado, y Víctor Hugo, que en 1816 deseaba ser "un Chateaubriand o nada", vivirá eternamente. La gloria se funda en la verdad. Hugo exageró sus sentimientos, pero los tenía. Chateaubriand cantó la virtud, guiñando el ojo a sus queridas...

1913.

VICTOR HUGO
Y "LOS TRABAJADORES DEL MAR"

VICTOR HUGO

— Y —

"LOS TRABAJADORES DEL MAR"

En la última edición de *Los trabajadores del mar,* que forma parte de las "obras completas" de Víctor Hugo, publicadas por su testamentario M. Gustave Simon, se incluyen, además de un prólogo, dos capítulos inéditos, y numerosas notas, sacadas de los "apuntes de viaje" del gran poeta, los 36 dibujos a la pluma con que él mismo adornó el manuscrito de su novela portentosa.

Verdadero regalo de bibliógrafos es el precioso volumen. El manuscrito, único de Víctor Hugo que contiene dibujos de su mano, se conserva como un tesoro, desde 1892, en la Biblioteca Nacional de Francia. El autor de *Los miserables,* como sabemos todos, ilustró muchas de sus obras, pero coleccionaba sus ilustraciones—las de *El Rin,* por ejemplo—en cua-

dernos o en hojas aparte. En *Los trabajadores del mar* las intercaló en el propio manuscrito, y este hecho indica—si las escenas y los personajes del extraño libro no lo revelaran, y también las notas de viaje donde descubre M. Simon el origen de algunas páginas que antes se creían meros productos de la imaginación—que de todas sus grandes novelas, incluyendo *Nuestra Señora de París,* en la cual hay tantos detalles descriptivos, fué *Los Trabajadores* la que concibió con más relieve plástico.

Su visión del conjunto y de los detalles fué completa, y la llevó al papel sin tanteos ni vacilaciones. Si se comparan el manuscrito y las pruebas, dice M. Simon, apenas se hallarán en las segundas "correcciones de autor", esas en que casi todos los escritores incurren, alterando el texto a última hora. Yo hasta sospecho que hizo las ilustraciones, o su mayor número, antes de escribir las escenas donde debían incluirse. Tal me ocurre al ver que, en el dibujo, *La Durande* es un barco con mástiles, hecho por Víctor Hugo en la siguiente nota:

"Cuando hice este dibujo, no había pensado aún en que la tempestad arrancara los mástiles de *La Durande.*"

También el pulpo—el gigantesco pulpo que tanto ha herido la imaginación de cuantos pasamos nuestra primera juventud bajo la influencia del romanticismo victorhuguiano—tengo para mí que fué obra gráfica, primero, luego, creación literaria, y que co-

mo algunos grandes descubrimientos materiales, nació de la casualidad.

Víctor Hugo tenía la costumbre de "aprovechar" los borrones y las manchas de tinta. En su larga vida literaria, y no acostumbrado a dictar, sino a escribir él mismo, ocurríale con frecuencia el desagradable incidente de derramar el tintero, o de que un borrón le cayera sobre una hoja en blanco. Entonces "aprovechaba" el borrón, es decir, miraba qué dibujo era posible "sacar" de él, y lo trazaba tomando la mancha por punto de partida.

De este modo "salieron" los castillos, serpientes, noches sombrías, mares tempestuosos, "la muerte de John Brown", y otros cuadritos a la pluma en crecido número y que, a pesar de su escaso mérito como obras de arte—hay que reconocer excepciones, naturalmente—, cuelgan de las paredes del curioso "museo de Víctor Hugo" en la plaza de "Los Vosgos", en París.

¿No "surgiría" el pulpo de un gran borrón de tinta? La "ilustración" desde luego, en que su autor hubo de representarlo, no parece haber tenido otro origen.

Esta costumbre de aprovechar las cosas materiales, muy en consonancia con el espíritu de economía de los franceses, llegó en Víctor Hugo casi a la exageración. Si hasta de los borrones de tinta sacaba partido, ¿cómo ha de extrañarnos la colección de muebles exóticos que construyó en sus horas de carpintero y ebanista aficionado, con trozos de madera

y pedazos de género, que cualquier otro, menos previsor y diligente, hubiera hecho tirar a las basuras? Su célebre capítulo en *Los miserables,* sobre los "millones que París arroja al mar", es uno de los que con más franca espontaneidad salieron de su pluma, resultado de largas meditaciones, y en consonancia perfecta con su carácter.

Muchos rasgos de su avaricia se cuentan, y muy bien puede que sean calumnias de sus enemigos. Víctor Hugo había de ser el hombre más envidiado de su tiempo. Casi se explica que, recibiendo cartas de todas partes del mundo, devolviera sin abrir, y por no pagar la multa, las cortas de franqueo. Lo que parece algo extraño es aquella minuciosa, constante, estupenda economía doméstica, notable en los menores detalles de su casa, y que nos presenta al primer genio literario del siglo XIX, a uno de los cerebros más portentosos y originales de la humanidad, al poeta de *La leyenda de los siglos,* en una palabra, en el aspecto singularísimo de una buena ama de llaves.

Se comprende, con todo esto, que, como dicen sus enemigos, fuera de mano poco abierta. Yo no sé si es una cruelísima calumnia aquello de que en vísperas de partir para Inglaterra, cuando recibió una carta de un amigo de la niñez, pidiéndole un pequeño socorro, hubo de contestar patéticamente, pero sin remitir un céntimo: "Adiós, hermano. Tristes lotes nos han tocado en esta hora suprema: ¡la miseria a ti, a mí el destierro!" La verdad es que las condi-

ciones en que salió de París no eran muy a propósito para socorrer a nadie; pero, también lo es, que desde su traslado a Guernesey, todo le fué admirablemente, y no obstante la cuantiosa fortuna acumulada en tiempo breve, y su gloria, continuó quejándose del destierro, como si hubiera sido la desgracia mayor de su vida.

Por el manuscrito de *Los miserables,* Lacroix le pagó 225,000 francos, que hubo de entregarle en Guernesey, según exigencia muy original de Víctor Hugo, "en propias manos" y "en *monedas de oro* del cuño inglés". Ni siquiera le permitió, antes de hacer la entrega, leer unas páginas del manuscrito, porque cuando Lacroix intentó hacerlo, tomando el paquete de los "originales" que estaba sobre una mesa, Víctor Hugo se lo impidió, exclamando: —"Nada tiene usted que leer; mi nombre está ahí, y eso basta."

Por *Los trabajadores del mar* le dió, también, a cambio de un privilegio de impresión por doce años solamente, 120,000 francos: 80,000 al entregar el manuscrito y 40,000 a los seis meses de haberse puesto el libro a la venta. Lacroix no perdió, sin duda, en éstos y los otros varios negocios importantes de su casa editora de Bruselas con el gran escritor y poeta francés; pero tampoco Víctor Hugo, ni entonces, ni nunca, se dejó explotar por sus editores.

La correspondencia entre ambos, con motivo de *Los trabajadores del mar,* es interesante y curiosa, y, sobre todo, una carta, de 21 de enero de 1866,

nos presenta al poeta, en el aspecto de "hombre de negocios", a una luz muy poco simpática. Se queja a Lacroix, con punzante ironía, de lo que llama *le magnifique affaire Proudhon,* o sea el contrato que hizo la casa de Lacroix para imprimir las "obras completas" del ilustre economista. Los editores de Proudhon fueron perseguidos y, finalmente, condenados, por el gobierno belga, y Víctor Hugo, por el temor, sin duda, de que el mal negocio dañara sus intereses, o celoso del ruido que despertó el asunto popularizando más todavía el nombre de Proudhon, se desahoga contra éste y repite, en la citada carta, hasta la calumnia de que, después del golpe de Estado, se dejó sobornar por Napoleón III.

La sonrisa viene a los labios cuando se lee, en una de las notas de *Los trabajadores del mar,* la rectificación, publicada por Lamartine en París, de la frase que un mal intencionado hubo de atribuirle contra Víctor Hugo. La frase, según se dijo, fué: "*Los trabajadores* es la obra de un loco caído ya en la imbecilidad." Y la rectificación, publicada por Villemessant en *L'Evenement*, dice así:

"M. de Lamartine nos escribe para protestar contra una frase que se le atribuye sobre la novela *Los trabajadores del mar,* de M .Víctor Hugo. Carece, nos dice, de todo fundamento. M. de Lamartine ha publicado en tres artículos su opinión sobre la novela del mismo escritor, titulada *Los Miserables,* y M. Hugo no tiene, en verdad, motivos de queja. Cualquier juicio que M. de Lamartine haya hecho,

después, sobre *Los trabajadores del mar,* no lo ha expresado, ciertamente, en otros términos. M. de Lamartine no hace frases de tal índole, y, además, nunca sería irrespetuoso para el ausente, ni para el genio, ni para la desgracia.''

Víctor Hugo debió sentirse muy halagado por estas líneas, no porque Lamartine le llamara genio, verdad de la cual estaba él poseído profundamente, sino por la alusión a su infortunio. El papel de víctima le encantaba, y cuanto sobre ''su desgracia''—que él mismo repetía en todos los tonos en sus escritos—se dijera en letras de molde, sabíale a miel hiblea. ¡Pobre Lamartine! El sí fué desgraciado, y soñador, e iluso! ¡El sí fué, como hombre, la imagen romántica, ideal, del poeta apartado de las miserias materiales de la vida, superior al dinero, que despreciaba, hijo de Apolo, desterrado del Parnaso a un mundo de francos y de céntimos, en el que conoció todos los dolores de la miseria, después de haber gobernado la Francia y gastado millones con la esplendidez de un príncipe!

El contraste en las vidas de estos dos poetas inmortales, es extraordinario. Pero aunque Lamartine nos parezca hoy, por su triste final, más simpático que Víctor Hugo, a quien la gloria no cegó sobre los problemas prácticos de la existencia, es innegable, al considerar fríamente la conducta de ambos, que debemos dar la razón a Víctor Hugo.

Primum vivere. Por olvidar este axioma, tan antiguo como la sociedad humana, Lamartine, en sus

últimos años, tuvo que arrastrar su genio y alquilar su pluma a precio vil, no para defender causas indignas, porque su corazón era incapaz de ello, más sí para escribir sobre asuntos que le apartaban de sus grandiosas concepciones de poeta.

Víctor Hugo, burgués enriquecido, sirvió mejor a su propio genio, y a la causa de los escritores. Este fué el buen resultado de su amor al dinero. Las ideas, la literatura, los buenos libros, tienen su valor, y deben pagarse como otros artículos de comercio, cuando se ofrecen para lucrar en el mercado. Es una injusticia—por no darle peor nombre—que un libro produzca utilidad a otros, y perezca de hambre el que hubo de escribirlo. No hemos, pues, de aplaudir la avaricia del autor de *Les chatiments* —si es que la tuvo—ni admirarnos de su minucioso espíritu de economía doméstica, rayano, a ocasiones, en el ridículo. Pero alegrémonos de que fuera hombre de orden y supiera defender sus intereses como productor de bellas ideas. ¿Acaso no eran tan dignos de ser respetados y protegidos como los intereses de un agricultor o un comerciante?

Su triunfo sobre la miseria en los primeros años de su carrera literaria, y la posición independiente que más tarde debió a su carácter y a su conocimiento de la importancia de las riquezas materiales en el mundo, le permitieron ser siempre el dueño de su pensamiento y de su voluntad. Rico, pudo trinar con elocuencia y sin temor, contra el egoísmo de los ricos; y aunque fuera cierto que él mismo no prac-

ticara la mayor generosidad, indujo a otros a tenerla y a dignificarse en el ejercicio de las virtudes cristianas. Nada de esto hubiera podido haber hecho, pobre, miserable, ganando difícilmente el pan para su familia. ¿Qué importa, pues, cuanto digan en contra suya, si escribió aquellos versos de sublime caridad y amor a los hombres? Recuérdese que, según Menéndez Pelayo, algunos versos de Víctor Hugo equivalen a buenas acciones.

1912.

VEUILLOT

VEUILLOT

Louis Veuillot, el único verdaderamente grande entre los periodistas católicos, y uno de los maestros de la prosa francesa en el segundo imperio, fué, quizás, el escritor más temible e influyente de su época, no obstante su fanatismo antiliberal y sus feroces ideas ultramontanas y absolutistas.

Tenía una manera muy peculiar de herir con frases inspiradas y valientes, que en vano han pretendido imitar después los clericales desvergonzados y sin meollo. Tenía, también, un don especialísimo de trasmitir a sus lectores el fuego de su cólera contra las costumbres corrompidas y el descreimiento.

Hasta sus más enérgicos adversarios callaban, a veces, aplastados por su vibrante elocuencia. Solo, luchando por una causa perdida—el restablecimiento del poder temporal de Roma—manteníase frente a los hombres de mayor prestigio en la política y las letras en Francia. ¡Cuántas veces sus artículos

más sensacionales, que diríamos ahora, quedaron sin respuesta! Su crítica penetrante, su apariencia de lógica contundente, inspiraban general respeto y ni aun los políticos y escritores más populares, se sentían fuertes para desafiar sus dardos.

Un eclesiástico francés acaba de publicar con el título de *Louis Veuillot y los malos maestros de su tiempo"*, lo que pudiera llamarse una antología de Veuillot (1). En este curioso volumen se hallan reunidos, con interesantes notas y comentarios, los artículos principales del vigoroso polemista contra los representantes más ilustres de la literatura francesa en el siglo XIX.

La frase ''malos maestros'' es del propio Veuillot. Su autor la aplicaba con severidad y a la vez con la lástima que pudiera sentir un Torquemada por sus víctimas—desde Víctor Hugo, Alfred de Musset y Lamartine, hasta Cousin, Guizot, Thiers, Renan, Sainte-Beuve, y otros menos importantes—. Para Veuillot el gran pecado, mejor, ''el gran crimen'' de la época, era el ''liberalismo'', mientras más indirecto y transigente peor, porque lo consideraba más hipócrita. Ni el arte, ni el genio redimían a sus ojos de esta mancha. Creía a Víctor Hugo un monstruo, y a García Moreno, el tirano del Ecuador, un hombre sublime.

Paradójico y agresivo, sus saetas se embotaron no

---

(1) *Louis Veuillot et les mauvais maitres de son temps*, par G. Bontoux, chanoine titulaire, directeur an Grand Séminaire de Gap. Paris. (Perrin et Cie.) 1914.

pocas ocasiones contra la invulnerable superioridad de los que él tenía por enemigos suyos y del género humano. Todo su talento se hubo de estrellar ante la imposible pretensión de pintar al autor de *Los miserables* como un alma sin verdadera caridad cristiana, y a Lamartine como un ejemplo de falsedad y de egoísmo. Su admiración por Chateaubriand, no pudo infundir, en cambio, a las retóricas obras de éste, la sinceridad de que carecen en absoluto.

Da lástima verlo caer en las groseras calumnias de sacristía inventadas contra Renán. Pero ¿cómo es posible negarle, por otra parte, sus aciertos? Su observación de que las obras de Renán son "venenos morales", tiene mucho del fallo terrible lanzado bastantes años después por Jules Lemaitre sobre el autor de la *Vida de Jesús*, como el "gran envenenador de la juventud francesa". Renán es, naturalmente, entre todos los escritores de ideas avanzadas, el que inspira más indignación a Veuillot y en general a los católicos. Tiénenlo por un desertor de su campo, y le temen no por sus argumentos, sino por la suavidad eclesiástica con que los expone. No recuerdo si es el mismo Veuillot quien lo describe como un Voltaire disfrazado de fraile.

Hay páginas de Veuillot que sobrevivirán a nuestro tiempo, y tendrán cada día aplicación más constante, mientras las sociedades humanas, y el hombre mismo, no experimenten el cambio, hasta ahora utópico, en que sueñan los grandes reformadores altruistas. La religión, además de verdadera e indiscutible, es para

Veuillot necesaria, y donde se pierde su freno, los hombres descienden al bajo nivel de los simios. Podría añadirse que el mismo efecto beneficioso producen la cultura y la educación, pero no es mi objeto ahora discutir las opiniones del ilustre periodista. Es indudable—aunque antes y después de Veuillot tanto se haya repetido—que la fe hondamente arraigada, no la gazmoñería, ni el clericalismo insolente, libertan a los hombres y las sociedades de muchos estragos de la pasión y los vicios.

Si Veuillot viviera ahora, o si existiera entre los franceses un escritor católico de su talla, ¡cuántas ocasiones tendría su pluma de exponer el rebajamiento y el desorden producido por los abusos del divorcio, que comenzaron con escenas de sainete, y han concluído en monstruosas tragedias! El canónigo Bontoux ha entresacado hábilmente de la colección de *El Universo*—el famoso diario que Louis Veuillot fundó y dirigió en París—algunos artículos muy notables, y no por escritos improvisadamente, dejan de merecer la atención todavía. Se puede estar en desacuerdo absoluto con ellos; no negarles sus excelencias literarias. Veuillot era, sin duda, un admirable dialéctico, y poseía un conocimiento tan profundo de su idioma, que aun en su tiempo de furor romántico y de gusto por la forma pomposa y altisonante, sabía ser elocuente con sencillez, y correcto y preciso en la composición premiosa de un periódico.

Yo diría que sus artículos son superiores a sus

libros—menos *Odeurs de Paris,* del que acaba de hacerse con éxito una nueva edición y es, rigurosamente, una serie de crónicas—. Pero en *Le Pape et la diplomatie, Le parfum de Rome* y sus otras obras, ya no resiste a nuestra época. Sus páginas mejores son las publicadas en *L'Univers,* y entre ellas, las que escribió con emoción tan intensa como arte exquisito, para defender los milagros de Lourdes, sancionados oficialmente en su tiempo por la Iglesia católica.

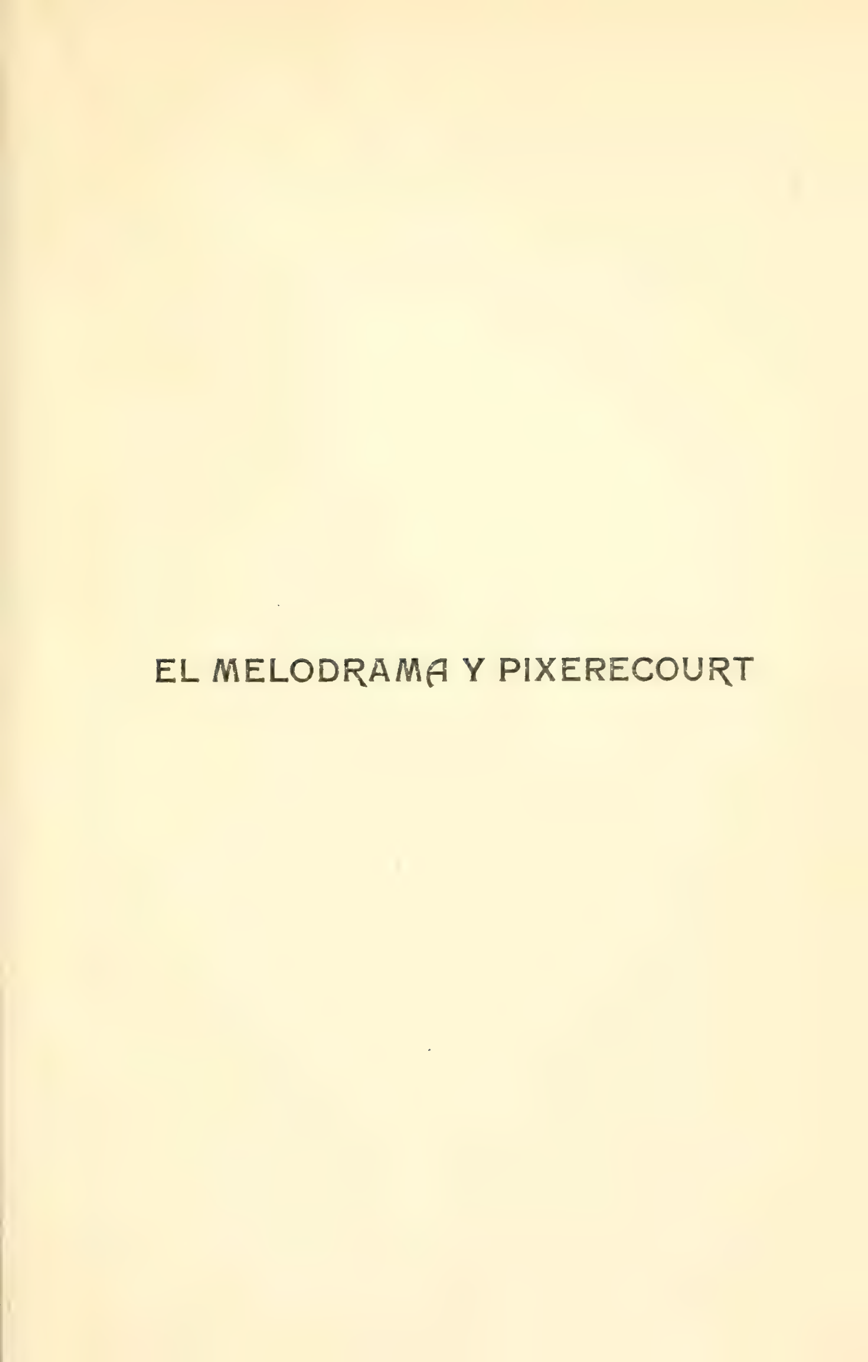
Veuillot tiene la disculpa para sus injusticias de su completa sinceridad. No era en él hipócrita afectación, sino muy profunda amargura, lo que le hacía lamentar que las almas de un poeta como Musset o de un crítico como Sainte-Beuve, estuvieran condenadas a las eternas llamas del infierno por la ceguera desesperante con que se negaban esos grandes hombres a doblar la rodilla ante los dogmas del catolicismo y los decretos del Papa. Esta impresión de buena fe no la producen otros escritores católicos de su tiempo y del nuestro.

En un libro, por cierto encantador, que acaba, también, de publicar en París León Daudet, observa que Barbey d'Aurevilly le pareció en los comienzos de haberlo conocido, un "falso devoto" (1). Barbey d'Aurevilly—el reverso de la medalla de Louis Veui-

(1) *Fantómes et Vivants.* Souvenirs des milieux literaires, politiques, artistiques et medicaux de 1880 a 1905, par Leon Daudet. Paris, 1914. Es el primer volumen de una serie, y contiene interesantísimas anécdotas de los amigos de Alphonse Daudet y los hombres de su tiempo: Hugo, Gambetta, Renan, Rochefort, Clemenceau, Zola, los Goncourt, etc.

llet—era lo que llaman los franceses un "poseur", sea cual fuere su talento, y así nos lo pinta León Daudet en una regocijante escena con su padre. Por esta manía de asombrar, lo mismo con las extravagancias de su traje y de su persona, que con sus ideas, llegó a escribir Barbey, como recuerda el señor Fitzmaurice-Kelly, que el "*Quijote* es un libro monótono, con una alegría propia de mozos de mulas, y con el mismo sabor siempre de ajos y de refranes". Cervantes quedó vengado por la saeta de Víctor Hugo: "Barbey d'Aureville, ce sinistre imbécile", y la posteridad—tan resptuosa con Veuillot—niega otro título que el de excéntrico al extraño autor de *Les Diaboliques.*

"Ruego a Dios por vos, Señor mariscal"—escribía Veuillot a Bazaine, dos días después de la sentencia de muerte pronunciada contra el último en Versalles el año de 1873—. "El es dueño de toda justicia, autor de toda reparación, amigo de todos los infortunios. Confiad en él, que no os abandonará." ¡Nobles palabras, dignas de un gran luchador y un gran creyente! La recompensa altísima de su fe robusta y firme, fué esa misma fe. ¿Qué importan, con efecto, todas las miserias de la existencia, al hombre que sigue su destino con un convencimiento tan inquebrantable como el suyo, en la realidad de la más dulce de las esperanzas?



EL MELODRAMA Y PIXERECOURT

EL MELODRAMA

— Y —

PIXERECOURT

El viejo melodrama, a veces más artístico y lógico que algunas de las obras de gran aparato y "bombo" representadas en "La Princesa", se ha refugiado en Madrid en el "Coliseo Imperial".

A pesar de la atmósfera mal oliente de los teatrillos populares, he asistido una o dos noches a ese "Coliseo", no a quedarme durante todo un dramón, sino a presenciar sus escenas culminantes. Mejor dicho, a observar al público en tales escenas, espectáculo de un interés más grande siempre, para mí al menos, que el del melodrama mismo.

¿No es curioso, y en rigor admirable, contemplar a porteras enternecidas en el teatro por la suerte de una pobre huérfana abandonada, y a horteras de los barrios bajos conteniendo disimuladamente las

lágrimas ante los sufrimientos del héroe virtuoso o de la inocente heroína?

Luego la tempestad de aplausos y los gritos de júbilo que escapan a los sensibles espectadores, cuando, al fin, triunfan los buenos y los malos van a la cárcel o a la horca, ¿no indican que allá en el fondo del corazón humano hay una tendencia compasiva y justiciera, como si albergara el ángel que, según la religión, nos acompaña por el mundo, y nos libra, o trata de librarnos, de todos los males?

¡Ilusión inocente! Entre esas porteras llorosas y esos tiernos comerciantes al menudeo, los hay que llenan las huchas con pesetas arrancadas sin piedad a muchos desdichados. Sus pequeños capitales se suelen amasar con verdaderas lágrimas, dignas, no del dramón, sino de la gran tragedia, ya por los préstamos de diez y veinte duros con el cincuenta por ciento de interés a la semana; ya por los robos inicuos a los pobres en el peso de los alimentos; ya por otras porquerías semejantes, sin olvidar aquella endiablada profesión de tanta magnitud "en la república bien ordenada", según el parecer de don Quijote, que no debía ejercerse sino "por gente bien nacida" y con título y privilegios especiales como la de "corredores de lonja".

¿De qué manera explicarnos, pues, la ternura de tales gentes, en las representaciones de los dramas lacrimosos? ¡Misterios del alma, diría Pérez Escrich! ¡Qué llena de virtudes aparece la humanidad cuando éstas no implican sacrificios personales! ¡Cuán ge-

nerosos son algunos hombres, por ejemplo, con el dinero de los otros!...

Pero volviendo al melodrama—y el verdadero es aquel que, como las obras de Bouchardy o de Pixérécourt, termina infaliblemente con el triunfo de la honradez y el castigo del vicio—su persistencia puede probar, si no la bondad absoluta del corazón humano, que la humanidad necesita, como un desahogo, como un descanso, como un olvido de las miserias reales de la vida, la producción, siquiera artificial, de los sentimientos llamados "altruistas" por los psicólogos de nuestra época.

En la lucha horrible y cada vez más acentuada y enérgica por la posesión de los bienes materiales, el egoísmo se desarrolla de manera monstruosa, e impide la manifestación de otros impulsos a que nos llevan las doctrinas cristianas, las predicaciones de moral oídas desde la niñez, y hasta en algunos casos, un histerismo que contrasta singularmente en quienes lo padecen con la codicia, crueldad y dureza reales de sus corazones. No siempre han de rugir las fieras. También, a veces, gimen...

Los sanos de cuerpo y espíritu, gustan del melodrama en la infancia y la juventud. En la edad madura, como han presenciado y presencian tantos sufrimientos no fingidos que comparten y tratan de aliviar como pueden, huyen de los espectáculos teatrales dolorosos, cuando no se trata de alguna suprema creación dramática del genio. Se asiste con gusto a una representación de *Lear* o de *Hamlet.*

Pero es incomprensible que, fuera del público del "Coliseo Imperial", o en Francia de algunos teatros de provincias, haya quienes gasten todavía su tiempo y su dinero en ver *El abate L'Epée* y el *Asesino o la huérfana de Bruselas*, o *Lázaro el mudo o el pastor de Florencia.*

¡Cuántos recuerdos, casi de mi infancia, me traen estos títulos dobles! Hace más de treinta años ahora, me emocionaba hasta hacerme perder el sueño toda una noche, el grito aquel de Lázaro: "¡Arqueros de Florencia, alerta!..."

Acaba de publicarse en París un libro muy interesante sobre Guilbert de Pixérécourt, el gran autor de melodramas que alcanzó popularidad inmensa a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, es decir en plena Revolución y primer imperio (1).

Pixérécourt fué muy maltratado por la crítica de su tiempo, y, sin embargo de sus defectos enormes, tenía rasgos admirables e ideas felicísimas. No era, cual se puede suponer por el carácter de su teatro, un sujeto sin cultura, como tantos que después han cultivado su mismo género, o el de los novelones por entregas, supliendo la falta de conocimientos literarios con los vuelos de una imaginación arrebatada.

---

(1) *Guilbert de Pixérécourt, sa vie, son melodrame, sa technique et son influence*, par Willie G. Hartog. (H. Champion) París, 1913, 1 vol. 4º

Todo lo contrario. Era un gran bibliófilo, muy aficionado al estudio y, como M. Hartog demuestra en su biografía, de erudición verdaderamente enciclopédica. Hombre de mundo, además, funcionario correcto y celoso, tuvo una agitada existencia en la que sirvió a su patria como soldado, fué el héroe de una novelesca aventura de amores, y sufrió, también, por causas políticas, el rigor de un destierro.

Se dedicó al teatro, con laboriosidad incansable, para cumplir una misión humanitaria: la de difundir ideas morales, el bien y la virtud. Como otro hubiera escogido el libro o el púlpito, o la predicación ambulante, a usanza de algunos misioneros y místicos anglosajones, él escogió la escena. Atacó de frente todos los vicios, apelando a la parte sentimental del corazón, y si no logró hacer santos ni siquiera hombres tolerantes, hizo derramar lágrimas, y conmovió a muchos que precisamente en aquella época aparecían inconmovibles ante los más hondos dolores humanos. Su primer melodrama se estrenó en París en 1793, el año del terror. Se titulaba: *Sélico, o los negros generosos*, y en él supo admirablemente enaltecer y arraigar en el alma francesa los sentimientos antiesclavistas e igualitarios de la Revolución, en que se inspiró siempre la República para el gobierno de la colonia de Santo Domingo.

Que algo de universal y verdadero tendrían sus obras parece innegable, en vista de sus triunfos. Los críticos podían reirse de Pixérécourt, burlarse de sus situaciones estupendas, sus tramas emocionantes y sus

desenlaces inesperados. Es cierto que a veces llegaba a lo grotesco. Pero el público lo aplaudía. *Celina, o la hija del misterio,* se representó en París 387 noches seguidas y en provincias 1,089. Se tradujo al inglés, al alemán y al holandés, y en todas partes produjo a las compañías que lo representaron éxitos asombrosos. Todavía—en el siglo XX—se representa su última obra, *Latude, o 35 años de cautiverio.*

Pixérécourt fué un Lope de Vega en la fecundidad. Sus dramones conocidos ascienden a 120, y aun es posible que escribiera otros sin su nombre. No hay que esperar en ellos estudio de los caracteres, observación de la realidad, ni ninguna de las condiciones en virtud de las cuales una obra dramática puede ser una obra de arte. Sus traidores, se parecen todos. Lo mismo sus héroes, sus heroínas, y sus tipos de ingenuas. Para su objeto bastan así. Su trama era siempre interesante y su imaginación ardiente sabía presentar con formas nuevas y atractivas, asuntos ya muy manoseados. Se proponía producir la emoción, y lo alcanzaba siempre. Se proponía un ejemplo, una enseñanza moral, y en todas sus obras resalta, apareciendo, la bondad, la caridad, el heroísmo, la abnegación, superiores al vicio y al crimen.

Por esto sólo, desde luego, no merece una página en la historia del teatro. El arte es indiferente a la moral, aunque no sea su enemigo, y aunque las obras bellas sean mejores cuando no excitan ni provocan los instintos más asquerosos de la bestia humana.

"No nos hemos propuesto rehabilitar a Pixéré-

court'', dice M. Hartog. ''Hemos querido exponer imparcialmente la obra de un hombre que tuvo una influencia considerable sobre el drama en todo el mundo civilizado, y no merece ni el olvido en el cual cayó su nombre, ni los sarcasmos de una posteridad irreverente.''

En este término medio, Pixérécourt resulta una figura literaria de interés y relieve. Si hubiera tenido arte y profundidad como tuvo buenas intenciones, figuraría entre los inmortales.

El melodrama no sólo se mantiene en algunos teatrillos populares. También ha revivido entre públicos más numerosos y variados en otra forma original y digna de estudio: la película cinematográfica. Al principio los cinematógrafos agotaron las situaciones cómicas y bufas. Ahora explotan en su mayoría las melodramáticas.

La imaginación de los autores de películas es inmensa, pero también es preciso considerar que tienen una mina inagotable. Muchas de esas historias terribles, espantosas, pero en las cuales, triunfan, al fin, por lo general, la virtud y el honor, aunque las vemos modernizadas unas veces y cambiar otras de lugar y de tiempo en los cinematógrafos, son las mismas que escribieron Pixérécourt y la gran legión de sus imitadores en el siglo último.

ERRATAS

En el Indice:

Sexta línea, dice "Rochefoncauld", léase "Rochefoucauld."

Séptima línea, dice "Lafayete", léase "Lafayette."

Antepenúltima línea, dice "Víctor", léase "Víctor Hugo".

Página 49:

Undécima línea, dice "haciendo", léase "hacienda".

Página 101:

Primera línea, dice "Scuéry", léase "Scudéry".

Página 129:

En el título, dice "Laurence", léase "Lawrence".

Página 135:

Décimacuarta línea, dice "resonant eensayo", léase "resonante ensayo".

Página 137:

Undécima línea, dice "dicsípulos", léase "discípulos".

Página 171:

Final de la décimacuarta línea y principio de la décimaquinta, dice co-co", léase "co-mo".

Página 173:

Décimanovena línea, dice sepíritu", léase "espíritu".

Página 175:

Décimatercera línea, dice "justifcaición", léase "justificación".

Página 270:

Duodécima línea, dice "resptuosa", léase "respetuosa".

Biblioteca de Autores Cubanos

OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA CUBANA DE TODAS LAS EPOCAS

VOLUMENES PUBLICADOS

Contemporáneos:

JOSE A. RODRIGUEZ GARCIA.—DE LA AVELLANEDA ....$ 1.50
JOSE DE ARMAS Y CARDENAS.—HISTORIA Y LITERATURA 1.00

VOLUMENES EN PREPARACION

Clásicos:

JOSE J. MILANES. OBRAS COMPLETAS, tomo 1 Poesías líricas. Glosas cubanas. Canciones de Tristán de Morales y [illegible], con una noticia bio-bibliográfica por F. de Paula Coronado.
JOSE J. MILANES.—OBRAS COMPLETAS, tomo 2º Dramas.
JOSE J. MILANES.—OBRAS COMPLETAS, tomo 3º y último. El Mirón Cubano y Artículos varios.
JOSE MARTI.—CUBA.
CIRILO VILLAVERDE.—CECILIA VALDES. Novela.
JULIAN DEL CASAL.—OBRAS COMPLETAS. Con un estudio y notas de Arturo R. de Carricarte.
RAFAEL MARIA MERCHAN.—CUBA. Justificación de su Guerra de Independencia.

PEDRO GUITERAS.—HISTORIA GENERAL DE LA ISLA DE CUBA.

JOSE A SACO.—PAPELES SOBRE LA ISLA DE CUBA.

FELIX VARELA.—OCIOS DE LOS ESPAÑOLES EMIGRADOS.

JOAQUIN L. LUACES.—TEATRO (Tres damas inéditos).

Contemporáneos:

RAFAEL FERNANDEZ DE CASTRO.—PARA LA HISTORIA DE CUBA. (Trabajos literarios).

E. RODRIGUEZ LENDIAN.—JOSE ANTONIO SACO. (Este volumen abrazará la personalidad de dicho escritor, con enumeración y juicio de sus obras).

RAIMUNDO CABRERA.—CUBA Y SUS JUECES. (Rectificaciones oportunas). Décima edición española.

ALFREDO ZAYAS.—POESIAS.

JOSE A. RODRIGUEZ GARCIA.—BENITO PEREZ GALDOS. (Biografía y estudio de sus obras).

ALVARO DE LA IGLESIA.—EPISODIOS CUBANOS.

RAIMUNDO CABRERA.—MI VIDA EN LA MANIGUA. (Episodios de la guerra de independencia de 1895).

CASA EDITORIAL STUDIUM

JESUS MONTERO

Neptuno 35 y 37.—HABANA.

Bibiloteca "Studium"

Obras notables en prosa y verso, de autores hispano-americanos contemporáneos.

VOLUMENES PUBLICADOS:

ACOSTA (AGUSTIN).—ALA. Poesías.............$ 1.00
ALONSO CORTES (N.)—JUAN MARTINEZ VILLERGAS. Bosquejo biográfico crítico. Segunda edición 0.60
Idem. DON HERNANDO DE ACUÑA. Noticias biográficas 0.60
Idem. ARBOL AÑOSO. Sonetos y Madrigales........ 0.70
ALVAREZ MARRON (M.)—BURLA BURLANDO. Colección de Artículos sobre "cosas" del "Terruño" y de las "Indias." Segunda Serie.......... 0.60
ANTOLOGIA DE POETAS VALLISOLETANOS MODERNOS con un Prólogo de N. ALONSO CORTES 0.60
CAMIN (ALFONSO.)—CIEN SONETOS............ 0.80
CAMPOAMOR DE LA FUENTE (J. M.)—LOS POEMAS INGENUOS 0.80
DOLZ (M. ANTONIO).—PASANDO LA VIDA. Crónicas 0.80
HENRIQUEZ UREÑA (MAX.)—ANFORAS. Poesías. 0.80
IBARZABAL (F.)—LAS PROPICIAS. Cuentos pasionales 0.40
JARAMILLO MEZA (J. B.)—[illegible]. Sonetos 1.00
LACOR (PEDRO.)—EL ESTILETE DE ORO. Novela de aventuras extraordinarias.................. 0.70
MARCOS SUAREZ (M. de).—LUJURIA. Cuentos nefandos 1.00

POLANCO (ABRAHAM.)—EL CORRECCIONAL DE
Neptuno 35 y 37. { B. de Ferrari 4 y 6.
PEREZ-RUBIN (L.)—LA FLOR DE LA VIDA. No-
SANTA RITA. Dos años entre sus muros........ 0.80
PRADO RODRIGUEZ (J.)—ZARPAZOS............ 0.60
ROBREÑO (GUSTAVO.)—HISTORIA DE CUBA.
Narración humorística 1.00
SANDOVAL (MANUEL DE.)—EL ABOGADO DEL
DIABLO. Novela de Aventuras extraordinarias.. 0.70
TRUMPP (Prof. Dr. J.)—CUIDADOS QUE NECESI-
TAN LOS NIÑOS DE PECHO. Tela............ 0.80
VILLAR (LINO.)—EL PRECIPICIO. Poema........ 1.00
YLERA (ZACARIAS.)—DE LA VIDA A LA ES-
TROFA 0.80
ZOZAYA (ANTONIO.)—POEMAS DE HUMILDAD
Y DE ENSUEÑO 0.70

CASA EDITORIAL STUDIUM

HABANA: } VALLADOLID:
vela 0.70

"Historia y Literatura" se acabó de imprimir en el Establecimiento Tipográfico de los Hermanos Sardiñas, en la Habana, Cuba, a los diez días del mes de Junio del año de mil novecientos quince = = = = =



1.00